
3 1761 09373575 1





COMEDIAS ORIGINALES.

PARTE PRIMERA.

OBRAS

DE

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,

DADAS Á LUZ POR LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO II.

COMEDIAS ORIGINALES.

PARTE PRIMERA.



MADRID:

POR AGUADO, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Y DE SU REAL CASA.

1830.

PRÓLOGO. (*)

Al empezar el siglo XVIII tuvieron principio en España las calamidades de la guerra de sucesion. Apenas hubo descanso para celebrar con espectáculos alegres, en los primeros años del siglo, la coronacion de Felipe V, su casamiento con María Gabriela de Saboya, y el nacimiento de un Príncipe de Asturias. En tales ocasiones se representaron delante de los Reyes en el teatro del Buen Retiro, y despues al pueblo, algunas comedias de don Antonio de Zamora, gentilhombre de S. M., que florecia entonces entre pocos y obscuros autores, ninguno capaz de competirle. Habíase

(*) El prólogo de la edicion de París de 1825 empieza describiendo el estado de nuestro teatro á mediados del siglo XVIII. Despues don Leandro Moratin habia ampliado considerablemente el prólogo, añadiéndole las noticias relativas á la primera mitad del mismo siglo. En esta edicion se incluyen dichas adiciones, que ha franqueado generosamente á la Academia su antiguo y benemérito individuo don Vicente Gonzalez Arnao, á quien las dejó legadas su autor. *(Nota de la Academia.)*

propuesto por modelo las obras de Calderon, y es facil inferir hasta dónde llegarian los primores de quien solo aspiraba á imitar los ejemplos poco seguros de aquel dramático.

En sus zarzuelas ó comedias de música repitió Zamora iguales desaciertos á los que Candamo, Calderon y Salazar habian amontonado en las suyas, fábulas de absoluta inverosimilitud, estilo afectado, crespo, enigmático, lleno de conceptos sutiles y falsos, de empalagosa discrecion que no puede sufrirse. En las comedias historiales confundió los géneros de la tragedia, de la comedia y aun de la farsa, sin otro mérito que el de muchos rasgos de indocil fantasía, buen lenguage y versos sonoros. Lo mismo hizo en las piezas mitológicas y en las de asuntos sagrados.

Cien años antes habia escrito el P. Gabriel Tellez (conocido bajo el nombre de Tirso de Molina) la comedia de *El burlador de Sevilla*, la mas á propósito para conmover y deleitar á la plebe ignorante y crédula. Representada con aplauso en los teatros de España, pasó á los demas de Europa: en Francia se hicieron cinco traducciones de ella (mas ó menos libres) por Villars, Dorimond, Dumenil, Tomas Corneille y el gran Moliere. Goldoni, en el siglo anterior al nuestro, no se desdeñó de repetirla.

Los antagonistas del teatro no perdonaron los efec-

tos de una comedia tan perjudicial á las buenas costumbres, y hubo de sufrir, como era justo, una severa prohibicion. Zamora trató de refundirla, y conservando el fondo de la accion, la despojó de incidentes inútiles: dió al caracter principal mayor expresion, y toda la decencia que permitia el argumento, haciéndole mas agradable mediante la feliz pintura de costumbres nacionales con que le supo hermosear; y añadiendo á esto las prendas de locucion y armonía, conservó al teatro una comedia que siempre repugnará la sana crítica, y siempre será celebrada del pueblo.

Deseoso de agradarle, escribió Zamora la 1.ª y 2.ª parte de *El espíritu foleto*, en que por la intervencion de un duende festivo y revoltoso, hacinó prodigios y transformaciones, autorizando á los que despues, con menos gracia, inundaron el teatro de mágicos y diablos, que todavia le ocupan á despecho del sentido comun. En la comedia de *Don Domingo de Don Blas* confundió Zamora grandes intereses de Reyes y Príncipes con afectos comunes y situaciones de indecorosa ridiculez. La figura cómica de Don Domingo, bien imaginada y mal sostenida, hace reir no pocas veces; pero sus gracias mezcladas con intolerables descuidos, no dan una idea favorable del buen gusto de aquel poeta. Mayor mérito se reconoce en la comedia de *El hechizado por fuerza*, aunque no exenta de considerables imper-

fecciones. La accion está complicada con episodios inútiles, no verosímiles, y dirigidos únicamente á dilatar y entorpecer un mal desenlace. Unas veces habla don Claudio como un hombre de instruccion y talento, y otras como pudiera el mas estúpido; no es facil entender si toma de veras ó de burlas lo que estan haciendo con él, si efectivamente piensa que está hechizado, ó si trata solo de engañar á los que intentan persuadírselo. Las situaciones cómicas, que son muchas, degeneran en triviales algunas veces: el estilo, si no siempre es correcto, siempre es facil y alegre: la diccion excelente, la versificacion sonora, el diálogo rápido, animado, lleno de chistes.

Zamora no hizo otra cosa mejor, ni sus contemporáneos escribieron obra ninguna de mayor mérito. Murió hácia el año de 1740: compuso hasta unas cuarenta comedias, y en las que existen impresas se echa de ver que siguiendo las huellas de sus predecesores, muchas veces rivalizó con ellos; pero desconociendo los preceptos del arte, cultivó la poesía escénica sin mejorarla, y la sostuvo como la encontró.

Don Pedro Scoti de Agoiz, coronista de los reinos de Castilla, compuso por entonces algunas comedias y zarzuelas, en las cuales, si merece aprecio la facilidad de su versificacion, no es de alabar la confianza con que se abandonó á la imitacion de origina-

les defectuosos, acomodándose al gusto depravado de su tiempo.

Don Diego de Torres y Villarroel, catedrático de matemáticas y astronomía en la universidad de Salamanca, ademas de algunas zarzuelas de corto mérito, publicó una comedia intitulada *El hospital en que cura amor de amor la locura*, fábula de dos acciones, personages y estilo tabernario, ninguna perfeccion que disculpe sus muchos desatinos. Tuvo aquel poeta grande celebridad en su tiempo, y no sin causa, pues aunque no conoció el estilo elevado de nuestra lengua, supo desempeñar en sus obras prosáicas con gracia y facilidad los asuntos familiares y humildes; pero el corto paso que parece que hay de esta clase de escritos al tono y expresion de la buena comedia, no supo darle. No fue bastante su talento á inventar una fábula regular: con todo el conocimiento que tenia de los vicios y ridiculeces comunes, no supo trazar un solo caracter, ni dar unidad ni interes á su obra; quiso enredarla y la embrolló, quiso hacerla muy graciosa y resultó chavacana y sucia. Con menos facilidad todavía egercitó su pluma don Tomás de Añorbe y Corregel, capellan de las monjas de la Encarnacion de Madrid, en unas diez y ocho ó veinte comedias que dió á luz, en las cuales nada se encuentra que merezca elogio ni perdon. Si hay alguna de sus piezas que pueda citarse como

la peor, es sin duda *El Paulino*, que el autor se atrevió á llamar tragedia, y de la cual hablaron Luzan y Montiano con el desprecio que merece. Aun suponiéndole ignorante de la lengua francesa, bien pudo haber visto el *Cinna* de Corneille, que habia traducido con inteligencia y publicó en el año de 1713 don Francisco Pizarro Picolomini, marqués de San Juan. Alli hubiera podido á lo menos sospechar lo que es una tragedia; pero de nada sirven los ejemplos á quien no los quiere seguir.

Por entonces el ilustre benedictino Feijoo, animado del ardiente anhelo de ilustrar á su nacion disipando las tinieblas de ignorancia en que se hallaba envuelta, se atrevió á combatir en sus obras preocupaciones y errores absurdos. Es admirable el generoso teson con que llevó adelante la empresa de ser el desengañador del pueblo, á pesar de los que aseguran su privado interes en hacerlo estúpido. Con la publicacion de sus obras facilitaba el camino de un modo indirecto á los autores dramáticos para exponer en el teatro á la risa pública las prácticas supersticiosas, las opiniones funestas que habian autorizado la falsa filosofía, la equivocada política, la credulidad y la costumbre; pero no habia poetas capaces de seguirle, ni de aprovecharse de las luces de su doctrina.

Los autores del estimable periódico intitulado *Dia-*

rio de los literatos de España, examinaban con juiciosa crítica las obras que entonces se publicaban; sostenian los principios mas sólidos del raciocinio y del buen gusto, y trataban de encaminar hácia la perfeccion, en cuanto les era posible, la literatura nacional. Su fatiga no fue muy larga, y hubieron de abandonar el empeño por falta de lectores y de agradecimiento público.

La Academia española, establecida á imitacion de la francesa con una organizacion igualmente defectuosa, vencida en gran parte aquella lentitud que es inherente á esta clase de cuerpos literarios, atendia con laudable zelo á la formacion del Diccionario de nuestra lengua; pero no pudo por entonces dirigir sus tareas á otros objetos, ni contribuir á los progresos de la oratoria y la poesía: su influencia no pasó mas allá del salon en que celebraba sus juntas.

En las escuelas se enseñaban á la luz de la antorcha de Aristóteles, teología, cánones, leyes y medicina, sin el auxilio de la filosofía, sin el de la historia, sin el de la política, sin el de las matemáticas, sin el de la física, sin el de la erudicion, sin el de las lenguas doctas, sin el de las letras humanas. Nada de esto se sabia, porque nadie lo podia enseñar, y nadie solicitaba aprenderlo. *Todas las cátedras de las universidades* (dice Torres) *estaban vacantes, y se padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura geométrica se*

miraba en este tiempo como las brujerías y las tentaciones de san Anton, y en cada círculo se les antojaba una caldera donde hervian á borbollones los pactos y los comercios con el demonio..... Pedí á la universidad la substitucion de la cátedra de matemáticas, que estuvo sin maestro treinta años, y sin enseñanza mas de ciento y cincuenta. Si esto sucedia en el mas célebre de nuestros gimnasios, ¿cuál debia ser el estado de las buenas letras, el gusto crítico, la amenidad y correccion de nuestra poesía, la cultura de nuestra escena miserable?

Don Ignacio de Luzan, hijo de una ilustre familia de Aragon, educado en Italia, discípulo de los mas acreditados profesores que florecian en ella, adquirió con el estudio, el trato y el ejemplo conocimientos científicos y literarios que en España no hubiera podido adquirir. Este erudito humanista dió á luz en Zaragoza en el año de 1737 una poética, la mejor que tenemos. Celebrada de los muy pocos que quisieron leerla, y se hallaban capaces de conocer su mérito, no fue estimada del vulgo de los escritores, ni produjo por entonces desengaño ni correccion entre los que seguian desatinados la carrera dramática.

El ministerio, ocupado exclusivamente en buscar dinero para sostener la sangrienta guerra de Italia, no podia aplicar su atencion ni extender sus liberalidades en beneficio del teatro. Las flotas no salian de los puer-

tos de América: lo que producian las contribuciones todo se consumia en formar ejércitos y conducirlos á la pelea: la administracion interior se desatendia: los sueldos de los innumerables empleados no se pagaban: los magistrados de las cámaras de Castilla é Indias, despues de haber vivido en la escasez y aun en la miseria, se enterraban de limosna en Recoletos. El pueblo era el único protector de los teatros; el premio que obtenian los poetas, los actores y los músicos, se cobraba en cuartos á la puerta: no es mucho que unos y otros procurasen agradar exclusivamente á quien los pagaba, y hablarle en necio para asegurar sus aplausos.

Eran los teatros unos grandes corrales á cielo abierto con tres corredores alrededor, divididos con tablas en corta distancia que formaban los aposentos: uno muy grande y de mucho fondo enfrente de la escena, en el cual se acomodaban las mugeres; debajo de los corredores habia unas gradas: en el piso del corral hileras de bancos, y detras de ellos un espacio considerable para los que veían la funcion de pie, que eran los que propiamente se llamaban mosqueteros. Cuando empezaba á llover, corrian á la parte alta un gran toldo: si continuaba la lluvia, los espectadores procuraban acogerse á la parte de las gradas debajo de los corredores; pero si el concurso era grande, mucha parte de él tenia que salirse, ó tal vez se acababa el

espectáculo antes de tiempo. La escena se componia de cortinas de indiana ó de damascos antiguos, única decoracion de las comedias de capa y espada: en nuestra niñez hemos oido recordar con entusiasmo á los viejos *aquel romper de cortinas de Nicolás de la Calle.* En las comedias que llamaban de teatro ponian bastidores, bambalinas y telones pintados segun la pieza lo requeria, y entonces se pagaba mas á la puerta. Como la comedia se empezaba á las tres de la tarde en invierno, y á las cuatro en verano, ni habia iluminacion ni se necesitaba.

El primer teatro que adquirió una forma regular fue el de los Caños del Peral, en donde muy á principios del siglo se hicieron algunas óperas, y despues comedias italianas por una compañía que llamaron de los Trufaldines. El marqués don Anibal Scoti, mayordomo mayor de la reina Doña Isabel Farnesio, hizo varias obras de consideracion en aquel teatro por los años de 1738, dándole mayor comodidad y ornato, y en él continuaron los italianos por algun tiempo haciendo sus farsas de representacion y de música. Este ejemplo estimuló á la autoridad á construir de nuevo dos teatros en el sitio de los dos corrales, que por espacio de siglo y medio habian sido indecente asilo de las musas españolas. El de la Cruz (alterando en algo los planes que dejó hechos don Felipe Jubarra)

se concluyó en el año de 1743; y el del Príncipe, dirigido por don Juan Bautista Sachetti (de quien era entonces delineador don Ventura Rodriguez) quedó acabado en el año de 1745, y se estrenó con la zarzuela intitulada *El rapto de Ganimedes.*

Esta plausible novedad que dió á la corte unos teatros regulares y cómodos, nada influyó en todo lo demas relativo á ellos: siguieron las cortinas, y el gorro y la cerilla del apuntador, que vagaba por detras de una parte á otra: siguió el alcalde de corte presidiendo el espectáculo, sentado en el proscenio, con un escribano y dos alguaciles detras: siguió la miserable orquesta que se componia de cinco violines y un contrabajo: siguió la salida de un músico viejo tocando la guitarra cuando las partes de por medio debian cantar en la escena algunas coplas llamadas *princesas* en lenguage cómico. La propiedad de los trages correspondia á todo lo demas: baste decir que Semíramis se presentaba al público peinada á la papillota, con arracadas, casaca de glasé, vuelos angelicales, paletina de nudos, escusalí, tontillo y zapatos de tacon. Julio Cesar con su corona de laurel, peluca de sacatrapos, sombrero de plumage debajo del brazo izquierdo, gran chupa de tisú, casaca de terciopelo, medias á la virulé, su espadin de concha y su corbata guarnecida de encages. Aristóteles (como eclesiástico) sacaba su

vestido de abate, peluca redonda con solideo, casaca abotonada, alzacuello, medias moradas, hebillas de oro y baston de muletilla.

Con estos avíos se representaban las comedias antiguas y las que diariamente se componian de nuevo. El número de poetas crecia en proporcion de la facilidad que hallaban para escribir, habiendo reducido á dos axiomas toda su poética: 1.° que las obras de teatro solo piden ingenio: 2.° que las reglas observadas por los extrangeros no eran admisibles en la escena española.

Autorizado con estas libertades, compuso algunas comedias don Eugenio Gerardo Lobo, capitan de guardias españolas, que habiendo servido en las guerras de Portugal é Italia, se hizo estimable por su inteligencia y su valor, y llegó á obtener distinguidos honores en la milicia. Facil y gracioso versificador en el género burlesco; hinchado, obscuro y retumbante en el sublime, y en uno y otro conceptista sutil, equivoquista y amigo de retruécanos miserables. Solo hay de él dos comedias impresas: la que intituló *El mas justo Rey de Grecia*, estriba en un vaticinio de Apolo que puntualmente se verifica. A veces quiere imitar la de *El esclavo en grillos de oro;* pero tenia menos talento que Candamo, y quedó muy inferior á su original: el gracioso llamado *Veleta*, es de lo menos gracioso que pue-

de verse. En cuanto á historia y costumbres, mil desaciertos, ningun asomo de regularidad dramática. Algunos pasages estan escritos con bastante facilidad y decoro, otros desaliñados, otros de estilo enigmático y gigantesco. La de *Los mártires de Toledo y tejedor Palomeque* no es mejor. Cuchilladas, devocion, resistencias á la justicia, zelos, apartes, escondites, salir y entrar sin saber á qué, requiebros, locuras, chocarrerías, bravatas, naufragio, martirio, bautismo ridículo. La escena es en Toledo, en Málaga y en Argel. El estilo desigual, nunca oportuno, á veces energúmeno, á veces ratero y chavacano.

Un sastre llamado don Juan Salvo y Vela, eligiendo el camino mas breve de agradar al patio mediante el auxilio de los contrapesos y las garruchas, publicó la comedia de *El mágico de Salerno Pedro Vayalarde*, y tanto aplauso tuvo, y tanto le solicitaron los cómicos y los apasionados, que dió libre curso á la vena poética; y en otras cuatro comedias que escribió con el mismo título, amontonó cuantos disparates le pidieron y algunos mas. Compuso despues un auto y varias comedias de Santos, todo por el mismo gusto, adquiriendo general estimacion entre las mugeres, los beatos y los muchachos.

Don Francisco Scoti de Agoiz, caballerizo de campo de S. M., heredó de su padre (de quien se ha he-

cho mencion anteriormente) la inclinacion á la poesía dramática, y compuso algunas comedias que se representaron en los teatros públicos, pero en nada contribuyó á mejorarlos: tales son las que se conservan impresas, que aun son inferiores á las de su padre.

Entre estos autores de inferior mérito sobresalia don José de Cañizares, infatigable escritor de comedias, que supo imitar en las suyas, si no todos los aciertos, toda la irregularidad de las antiguas. No tuvo talento inventor, pero llegó á suplir esta falta con una particular habilidad que manifestó para saber introducir en sus fábulas cuanto habia leido en las otras: este fue su mayor estudio. Apenas se hallará en sus comedias una situacion de algun interes, sin que facilmente pueda indicarse el autor de quien la tomó. A esto añadió de su parte un diálogo animado y rápido, un buen lenguage, y un estilo en los asuntos heróicos crespo, metafórico y altisonante, y en los comunes y domésticos festivo, epigramático, chisposo, si asi puede decirse. En los versos cortos tuvo mucha facilidad, pero en los endecasílabos era tan desgraciado, que mereció la censura de Jorge Pitillas, cuando los llamó *ramplones y malditos*. En los últimos años de Carlos II ya escribia para el teatro. Fue despues fiscal de comedias (que este nombre se daba entonces al encargo de censor), y existen aprobaciones suyas desde el año de 1702

hasta el de 1747. Durante la guerra de sucesion fue capitan de caballería, y retirándose del servicio, el duque de Osuna su protector le colocó en la contaduría de su casa. Aún existe la que habitaba en la calle de las Veneras, y en ella murió de avanzada edad poco antes del año de 1750.

Corren impresas unas ochenta comedias suyas, y como no todas las que escribió se imprimieron, puede inferirse que el número de ellas fue muy considerable. Compuso zarzuelas, comedias de figuron, de enredo amoroso, historiales, mitológicas, de Santos, de valentías, de magia; no hubo argumento que él no aplicase al teatro. Si se consideran únicamente aquellas en que mas se acercó á la buena comedia, no es posible disimular que en las de figuron excedió los límites de lo verosimil, recargó los caracteres, mezcló muchas gracias y situaciones verdaderamente cómicas con infinitas chocarrerías, y á cada paso adoptó los recursos de una farsa grosera. En las que se propuso por objeto una pasion amorosa, valiéndose de anécdotas y personages históricos (como en las de *El rey Enrique el enfermo: Si una vez llega á querer, la mas firme es la muger: El picarillo en España*, y otras de este género), la composicion de la fábula no es intrincada ni fatigosa; y con la mucha práctica y facilidad que tenia el autor para los versos octosílabos, introdujo escenas de

estilo florido y conceptuoso, no distante de los originales que imitaba, y siempre agradable á la multitud que oye y no examina.

Cañizares tuvo presentes las mejores piezas francesas é italianas que se habian publicado en su tiempo; pero no conoció su mérito, y precisamente las imitaciones que hizo de ellas son lo peor de cuanto escribió para el teatro. Véase *El sacrificio de Ifigenia*, y se hallará un embrollo desatinado, compuesto de triquiñuelas de amor, estocadas, soliloquios, batallas campales, diálogos simétricos, baladronadas caballerescas, consejos de guerra, templo y aras, y la diosa Diana que baja cantando en una nubecita para dar fin á tanto delirio. Estilo gigantesco, atestado de metáforas y de imágenes monstruosas é inconexas. Agamenon dice *que el monte dividido en dos puntas da al mar abrazos de arena*, y que la armada surta en el puerto es una *ciudad permanente de peñas sobre cimientos de espuma y cristal;* y entre estas bocanadas heróicas, alternan á cada paso con donaire de callejuela *Lola*, criada de *Ifigenia*, y *Pellejo*, lacayo de Aquiles. Esta comedia la hizo Cañizares (como él mismo advierte) *para mostrar las comedias segun el estilo francés.* Tambien se atrevió á competir con Metastasio en la comedia intitulada *No hay con la patria venganza, y Temístocles en Persia.* Alli hay Magestades y Altezas, y se

habla del niño de la rollona, de los diablos, de los serafines, y de los ciegos que venden jácaras. Alli hay un insufrible gracioso llamado *Tulipan*, y un hijo de Temístocles que canta seguidillas: éste y las damas, y el infante Darico, celebran una academia ó certamen poético, y cada cual de los concurrentes responde cantando á las cuestiones delicadas que se proponen unos á otros. Alli hay ademas un concierto vocal é instrumental, con unas coplillas en que la rosa habla con el clavel de parte de la siempre-viva, y el clavel responde. En otra escena el Rey llama á un vaso de vino con veneno *denodado bruto y púrpura confeccionada*. Todo esto prueba demasiado que el buen Cañizares escribia sin conocimiento de los preceptos poéticos: su abundante vena le adquirió por espacio de medio siglo una celebridad popular, de aquellas que duran en la tiniebla del error, y que luego se disminuyen ó desaparecen á la luz de mejores doctrinas.

Fernando VI, muerto su padre, ocupó el trono en el año de 1746. La accion mas gloriosa de su reinado fue la de apresurarse á firmar la paz, despues de tan sangrientas é inútiles guerras. Su complexion flemática, su delicada sensibilidad, su instruccion no vulgar, la dura sujecion en que habia vivido siendo príncipe, todo le estimulaba á procurarse desahogos no conocidos, entregándose á las suaves inclinaciones que por tanto tiem-

po habia tenido que reprimir. María Bárbara de Portugal, su esposa, congeniaba en gran manera con él: zelosa del decoro de la magestad, liberal, magnífica, inteligente en las bellas artes, profesora eminente en la música, apreciaba el mérito de los que dedicaban su estudio á cultivarlas. Se hallaban sin hijos, sin esperanza probable de tenerlos, y por consiguiente, bien distantes uno y otro de toda idea de ambicion: solo se prometian en su reinado abundancia y felicidad. Las flotas detenidas en la América debian enriquecer prontamente el erario: podian repararse muchos males con una administracion regular, y era de creer que libre ya la nacion de las calamidades que habia sufrido, la corte adquiriria nuevo esplendor, dando lugar á los placeres que proporcionan la riqueza y el buen gusto en el ocio halagüeño de la paz, y asi sucedió.

Cuando la reina madre Doña Isabel Farnesio se trasladó desde el palacio de Buen Retiro á una casa particular junto á la plazuela de Afligidos, y despues al real sitio de San Ildefonso, deseó que continuára sirviéndola entre los cantores de su cámara Carlos Broschi, llamado Farinello, que algunos años antes habia hecho venir de Londres para distraer con su voz suavísima la profunda melancolía de Felipe V; pero la reina Bárbara no quiso permitirlo, y Farinello se quedó en la corte con el título de criado familiar de S. M.

Farinello (dice Ricoboni en sus Reflexiones históricas) *es el último y el mas joven de los músicos italianos de gran reputacion. Canta por el gusto de Faustina; pero segun la opinion de los inteligentes, no solo es muy superior á ella, sino que ha llegado al último grado de la perfeccion. En el año de 1734 fue llamado á Londres, en donde cantó tres inviernos con general aplauso: vino á París en el año de 1736, y despues de haber lucido su habilidad en las casas mas distinguidas adonde le llamaron favoreciéndole como merece, tuvo el honor de cantar en el cuarto de la Reina, y en aquella ocasion le aplaudió el Rey con tales expresiones, que toda la corte quedó maravillada. Cuantos le han oido le admiran, y es general la opinion de que Italia no ha producido nunca (y tal vez no producirá en adelante) músico tan perfecto. Actualmente se halla en España, destinado á cantar en el cuarto del Rey y de la Reina. Aquel Monarca, mediante sus liberalidades y las gruesas pensiones que le ha señalado, ha hecho la fortuna del señor Broschi, el cual por su parte ha sabido merecerla, no menos en atencion á su habilidad sobresaliente, que á la de sus méritos personales.*

Era de presencia sumamente agraciada, como mostraba un retrato suyo pintado por Amiconi, que poseía don José Marquina, corregidor de Madrid: estimable cuadro, que en la noche del 19 de marzo del año 1808

pereció en las llamas al furor popular. Acostumbrado al estudio de las actitudes nobles del teatro, y á la frecuente conversacion de personas bien educadas, daba á sus palabras y movimientos el tono, la elegancia y el decoro que tanto interesan en el trato social. Su modestia era admirable: ni el distinguido favor de los Reyes, ni los obsequios de los mas ilustres personages de la corte, que solian asistir á su antesala y solicitar con empeño las menores señales de su amistad, fueron bastantes á ensoberbecerle. A cada paso les recordaba él mismo su origen humilde, su profesion escénica; y solo convenia en que por uno de los caprichos de la fortuna se habia visto trasladado, sin mérito suyo, de las tablas de un teatro público á los pies de un Monarca empeñado en favorecerle. Asi confundia la torpe adulacion de los muchos que le fatigaban solicitando su mediacion y su amistad. Pudo influir eficazmente en los destinos de la monarquía, y jamas quiso tomar parte, ni aun remota, en los asuntos del gobierno. Los ministros, ansiosos de complacerle, anhelaban conocer sus deseos, y no pudieron lograrlo: ni quiso empleos, ni influyó en las resoluciones, ni elevó ni persiguió á nadie: tenia parientes en Italia, y á ninguno de ellos permitió que se presentase en Madrid. La historia no ofrece ejemplo de una privanza acompañada de tanta moderacion.

A este hombre extraordinario se encargó la direccion del teatro del Buen Retiro, para que se hicieran en él óperas italianas, igualmente que todo lo relativo á las serenatas que se cantaban por el verano en Aranjuez, los embarcos nocturnos en la escuadra del Tajo, las iluminaciones, fuegos de artificio y demas festejos durante la jornada; en suma, todas las diversiones del palacio se fiaron á su inteligencia y á su buen gusto. Broschi supo desempeñar todos estos encargos, si no con economía, con admirable acierto.

Trajo á Madrid los mas excelentes profesores de música vocal é instrumental, maquinistas y pintores de escena, y adornó las representaciones con magnificencia suntuosa. Cuando se hacian algunas en el salon llamado *de los Reinos*, cubrian el piso exquisitas alfombras, las paredes colgaduras de tisú de oro, espejos, tallas y pinturas, entre las cuales se colocaban estátuas: la iluminacion correspondia á todo lo demas: los músicos de la orquesta tenian uniformes de grana con galon de plata. En una ópera cantada en el teatro se presentó una decoracion toda de cristal: en otra ocasion se iluminó la sala del concurso con doscientas arañas: en la ópera de *Armida placcata* se vió un sitio delicioso con ocho fuentes de agua natural, y una entre ellas con un surtidor que subia á sesenta pies de altura, sonando entre los árboles el canto de una mul-

titud de pájaros, imitado con la mayor inteligencia. La riqueza de los trages, muebles y utensilios del teatro, las comparsas (que á veces se componian de cincuenta mugeres y doscientos hombres), la vista de los ejércitos con numerosa caballería, elefantes, carros, máquinas de guerra, armas, insignias, música militar, los fuegos artificiales que se veían al acabarse el espectáculo mas allá de la escena (cerrándose la boca del teatro, para que el humo no ofendiese, con dos correderas compuestas de los mayores cristales de la fábrica de San Ildefonso), todo era digno de un gran Monarca que disipaba en esta diversion la opulencia de sus tesoros.

Los poetas que escribieron las óperas, serenatas é intermedios desde el año de 1747 hasta el de 1758, fueron el abate Pico de la Mirandola, Pedro Metastasio, Migliavacca, José Bonechi y Pablo Rolli. Las piezas que se cantaron en el Retiro y en Aranjuez fueron estas. Óperas: *La clemenza di Tito*, *Angelica é Medoro*, *Il vellocino d'oro*, *Polifemo é Galatea*, *Artasserse*, *Armida placcata*, *Demophoonte*, *Demetrio*, *Didone abbandonata*, *Siroe*, *Niteti*, *Il Ré pastore*, *Adriano in Syria*. Serenatas: *L'assilo d'Amore*, *La festa chinese*, *La nascita di Giove*, *L'isola disabitata*, *Le mode*, *La ninfa smarrita*. Intermedios: *Il Cavalier Bertoldo*, *La burla davero*, *La statua*, *Il giuocatore*, *L'ucellatrice*, *Il cuoco*, *D. Trastullo*, *Il conte Tulipano*.

Por esta rápida enumeracion se echará de ver, que aquellos brillantes espectáculos dirigidos por un italiano y desempeñados por italianos, poco ó ningun influjo pudieron tener en el adelantamiento de los teatros españoles. Entre los músicos de la orquesta, solo don Luis Mison y otros dos ó tres instrumentos no eran extrangeros: entre los que cantaron solo hubo una actriz española: los artífices empleados en la pintura de las decoraciones, en la invencion y direccion de las maquinas, vinieron de Italia tambien. Se mandó que todas las piezas se imprimieran traducidas en castellano para distribuirlas á los concurrentes en la primera noche de su ejecucion. Se abrió el teatro con la ópera de *La clemenza di Tito:* encargóse á don Ignacio de Luzan la traduccion de ella, y la hizo, aunque en muy pocas horas, con el acierto que era de esperar: las que se imprimieron despues las tradujo un médico italiano llamado don Orlando Boncuore, que ni se avergonzó de suceder á Luzan en aquel encargo, ni tuvo escrúpulo de hacerse escritor en una lengua que no sabia. Sus traducciones pueden considerarse como otros tantos modelos de extravagancia y ridiculez.

En tanto pues que se admiraban reunidos en el Retiro todos los primores de la música, de la poesía, de la perspectiva, del aparato y pompa teatral, la escena española, miserable y abandonada de la corte, se

sostenia con entusiasmo del vulgo en manos de ignorantes cómicos y de ineptísimos poetas. De nada sirvió el haberse dado al corregidor de Madrid el título de protector de los teatros, con el encargo de la formacion de compañías y el gobierno de ellas: la depravacion de nuestra dramática pedia de parte de la suprema autoridad providencias mas directas y mas eficaces.

El pueblo que tan estragado gusto manifestaba, se hubiera engañado mucho menos en sus juicios, si no se hubiese dejado sojuzgar por la opinion de ciertos caudillos que por entonces le dirigian, tiranizando las opiniones y distribuyendo como querian los silbidos, las palmadas y los alborotos. Los apasionados de la compañía del Príncipe se llamaban *Chorizos*, y llevaban en el sombrero una cinta de color de oro: los de la compañía de la Cruz *Polacos*, con cinta en el sombrero de azul celeste: los que frecuentaban el teatro de los Caños tomaron el nombre de *Panduros*. Habia un fraile trinitario descalzo, llamado el P. Polaco, gefe de la parcialidad á que dió nombre, atolondrado é infatigable voceador, que adquirió entre los mosqueteros opinion de muy inteligente en materia de comedias y comediantes. Corria de una parte á otra del teatro animando á los suyos para que dada la señal de ataque, interrumpiesen con alaridos, chiflidos y estrépito cualquiera pieza que se estrenase en el teatro de los Chori-

zos, si por desgracia no habian solicitado de antemano su aprobacion, al mismo tiempo que sostenia con exagerados aplausos cuantos disparates representaba la compañía polaca, de quien era frenético panegirista. Otro fraile francisco llamado el P. Marco Ocaña, ciego apasionado de las dos compañías, hombre de buen ingenio, de pocas letras, y de conducta menos conforme de lo que debiera ser á la austeridad de su profesion, se presentaba disfrazado de seglar en el primer asiento de la barandilla inmediato á las tablas, y desde alli solia llamar la atencion del público con los chistes que dirigia á los actores y á las actrices: les hacia reir, les tiraba gragea, y les remedaba en los pasages mas patéticos. El concurso, de quien era bien conocido, atendia embelesado á sus gestos y ademanes, y el patio cubierto de sombreros chambergos (que parecian una *testudo* romana) palmoteaba sus escurrilidades é indecencias (*).

Entre este desorden y barahunda seguian represen-

(*) No es nuevo en el mundo que las congregaciones mas santas y venerables ofrezcan algunas escepciones de individuos que correspondan mal á la pureza y espíritu de su instituto. Ejemplos hay de ello, empezando por el mismo Colegio Apostólico. Debemos darnos la enhorabuena por la felicidad de nuestros tiempos, en que ademas de la reforma que en la parte moral experimenta el teatro, ha desaparecido totalmente la clase de escándalo de que aqui se hace mencion, y solo se reciben de los Ordenes religiosos lecciones de piedad, recogimiento y decoro. *(Nota de la Academia.)*

tándose las comedias que daban á luz los pocos y mal cultivados ingenios, que muerto ya Cañizares, querian ser sus imitadores y no acertaban á conseguirlo. Tales fueron don Manuel de Iparraguirre, don José Ibañez y García, don José de Lobera y Mendieta, autor entre otras, de una comedia intitulada *La muger mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la venerable orden tercera de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo:* don Antonio Frumento, Marcos de Castro, Vicente Guerrero, uno y otro cómicos: el P. Juan de la Concepcion, Manuel Guerrero (cómico tambien y ademas canonista y teólogo), don Manuel Daniel Delgado, don Antonio Camacho y Martinez, y otros de la misma escuela. Don José Julian de Castro, poeta de ciegos, no desprovisto de gracia y facilidad para sus romancillos y jácaras, dió al teatro la comedia intitulada *Mas vale tarde que nunca*, en la cual hay privado perseguido, trueque de puñales, batida general, con aquello de *á la cumbre, á la espesura, al monte, al valle, á la selva;* preso que se lamenta de su desgracia glosando coplas; lacayo entremetido, equivoquista y sucio; pasito de cárcel entre el leal y el traidor, y el Rey que los escucha desde un rincon. Cuantos desaciertos se hallan esparcidos en las comedias de aquel tiempo, otros tantos se hallarán hacinados en esta.

Don Blas de Nasarre en el año de 1743 habia recomendado en el prólogo que puso á las comedias de Cervantes las mas conocidas reglas del arte dramático. Luzan tradujo y publicó una comedia de Mr. de la Chaussée, con el título de *La razon contra la moda*, la cual ni entonces ni despues se ha visto en el teatro. En los años de 1750 y 51 dió á luz don Agustin de Montiano y Luyando dos tragedias originales intituladas *Virginia* y *Ataulfo*, nunca representadas, y de las cuales existe una traduccion francesa. En ellas confirmó su laborioso autor aquella sabida verdad de que pueden hallarse observados en un drama todos los preceptos, sin que por eso deje de ser intolerable á vista del público; y de que para acercarse á la perfeccion en este género, no basta que el autor sea un hombre muy docto, si le falta el requisito de ser un eminente poeta. Don Juan de Trigueros en el año de 1752 dió á la prensa, traducido en excelente prosa castellana, el *Británico* de Racine. Don Eugenio de Llaguno y Amírola publicó en el de 1754, traducida en muy buenos versos, la *Atalia* del mismo autor. Nada de esto pasó al teatro.

La corrupcion era general. En las aulas y escuelas públicas se enseñaban sutilezas y vaciedades á la juventud, no verdades útiles: lejos de cultivar y perfeccionar el entendimiento de los discípulos, se le perver-

tia inhabilitándolo para adquirir los conocimientos sólidos de las ciencias. En los púlpitos, segun se lamentaban prelados zelosos y respetables, se habia introducido la costumbre de predicar sermones disparatados y truhanescos; tejido informe de paradojas y sofisterías, metáforas, antítesis, cadencias, juguetes insípidos de palabras, erudicion inoportuna, aplicacion reprensible de los textos sagrados á las circunstancias mas triviales, lo mas divino confundido con lo mas indecente, la sublime y celestial doctrina de Jesucristo con las preocupaciones y cuentos del vulgo, y todo salpicado de bufonadas y chistes groseros. En los tribunales no se usaba ni mejor lógica ni mas delicado gusto. El espíritu y la aplicacion de las leyes se embrollaban con las diferentes cavilaciones de los glosistas: suplíase la falta de filosofía, de historia, de erudicion, de verdadera elocuencia con retruécanos, paranomasias, adagios, cuentos y seguidillas. Tal vez ganó el pleito quien mas supo hacer reir á los jueces; y asi se defendian los intereses, los derechos, la vida y el honor de los hombres.

Entre los desaciertos del teatro, no era el menor la representacion de los autos sacramentales. El angel Gabriel anunciaba á la Virgen (papel que desempeñaba la célebre Mariquita Ladvenant) la encarnacion del Verbo, y al responder, traducidas en buenos versos castellanos, las palabras del Evangelio *¿Quomodo fiet istud,*

quoniam virum non cognosco? los apóstrofes hediondos del patio y las barandillas dirigidos á la cómica, interrumpian el espectáculo con irreligiosa y sacrílega algazara, y hacian conocer á muchas madres cuán mal habian hecho en llevar consigo á sus hijas honestas. Una muger con la custodia en las manos, acompañada de los coros, cantaba en procesion el *Tantum ergo.* La primavera, el apetito, el alma, el cuerpo, la culpa, la gracia, el cedro, la rosa, el domingo, el lunes y el martes, la gentilidad, el mundo, el olfato y todos los sustantivos del diccionario, eran interlocutores en aquellas fábulas. En una salia san Pablo con su montante enseñando á esgrimir á la Magdalena: en otra se decia que la Samaritana vive en la calle del Pozo, y que Jesucristo murió en la de las tres Cruces: en otra se aconsejaba á san Agustin que se fuese al hospital de san Juan de Dios. Asi estaba el teatro cuando vino de Nápoles el Sr. D. Carlos III, quien por un justísimo decreto puso fin á los indicados escándalos, prohibiendo la representacion teatral de asuntos sagrados.

Don Nicolás Fernandez de Moratin, estimado generalmente como uno de nuestros mejores líricos modernos, compuso á instancias de Montiano, su amigo, una comedia intitulada la *Petimetra.* Esta obra impresa en el año de 1762 carece de fuerza cómica, de propiedad y correccion en el estilo; y mezclados los de-

fectos de nuestras antiguas comedias con la regularidad violenta á que su autor quiso reducirla, resultó una imitacion de caracter ambiguo y poco á propósito para sostenerse en el teatro, si alguna vez se hubiera intentado representarla. La *Lucrecia*, tragedia que publicó el mismo autor en el año siguiente, es obra de mayor mérito, aunque la eleccion del argumento parece poco feliz, el progreso de la fábula entorpecido con episodios inútiles, y el estilo muy distante á veces de la sublimidad que pide este género.

Estos dos beneméritos autores fueron los primeros que se atrevieron á procurar la reforma de nuestro teatro, escribiendo piezas originales, compuestas con regularidad y decoro, y aunque no consiguieron toda la perfeccion á que aspiraban, su estudio y su zelo fueron laudables.

Don José Clavijo y Fajardo en su obra periódica intitulada *El Pensador*, censuró el desarreglo de las comedias que entonces se representaban, y esto dió motivo á que el mencionado Moratin publicase en el año de 1762 algunos discursos críticos en que probó que los autos de Calderon (tan aplaudidos del vulgo de todas clases) no debian tolerarse en una nacion ilustrada y católica. No pudo desentenderse el gobierno de la eficacia de sus razones, y desde entonces quedó limpia la escena española de composiciones tan absurdas.

Pocos años despues obtuvo permiso el marqués de Grimaldi, ministro de Estado, para abrir teatros en los Sitios, y alli se representaron tragedias y comedias traducidas, en que se vió juntamente con el mérito de las composiciones, la propiedad de la escena y de los trages, y una declamacion, si no excelente, libre á lo menos de los vicios extravagantes que eran peculiares de los actores de Madrid y de las provincias.

El gran conde de Aranda, presidente de Castilla, empleó al mismo tiempo la acreditada habilidad de los hermanos Velazquez en pintar decoraciones para los teatros del Príncipe y de la Cruz: aumentó y mejoró la orquesta, estableció una policía interior y exterior que mantuviese el orden y decencia en el concurso, y reprimió la turbulenta parcialidad de los apasionados de ambas compañías, entre los cuales un herrero de la calle de Alcalá, llamado *Tusa*, era el alborotador mas obstinado y loco. Favoreció tambien con su trato y amistad á los escritores mas distinguidos de aquella época, y les exhortaba á componer piezas dramáticas, cuya representacion eficazmente promovia, á pesar de la repugnancia de los cómicos, poco dispuestos á recibir lo que no fuese irregular y absurdo.

Entonces se repitieron en Madrid las traducciones que se habian hecho para los Sitios, y ademas se escribieron algunas tragedias originales. Tales fueron la

Hormesinda, de Moratin, mas laudable por algunas situaciones interesantes, por las buenas imitaciones de Virgilio, por su lenguage y versificacion, que por el artificio de su fábula: *Guzman el Bueno*, del mismo autor, en que hay un caracter bien sostenido, afectos heróicos, pintura de costumbres, violencia repugnante en la unidad de lugar, y no suficiente correccion de estilo: *Don Sancho García*, de don José Cadahalso, arreglada y débil, con rimas pareadas á imitacion de los franceses, cuya cadencia simétrica es en extremo desagradable á nuestros oidos: *Raquel*, de don Vicente García de la Huerta, que siguiendo el mismo plan de *La Judía de Toledo*, de don Juan Bautista Diamante, no acertó á regularizarle, sin añadirle graves defectos: hay en ella un caracter sobresaliente, los demas ó por falta de conveniencia dramática, ó por inconsecuentes han merecido la desaprobacion de los críticos: en los pensamientos se descubren á veces resabios de mal gusto, el lenguage es bueno, la versificacion sonora. *Numancia destruida* es de don Ignacio Lopez de Ayala, donde la mala eleccion del argumento, los amores episódicos que la entorpecen y debilitan, la unidad del lugar que produce inverosimilitud continua, se compensan con un estilo animado y robusto, con la pintura enérgica de Roma usurpadora, y el feroz heroismo patriótico de Numancia con el efecto teatral que produce siempre su

representacion. *Munuza* de don Gaspar Melchor de Jovellanos; *Jahel*, de don Juan Lopez Sedano; *Progne y Filomena*, de don Tomas Sebastian y Latre, y otras de inferior mérito que se compusieron entonces, fueron ensayos plausibles de lo que hubiera podido adelantarse en este género, si sus autores hubieran merecido al gobierno mas decidida proteccion.

En la comedia nada se hizo, por mas que el público y los que habitualmente componian para el teatro, vieron indicado en las piezas traducidas que se representaban, cuál era el camino que debia seguirse para obtener el acierto en este dificil género de la dramática.

Don Ramon de la Cruz fue el único de quien puede decirse que se acercó en aquel tiempo á conocer la índole de la buena comedia; porque dedicándose particularmente á la composicion de piezas en un acto, llamadas *sainetes*, supo sustituir en ellas al desaliño y rudeza villanesca de nuestros antiguos entremeses, la imitacion exacta y graciosa de las modernas costumbres del pueblo. Perdió de vista muchas veces el fin moral que debiera haber dado á sus pequeñas fábulas; prestó al vicio (y aun á los delitos) un colorido tan halagüeño, que hizo aparecer como donaires y travesuras aquellas acciones que desaprueban el pudor y la virtud, y castigan con severidad las leyes. Nunca supo inventar una

combinacion dramática de justa grandeza, un interes bien sostenido, un nudo, un desenlace natural: sus figuras nunca forman un grupo dispuesto con arte; pero examinados separadamente, casi todas estan imitadas de la naturaleza con admirable fidelidad. Esta prenda, que no es comun, unida á la de un diálogo animado, gracioso y facil (mas que correcto) dió á sus obrillas cómicas todo el aplauso que efectivamente merecian.

Cesó en su presidencia el conde de Aranda, en su ministerio el marqués de Grimaldi, y los teatros de los Sitios se cerraron: los de Madrid siguieron mezclando con su antiguo caudal las traducciones que habian adquirido; y enriqueciéndose cada dia con nuevos disparates, solia suceder que cuando en la Cruz se representaba el *Misantropo* ó la *Atalia*, en el Príncipe palmoteaba el vulgo á Ildefonso Coque haciendo *El Negro mas prodigioso*, ó *El Mágico africano*. Nunca se habia visto mas monstruosa confusion de vejeces y novedades, de aciertos y locuras. Las musas de Lope, Montalban, Calderon, Moreto, Rojas, Solís, Zamora y Cañizares; las de Bazo, Regnard, Laviano, Corneille, Moncin, Metastasio, Cuadrado, Moliere, Valladares, Racine, Concha, Goldoni, Nifo y Voltaire, todas alternaban en discorde union; y de estos contrarios elementos se componia el repertorio de ambos teatros.

Asi han seguido, y asi continuarán hasta que en-

tre los medios que pide su reforma, se acuerde la autoridad del primero que debe adoptarse, eligiendo el caudal de las piezas que han de darse al público en los teatros de todo el reino, sin omitir el requisito de hacer que se obedezca irrevocablemente lo que determine.

El Delincuente honrado, tragicomedia escrita por don Gaspar de Jovellanos hácia el año de 1770, corrió manuscrita con estimacion; y aunque demasiado distante del caracter de la buena comedia, se admiró en ella la expresion de los afectos, el buen lenguage y la excelente prosa de su diálogo. Impresa en Barcelona, sin anuencia del autor, no se vió representada en los teatros públicos hasta mucho tiempo despues.

En el dicho año de 1770, al cumplir los diez y ocho de su edad, publicó don Tomas de Iriarte bajo el anagrama de don Tirso Imareta, la comedia intitulada *Hacer que hacemos*, la cual desagradó á los inteligentes por su falta de interes y de caracteres: los cómicos, al leerla, creyeron con mucha razon que no podria sostenerse en el teatro.

La villa de Madrid, que celebró con regocijos públicos el nacimiento de los Infantes gemelos y la paz con Inglaterra, hizo representar en el año de 1784 dos piezas dramáticas, que apenas vistas desaparecieron para siempre de nuestra escena. *Los Menestrales*, comedia de don Cándido María Trigueros, erudito,

moralista, poligloto, anticuario, economista, botánico, orador, poeta lírico, épico, didáctico, trágico y cómico (obra escrita á pesar de Apolo) mereció las zumbas de Iriarte, y la desaprobacion del público. *Las Bodas de Camacho*, comedia pastoral de don Juan Melendez Valdés, llena de excelentes imitaciones de Longo, Anacreonte, Virgilio, Tasso y Gesner, escrita en suaves versos, con pura diccion castellana, presentó mal unidos en una fábula desanimada y lenta personages, caracteres y estilos que no se pueden aproximar, sin que la armonía general de la composicion se destruya. Las ideas y afectos eróticos de Basilio y Quiteria, la expresion florida y elegante en que los hizo hablar el autor, se avienen mal con los raptos enfáticos del ingenioso hidalgo: figura exagerada y grotesca, á quien solo la demencia hace verisimil, y que siempre pierde, cuando otra pluma que la de Benengeli se atreve á repetirla. Las avecillas, las flores, los céfiros, las descripciones bucólicas (que nos acuerdan la imaginaria existencia del siglo de oro) no se ajustan con la locuacidad popular de Sancho, sus refranes, sus malicias, su hambre escuderil, que despierta la vista de los dulces zaques, el olor de las ollas de Camacho y el de los pollos guisados, los cabritos y los cochinillos. Quiso Melendez acomodar en un drama los diálogos de *el Aminta* con los de *el Quijote*, y resultó una obra de

quínola, insoportable en los teatros públicos, y muy inferior á lo que hicieron en tan opuestos géneros el Tasso y Cervantes.

No sin mucha dificultad consiguió el mencionado Iriarte dar á la escena en el año de 1788 la comedia de *El Señorito mimado*, la cual muy bien representada por la compañía de Martinez, obtuvo los aplausos del público, en atencion á su objeto moral, su plan, sus caracteres, y la facilidad y pureza de su versificacion y estilo. Tal vez mereció la censura de los que notaron en ella falta de movimiento dramático, de ligereza y alegría cómica; pero facilmente se disimularon estos defectos, en gracia de las muchas cualidades que la hicieron estimable en la representacion y en la lectura. Si ha de citarse la primera comedia original que se ha visto en los teatros de España, escrita segun las reglas mas esenciales que han dictado la filosofía y la buena crítica, esta es.

Don Leandro Fernandez de Moratin, que ya tenia compuesta por aquel tiempo la comedia de *El Viejo y la Niña*, luchando con los obstáculos que á cada paso dilataban su publicacion, meditaba la dificil empresa de hacer desaparecer los vicios inveterados que mantenian nuestra poesía teatral en un estado vergonzoso de rudeza y extravagancia. No bastaban para esto la erudicion y la censura; se necesitaban repetidos ejemplos:

convenia escribir piezas dramáticas segun el arte: no era ya soportable contemporizar con las libertades de Lope, ni con las marañas de Calderon. Uno y otro habian producido imitadores sin número, que por espacio de dos siglos conservaron la escena española en el último grado de corrupcion. No era lícito que un hombre de buenos estudios se ocupase en añadir nuevas autoridades al error. No debia ya paliarse el mal; era menester extinguirle.

Consideró Moratin que la comedia debe reunir las dos cualidades de utilidad y deleite, persuadido de que sería culpable el poeta dramático que no se propusiera otro fin en sus composiciones que el de entretener dos horas al pueblo sin enseñarle nada, reduciendo todo el interes de una pieza de teatro al que puede producir una sinfonía, y que teniendo en su mano los medios que ofrece el arte para conmover y persuadir, renunciase á la eficacia de todos ellos, y se negára voluntariamente á cuanto puede y debe esperarse de tales obras en beneficio de la ilustracion y la moral. "Los autores »de las comedias, dijo Nasarre, conociendo la utilidad »de ellas, se deben revestir de una autoridad pública »para instruir á sus conciudadanos: persuadiéndose de »que la patria les confia tácitamente el oficio de filóso»fos y de censores de la multitud ignorante, corrompi»da ó ridícula. Los preceptos de la filosofía puestos en

»los libros, son áridos y casi muertos, y mueven flaca»mente el ánimo; pero presentados en los espectáculos »animados, le conmueven vivamente. El filósofo austero »se desdeña de ganar los corazones: el tono dominante »de sus máximas ofende ó cansa. El cómico excita al»ternativamente mil pasiones en el alma: hácelas servir »de introductores de la filosofía: sus lecciones nada tie»nen que no sea agradable, y estan muy apartadas del »sobrecejo magistral que hace aborrecible la enseñanza »y aumenta la natural indocilidad de los hombres."

Sentado el principio de que toda composicion cómica debe proponerse un objeto de enseñanza desempeñado con los atractivos del placer, concibió Moratin que la comedia podia definirse asi: "Imitacion en diá»logo (escrito en prosa ó verso) de un suceso ocurrido »en un lugar y en pocas horas entre personas parti»culares, por medio del cual, y de la oportuna expre»sion de afectos y caracteres, resultan puestos en ri»dículo los vicios y errores comunes en la sociedad, y »recomendadas por consiguiente la verdad y la virtud."

Imitacion, no copia, porque el poeta observador de la naturaleza, escoge en ella lo que únicamente conviene á su propósito, lo distribuye, lo embellece, y de muchas partes verdaderas compone un todo que es mera ficcion; verisimil, pero no cierto; semejante al original, pero idéntico nunca. Copiadas por un taquígra-

fo cuantas palabras se digan durante un año, en la familia mas abundante de personages ridículos, no resultará de su copia una comedia. En esta, como en las demas artes de imitacion, la naturaleza presenta los originales; el artífice los elige, los hermosea y los combina.

Hoc amet, hoc spernat promissi carminis auctor
. . . . . et quæ
Desperat tractata nitescere posse, relinquit.

En diálogo: porque á diferencia de los demas géneros de la poesía, en que el autor siente, imagina, reflexiona, describe ó refiere; en la dramática que produce poemas activos, se oculta del todo, y pone en la escena figuras que obrando en razon de sus pasiones, opiniones é intereses, hacen creible al espectador (hasta donde la ilusion alcanza) que está sucediendo cuanto alli se le presenta. La perspectiva, los trages, el aparato escénico, las actitudes, el movimiento, el gesto, la voz de las personas, todo contribuye eficazmente á completar este engaño delicioso, resulta necesaria del esfuerzo de muchas artes.

En prosa ó verso. La tragedia pinta á los hombres, no como son en realidad, sino como la imaginacion supone que pudieron ó debieron ser: por eso busca sus originales en naciones y siglos remotos. Este recurso, que la es indispensable, la facilita el poder dar á sus acciones y personages todo el interés, toda la su-

blimidad, toda la belleza ideal que pide aquel género dramático; y como en ella todo ha de ser grande, heróico y patético en grado eminente, mal podria conseguirlo si careciese de los encantos del estilo sublime, y de la pompa y armonía de la versificacion.

La comedia pinta á los hombres como son, imita las costumbres nacionales y existentes, los vicios y errores comunes, los incidentes de la vida doméstica; y de estos acaecimientos, de estos individuos y de estos privados intereses forma una fábula verisimil, instructiva y agradable. No huye, como la tragedia, el cotejo de sus imitaciones con los originales que tuvo presentes; al contrario, le provoca y le exige, puesto que de la semejanza que las da, resultan sus mayores aciertos. Imitando pues tan de cerca á la naturaleza, no es de admirar que hablen en prosa los personages cómicos; pero no se crea que esto puede añadir facilidades á la composicion. *Difficile est proprie communia dicere.* No es facil hablar en prosa como hablaron Melibea y Areusa, el Lazarillo, el pícaro Guzman, Monipodio, Dorotea, la Trifaldi, Teresa y Sancho. No es facil embellecer sin exageracion el diálogo familiar cuando se han de expresar en él ideas y pasiones comunes; ni variarle, acomodándole á las diferentes personas que se introducen, ni evitar que degenere en trivial é insípido por acercarle demasiado á la verdad que imita.

Estos mismos obstáculos hay que vencer si la comedia se escribe en verso. Ni las quintillas, ni las décimas, ni las estrofas líricas, ni el soneto, ni los endecasílabos pueden convenirla; solo el romance octosílabo y las redondillas se acercan á la sencillez que debe caracterizarla, y aun mucho mas el primero que las segundas. La facilidad, la energía, la gracia, la pureza del lenguage, la templada armonía que debe resultar de la eleccion de las palabras, de la dimension variada de los periodos, de la contraposicion de las terminaciones asonantes, todo será necesario para llevar á su perfeccion este género de poesía, que parece que no lo es. Ni espere acertar el que no haya debido á la naturaleza una organizacion feliz, al estudio y al trato social un extenso conocimiento de nuestra bellísima lengua, enriquecido con la continua leccion de nuestros mejores dramáticos antiguos, los cuales, á vueltas de su incorreccion y sus defectos, nos ofrecen los únicos excelentes modelos que deben imitarse cuando la buena crítica sabe elegirlos.

Un suceso ocurrido en un lugar, y en pocas horas. Boileau en su excelente Poética redujo á dos versos los tres preceptos de unidad.

Una accion sola, en un lugar y un dia,
Conserve hasta su fin lleno el teatro.

Esto mismo recomendaba el autor del Quijote setenta

años antes que el poeta francés; los buenos literatos españoles coetáneos de Cervantes tenian ya conocimiento de estas reglas. Lope las citó, juntamente con otras muchas, manifestando que si no las seguia no era ciertamente porque las ignorase; pues no solo habló de ellas el Pinciano en su *Filosofía antigua poética,* impresa en 1596, sino que Bartolomé de Torres Naharro (ciento y veinte años antes que naciera Boileau) las habia practicado en alguna de sus comedias.

El Pinciano dijo, hablando á este propósito, en la citada obra: "Toda la accion se finja ser hecha dentro »de tres dias..... cuanto menos el plazo fuere, tendrá »mas de perfeccion..... Y de aqui puede colegirse cuá»les son los poemas do nace un niño, y crece, y tiene »barbas, y se casa, y tiene hijos y nietos; lo cual en »la fábula épica, aunque no tiene término, es ridículo; »¿qué será en las activas, que le tienen tan breve?.... »Aquella fábula será mas artificiosa, que mas deleitare »y mas enseñare con mas simplicidad..... En vano se »aplican muchos modos para una accion..... Si una »sola basta para enseñar y deleitar en un poema, ¿pa»ra qué se aplicarán muchas?"

Creyó en efecto Moratin que si en la fábula cómica se amontonan muchos episodios, ó no se la reduce á una accion única, la atencion se distrae, el objeto principal desaparece, los incidentes se atropellan, las si-

tuaciones no se preparan, los caracteres no se desenvuelven, los afectos no se motivan: todo es fatigosa confusion. Un solo interes, una sola accion, un solo enredo, un solo desenlace: eso pide, si ha de ser buena, toda composicion teatral. Las dos unidades de lugar y tiempo, muy esenciales á la perfeccion dramática, deben acompañar á la de accion que la es indispensable; y si parece dificil la práctica de estas reglas, no por eso habrá de inferirse que son absurdas ó imposibles. No se cite el ejemplo de grandes poetas que las abandonaron, puesto que si las hubieran seguido, sus aciertos serian mayores. Ni se alegue que si en la representacion de una pieza cómica ó trágica es necesario que exista (para salvar las impropiedades que el arte no puede vencer) una tácita convencion de parte del auditorio, nada importa que esta convencion se dilate y aumente sin conocidos límites. Si tal doctrina llegára á establecerse, presto caerian los que la siguieran en el caos dramático de Shakespeare, y las representaciones del teatro se reducirian á las mantas y los cordeles con que decoraba los suyos Lope de Rueda. Existe en efecto la tácita convencion; pero aplicable solamente á disculpar los defectos que son inherentes al arte, no los que voluntariamente comete el poeta. Ya se ha visto con repetidos ejemplos que la observancia de las unidades de accion, tiempo y lugar

es posible y es conveniente: nada hay que decir en contrario, sino que la ejecucion es dificultosa: ¿y quién ha creido hasta ahora que sea facil escribir una excelente comedia?

Sujeta la fábula cómica á los preceptos que van indicados, hallará comprobada el espectador en su origen, progreso y desenlace la verdad moral é intelectual que el poeta ha querido recomendarle, si la composicion se dispone con tal inteligencia, que resulte conveniente, verisimil y teatral. Para ser la fábula conveniente deberá existir una inmediata conexion entre la máxima que se establece, y el suceso que ha de comprobarla. Para hacerla verisimil no basta que sea posible; ha de componerse de circunstancias tan naturales, tan fáciles de ocurrir, que á todos seduzca la ilusion de la semejanza. Para hacerla teatral deberá ser la exposicion breve, el progreso continuo, el éxito dudoso, la solucion (resulta necesaria de los antecedentes) inopinada y rápida; pero no violenta, ni maravillosa ni trivial.

Entre personas particulares. Como el poeta cómico se propone por objeto la instruccion comun, ofreciendo á vista del público pinturas verisímiles de lo que sucede ordinariamente en la vida civil, para apoyar con el ejemplo la doctrina y las máximas que trata de imprimir en el ánimo de los oyentes, debe apartarse de

todos los extremos de sublimidad, de horror, de maravilla y de bajeza. Busque en la clase media de la sociedad los argumentos, los personages, los caractéres, las pasiones, y el estilo en que debe expresarlas. No usurpe á la tragedia sus grandes intereses, su perturbacion terrible, sus furores heróicos. No trate de pintar en privados individuos delitos atroces que por fortuna no son comunes, ni aunque lo fuesen pertenecerian á la buena comedia, que censura riendo. No siga el gusto depravado de las novelas, amontonando accidentes prodigiosos para excitar el interes por medio de ficciones absurdas de lo que no ha sucedido jamas, ni es posible que nunca suceda. No se deleite en hermosear con matices lisonjeros las costumbres de un populacho soez, sus errores, su miseria, su destemplanza, su insolente abandono. Las leyes protectoras y represivas verificarán la enmienda que pide tanta corrupcion: el poeta, ni debe adularla, ni puede corregirla.

La oportuna expresion de afectos y caractéres se hace tan indispensable en la comedia, que sin ellos queda imperfectísima la imitacion; y si en todos los hombres existe una fisonomía y un genio que los particulariza y los distingue, mal acierta á imitarlos el que los iguala en la escena, y á todos los hace sentir, discurrir y obrar de una manera idéntica. Este defecto, que

abunda en las comedias de nuestro antiguo teatro, y es muy frecuente en las modernas de otras naciones, no se disimula ni con los rasgos delicados del ingenio, ni con la abundancia de chistes epigramáticos, ni con la pureza del lenguage, ni con la cultura del estilo, ni con la fluidez sonora de los versos: si no hay oportuna expresion de afectos y caractéres, todo es perdido. El arte de escogerlos y de combinarlos, y el de preparar las situaciones para que naturalmente se desenvuelvan, ofrece no pequeñas dificultades á un poeta cómico.

Resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la sociedad mediante la disposicion de la fábula y la expresion de los caractéres. En cuanto á estos, conviene que algunos sean ridículos, pero todos no, porque sin esta contraposicion no apareceria la deformidad en toda su luz, ni existiria la necesaria degradacion en las figuras, que tocadas con diferente fuerza deben quedar subalternas á la que se presenta como principal. Los defectos meramente físicos, involuntarios y de imposible enmienda, no deben ser objeto primario de la burla, si bien muchas veces se introducen como medios auxiliares para completar la pintura del vicio que se trata de corregir. Ninguna ridiculez corporal debe exponerse en el teatro á la irrision pública, si otra moral no la acompaña. Los vicios y errores que pinta la comedia deben ser comunes, porque no sién-

dolo, ninguna utilidad produciria su imitacion. Una extravagancia que rara vez se verifique en algun individuo, no puede servir para enseñanza de la multitud, que podria exclamar indignada contra el poeta: "Erras»te el objeto de correccion que te proponias: nadie de »nosotros adolece del vicio que pintas, ni conocemos á »ninguno que le tenga."

Debe pues ceñirse la buena comedia á presentar aquellos frecuentes extravíos que nacen de la índole y particular disposicion de los hombres, de la absoluta ignorancia, de los errores adquiridos en la educacion ó en el trato, de la multitud de las leyes contradictorias, feroces, inútiles ó absurdas, del abuso de la autoridad doméstica y de las falsas máximas que la dirigen, de las preocupaciones vulgares ó religiosas ó políticas, del espíritu de corporacion, de clase ó paisanage, de la costumbre, de la pereza, del orgullo, del ejemplo, del interes personal; de un conjunto de circunstancias, de afectos y de opiniones que producen efectivamente vicios y desórdenes capaces de turbar la armonía, la decencia, el placer social, y causar perjudiciales consecuencias al interes privado y al público.

Recomendadas por consiguiente la verdad y virtud en la fábula cómica mediante la censura de los vicios del entendimiento y del corazon, desempeñará el poeta el

objeto de utilidad general que debió proponerse. Enseña la verdad cuando apoyada su doctrina en los conocimientos de la física, en el exacto raciocinio de la filosofía, que preside á las ciencias, en los sucesos que eterniza la historia, en la crítica y buen gusto de la literatura y de las artes, rectifica los errores adquiridos en la enseñanza de malos estudios, ó en el ejemplo de personas preocupadas ó estúpidas; y el pueblo, á quien habitualmente rodea espesa nube de ignorancia, halla en el teatro la única escuela abierta para él, donde se le desengaña sin castigarle, y se le ilustra cuando se le divierte.

En la comedia se recomienda la virtud haciéndola amable, como efectivamente lo es: pintando en otros hombres pasiones generosas ó tiernas, que haciéndolos superiores á todo otro interes, menos laudable, los determinan á proceder en las varias combinaciones de la vida segun los principios de la justicia, de la prudencia, de la humanidad y del honor lo piden. Cuantos vicios risibles infestan la sociedad, otros tantos descubre la comedia para inducirnos á conocerlos y evitarlos, al mismo tiempo que nos acuerda las obligaciones que debemos desempeñar en el trato del mundo para evitar los peligros que á cada paso nos presenta, para merecer por una conducta irreprensible la estimacion y el amor de los buenos, para hallar en el testimonio

de nuestra conciencia el mas poderoso consuelo, la mas segura proteccion contra los accidentes de la fortuna ó la injusticia de los hombres.

Tales fueron los principios generales que Moratin creyó convenir al teatro cómico; pero debia pasar mas adelante el que tomaba sobre sí el empeño de reformár el nuestro. Su propia observacion le dió á conocer que si el arte es suficiente para evitar el error, no basta él solo para producir los aciertos: éstos nacen de otro origen: no los aprende el poeta, los halla en sí: no los adquiere á fuerza de instruccion, la naturaleza se los da. Expliquen los que hayan llegado á saberlo cuál sea la causa de que en unos individuos sí y en otros no se hallen facultades tan diferentes, que hacen imposible á estos lo que aquellos encuentran facil y genial: baste la persuasion de que efectivamente reside en determinados sugetos una peculiar aptitud mental que les hace percibir lo que para otros muchos, dotados á lo que parece de la misma disposicion orgánica, permanece ignorado y oculto. Este sentido, este particular instinto (si algun nombre ha de dársele) es el que ha producido hasta ahora los eminentes profesores en las artes de imitacion. A él se deben la Venus de Médicis y el Apolo de Belveder: Velazquez, guiado por él, supo pintar el aire; por él Moliere halló el verdadero caracter de la comedia; por él Rossini en sus

inesperadas combinaciones armónicas añade á la música nuevos encantos. Si esta facultad creadora existió en Moratin para dar á sus composiciones dramáticas aquella facilidad dificil, aquella fuerza de expresion, aquel espíritu de vida, aquella constante apariencia de verdad sin la cual nada es tolerable en la escena, la posteridad justa sabrá decidirlo.

En el éxito que tuvieron sus obras cómicas, representadas y leidas, vió logrado el fin que se propuso al componerlas. Dió en ellas el ejemplo práctico de que la observancia de las reglas asegura el acierto, si el talento las acompaña; y que el arte dramática, como todas las demas, resulta de principios certísimos é inalterables, sin cuyo conocimiento los mejores ingenios se precipitan y se malogran. Quiso imitar el atrevimiento laudable de Corneille y de Moliere, que haciéndose superiores á las ideas comunes de su siglo, crearon la tragedia y la comedia en Francia. No pactó con los errores vulgares; no aspiró á una celebridad facil de adquirir; quiso dar á su nacion modelos dignos de ser imitados por los que sigan despues tan árduo camino; y si no bastó su talento á igualar deseos tan generosos, merece á lo menos la gloria de haberlo intentado. Cuando haya en España buenos estudios; cuando el teatro merezca la atencion del gobierno; cuando se propague el amor á las letras en razon del premio y el honor

que logren; cuando cese de ser delito el saber, entonces (y solo entonces) llevarán otros adelante la importante reforma que él empezó (*).

Quiso tambien desmentir de una manera victoriosa las equivocaciones en que han incurrido no pocos extrangeros que han escrito acerca de nuestro teatro, creyendo hallar en el caracter nacional las causas de su corrupcion, acumulando errores sobre este supuesto, copiándose unos á otros, y obstinándose en decidir magistralmente sobre el mérito científico de una nacion, sin conocer la historia de su literatura, sus costumbres ni su lengua; sin querer preguntar jamas lo que ignoran á los únicos que les pudieran instruir.

(*) No se puede designar con absoluta seguridad la época á que se refieren las expresiones que preceden, aunque parece natural que se hable del tiempo en que se escribió el prólogo para la edicion de París del año 1825. En el discurso de las obras de Moratin se puede observar mas de una vez que su humor, exasperado por las circunstancias de su vida y de su situacion personal, se desahogaba en expresiones sobradamente ásperas, acaso poco conformes á su genio y caracter. Como quiera, la Academia se lisonjea de que los lectores racionales y juiciosos distarán mucho de aplicar tan amarga censura á la época actual. Si en ella se aprecian ó no los buenos estudios; si se juzga con rectitud ó con error del mérito de las piezas dramáticas y de sus autores; si se honran sus producciones y su memoria; si merecen estos asuntos la atencion del Gobierno, son cuestiones que la historia de la presente edicion decide de un modo tan completo, que no queda lugar alguno á la duda. *(Nota de la Academia.)*

Cuando hablan del teatro español exageran su irregularidad, el espíritu caballeresco que le domina, los caractéres fantásticos, el enredo complicado, los incidentes imposibles de que se componen sus fábulas, escritas, á lo que ellos dicen, con estilo oriental, ditirámbico, erizado de metáforas, equívocos y sutilezas, redundante, hinchado, tenebroso, *ampullas et sexquipedalia verba.* Tal es la pintura que hacen de él; y confundiendo las épocas en razon de su mucha ignorancia, han atribuido y atribuyen á los españoles que hoy viven el mismo depravado gusto que reinaba dos siglos ha. Nos echan en cara nuestra decidida inclinacion á los autos sacramentales, y el placer con que vemos imitados en accion dramática los misterios de la religion, olvidándose de que hace ya setenta años que no se representan tales dramas en ninguno de los teatros de España. Nos citan una comedia de *San Amaro*, cuya accion dura doscientos años, y un auto que acaba con el *Ite missa est;* y no añaden que no hay un solo español ni extrangero, que haya visto jamas en nuestra escena la representacion de tal comedia ni de tal auto.

¿Qué dirian si juzgásemos el teatro francés por sus antiguas moralidades y sus misterios? ¿ó si para apreciar el talento cómico de Moliere les citáramos el saco de Scapin, la transformacion de M. Jourdan en Ma-

maouchi, los cuernos de Sganarelle, el aguavá de Truffaldin, la materia copiosa y laudable de Lucinda, las deposiciones de Argante y las geringas de Pourceaugnac? ¿Qué dirian, si callando los aciertos de Goldoni, de Albergati, de Metastasio, de Monti, del terrible Alfieri, nos acordásemos únicamente de los voluntarios desatinos con que infestó el conde Gozzi los teatros de su nacion? ¿si no halláramos otros ejemplares que citar que el de *Arlequin tragado por la ballena*, *Arlequin que nace de un huevo*, *el príncipe Taer convertido en piedra*, *ó la dama serpiente*, piezas no ignoradas, como la de *San Amaro*, no sepultadas en el polvo de las bibliotecas, como nuestros autos, sino repetidas frecuentemente en las principales ciudades de Italia, en donde los que hoy viven han podido verlas no pocas veces?

Pero no solo dan por supuesto que la escena española permanece en un extravagante desarreglo, sino que se adelantan á negarnos hasta la posibilidad de la enmienda. "Como la comedia tiene por objeto las ac»ciones de personas inferiores y humildes, no siendo »esto conforme con el caracter altivo de los españoles, »puede asegurarse con verdad que la comedia nunca »tuvo cabida en España. — Ningun español ha podido »sujetar su talento á la unidad de lugar. No quieren »los españoles salir del teatro conmovidos de ningun

»afecto de desprecio, de odio ó de amor: les pareceria »vergonzoso perder en una representacion su natural »indiferencia. — Como la galantería de los españoles ha »sido heredada de los moros, les ha quedado á aque- »llos un cierto sabor de Africa, de que no han parti- »cipado las demas naciones." Esto dice el abate Cuadrio en su *Historia poética.* "La mezcla de bufonesco »y serio, de trágico y cómico, de caballeresco y popu- »lar agrada extremadamente á los españoles." Esta observacion es del P. Caymo, autor de la obra intitulada *El vago italiano.* "La verdadera comedia no ha sido »conocida nunca de los españoles, que no saben reir »sin gravedad, ni toleran en el teatro personas vulga- »res sino acompañadas con los héroes." Este rasgo de crítica es del abate Bettinelli. "En la comedia apre- »cian siempre los españoles los enredos de Calderon, »Rojas, Moreto y otros autores del mismo género, y »durará este aprecio mientras sus fábulas tengan una »relacion general con las costumbres. — Si en España »no se aplican á pintar los caractéres y ridiculeces de »la sociedad, que tanto nos agradan en Moliere, con- »siste en que de algunos siglos á esta parte la sociedad »no ha dejado de ser en España lo que antes era." Esto escribia M. La Harpe en el año de 1797.

¿Para qué citar mas? El público español, aplaudiendo las comedias de Moratin, responde á tan atro-

pelladas censuras. En España se llama comedia nacional la que pinta costumbres españolas; y el gusto dominante en la Península (como en todo lo restante de Europa) es el de ver copiados en el teatro los originales que se encuentran á cada paso en el trato comun. El desarreglo no es nacional; no lo ha sido nunca en ninguna parte, á no suponer que exista una nacion de estúpidos, en quienes no produce deleite la imitacion de la verdad. El desarreglo es meramente accidental y transeunte en todas partes, con mas ó menos duracion. Decir que en España se aprecian las comedias antiguas porque las costumbres no se han mudado, es hablar con tanto desacuerdo como si se tratára de un pais remoto y casi desconocido. Precisamente por haberse mudado las costumbres, por no parecerse ya los españoles que hoy viven á los que existieron dos siglos ha, las comedias escritas en aquel tiempo han decaido de la estimacion que tuvieron, y desaparecerán del todo á proporcion del número de piezas modernas que vaya adquiriendo el teatro. El público español, que tiene por muy nacionales las comedias de Moratin, ha visto en ellas la pintura fiel de nuestros usos y costumbres, de nuestros actuales vicios y errores. Ha visto que un español ha sabido sujetar su caracter altivo á tratar acciones domésticas, reducirlas á las temidas reglas de unidad, y aun algo mas

que esto. Ha visto que no hay en sus fábulas personas heróicas, ni mezcla de bufonesco y serio, de trágico y cómico, de caballeresco y popular. Ha visto que en su representacion se apasionan los espectadores, lloran ó rien, segun el autor quiso que lo hiciesen, y que no les es posible conservar aquella inmovilidad de estátuas con que el bueno del abate Cuadrio nos caracteriza. Ha visto por último en las citadas piezas la observancia mas rigurosa del arte, unida á muchos de los primores que se admiran en nuestro antiguo teatro; y no se dice que nadie haya percibido en ellas hasta ahora ningun sabor ni resquemo africano, oriental ni francés.

En las poesías sueltas, que acompañan á esta coleccion dramática, se reconocen las máximas que seguia el autor, segun la diferencia de los géneros, de los argumentos, de la versificacion y del estilo en que las escribia; los originales que procuraba imitar, y su cuidado, nunca desmentido, de sujetar los ímpetus de la fantasía á las leyes del raciocinio y del buen gusto. Supo substraerse á la corrupcion que nació y se propagó en su tiempo; á la nueva especie de culteranismo en que cayeron muchos de los que cultivaron la poesía con mas ó menos inspiracion, estableciéndose una escuela de error, que ha sido funestísima al progreso de las letras humanas.

Hubo una época en que algunos jóvenes, mal instruidos en sus primeros estudios, sin conocimiento de la antigua literatura, ignorantes de su propio idioma, negándose al estudio de nuestros versificadores y prosistas (que despreciaron sin leerlos), creyeron hallar en las obras extrangeras toda la instruccion que necesitaban para satisfacer su impaciente deseo de ser autores. Hiciéronse poetas, y alteraron la sintaxis y propiedad de su lengua, creyéndola pobre porque ni la conocian ni la quisieron aprender: substituyeron á la frase y giro poético que la es peculiar, locuciones peregrinas é inadmisibles: quitaron á las palabras su acepcion legítima, ó las dieron la que tienen en otros idiomas: inventaron á su placer, sin necesidad ni acierto, voces extravagantes que nada significan, formando un lenguage obscuro y bárbaro, compuesto de arcaismos, de galicismos y de neologismo ridículo. Esta novedad halló imitadores, y el daño se propagó con funesta celeridad. Por ellos dijo Capmany: "Estos bas»tardos españoles confunden la esterilidad de su cabe»za con la de su lengua, sentenciando que no hay tal »ó tal voz, porque no la hallan. ¿Y cómo la han de »hallar, si no la buscan ni la saben buscar? ¿Y dón»de la han de buscar, si no leen nuestros libros? ¿Y »cómo los han de leer, si los desprecian? Y no te»niendo hecho caudal de su inagotable tesoro, ¿cómo

»han de tener á mano las voces de que necesitan?”

A la ignorancia de la lengua se añadió la del arte de componer: falta de plan poético, pobreza de ideas, redundancia de palabras, apóstrofes sin número, destemplado uso de metáforas inconexas ó absurdas, desatinada eleccion de adjetivos, confusion de estilos, y constante error de creer sencillo lo que es trivial, gracioso lo que es pueril, sublime lo gigantesco, enérgico lo tenebroso y enigmático. A esto añadieron una afectacion intolerable de ternura, de filantropía y de filosofismo, que deja en claro el artificio pedantesco, y prueba que tales autores carecieron igualmente de sensibilidad que de doctrina.

Si en las obras sueltas de Moratin no se advierten extravíos de igual naturaleza, no por eso pudo lisonjearse de haber llegado á la perfeccion, que siempre huye del anhelo con que los hombres la solicitan: nada hay perfecto. Nunca aspiró á la gloria de poeta lírico; pero compuso algunas obras en este género para desahogo de su imaginacion y sus afectos, ó para corresponder agradecido á los que estimaban en algo las producciones de su pluma. Siguió en este ramo de la poesía los mejores ejemplos de la antigua y moderna literatura; cultivó su lengua con aplicacion infatigable; evitó los errores que veia difundirse y aumentarse diariamente, aplaudidos por la ignorancia y la falsa crí-

tica, y sostenidos por la autoridad, que contribuyó eficazmente á propagarlos; pero ni desconoció la distancia á que se hallaba del acierto, ni fue tan grande su amor propio, que le hiciese olvidar cuán difícil es adquirir en el Parnaso dos coronas.

APÉNDICE AL PRÓLOGO.

CATÁLOGO

DE PIEZAS DRAMÁTICAS PUBLICADAS EN ESPAÑA DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XVIII HASTA LA ÉPOCA PRESENTE. (1825. *)

Don Tomás Genis. Adquirir para reinar; Triunfos de Felipe V y glorias de Gabriela.

Don Rodrigo Pedro de Urrutia. Rey decretado del cielo. — Astucias de Lucifer. — La Violencia por castigo, y la hermosura por premio.

Don Juan de Vera y Villarroel. Felipe V en Italia. — Muger, ángel y milagro. — El Patron de Salamanca. — La Perla de Cataluña y peñas de Monserrate. — San Juan de Sahagun. — Cuanto cabe en hora y media. — La Corona en tres hermanos. — Mas triunfa el amor rendido.

A. A. Al freir de los huevos. — El Rey Don Pedro en Lisboa. — Sueños hay que son verdades, y Felipe V en Extremadura. — El Sueño del perro. — Hacer la cuenta sin la huéspeda. Z. — Opera escénica á la entrada de la Seño-

(*) En este catálogo se ha procurado observar, cuanto es posible, el orden cronológico. En él se incluyen las piezas dramáticas de representacion ó de música que se han visto en los teatros de España, ó se han publicado impresas desde el principio del siglo XVIII hasta la época presente.

Las que van señaladas con estas letras *A. A.*, ó son efectivamente anónimas, ó se han colocado en esta clase por no haber tenido el colector noticia segura de sus autores. Las tragedias van distinguidas con una *T*, las óperas con una *O*, las zarzuelas con una *Z*.

*

ra Doña Luisa Isabel de Borbon, Princesa de Asturias.— Los Encantos de Amenon. Z.—El Infante Don Carlos en Sicilia, y Felipe V en Sevilla.—Arcas y Calixto. Z.— Los amores de la aurora. Z.

Don Francisco Pizarro Picolomini, marqués de San Juan. Cinna. T.

Don Juan Bernardino Rojo. El Amor correspondido sin poder lograr su centro.

Don Francisco Gomez de Acosta. Póngala nombre el discreto.

Don Melchor Fernandez de Leon. Conquista de las Molucas.—Los Dos mejores Hermanos.—El Veneno en la guirnalda.—Ícaro y Dédalo.—El Primer templo de amor.—San Francisco de Borja.—No hay amor como fingir.—Endimion y Diana.—Los Tres mayores prodigios.—San Justo y Pastor.—El Sordo y el Montañés.— Venir el amor al mundo.

Don Diego de Torres y Villarroel. El hospital en que cura amor de amor la locura.

Don Gerónimo Guedeja y Quiroga. Nuestra Señora de los Reyes.—La Mejor luz de Sevilla.—Si toda la vida es sueño, en el sueño está la muerte, y el Asombro de Palermo.

Don Francisco Salgado. Nuestra Señora de la Luz.—Araspes y Pantea. Z.

Don Antonio Tellez de Acebedo. Glorias de Jesus cautivo, y Prodigios del rescate.—Los Bandos de Luca y Pisa.— La Margarita del Tajo que dió nombre á Santarén.— Santa Colomba, 1.ª y 2.ª parte.—El Muerto disimulado.—La Mozuela del sastre, ó No hay disfraz en la nobleza.—La Gracia contra la culpa y primer martir de Cristo.—Dicha y desdicha del juego.—El Peregrino en su patria y milagroso enfermero, San Roque.

Don Marcos Lanuza. Las Bélides. Z. — Zelos vencidos de amor.

Don Pedro Scoti de Agoiz. Apolo y Leucotoe. Z. — Los juicios del cielo, no examinarlos y obedecerlos. — Filis y Demofoonte. Z. — El Primer blason de Israel.

Don Antonio de Zamora. Todo lo vence el amor. — El Hechizado por fuerza. — Mazariegos y Monsalves. — El Custodio de la Hungria, San Juan Capistrano. — La Doncella de Orleans. — Aspides hay basiliscos. Z. — Judas Iscariote. — Por oir misa y dar cebada nunca se perdió jornada. — Cada uno es linage aparte, y los Mazas de Aragon. — Siempre hay que envidiar amando. — Amar es saber vencer, y el arte contra el poder. — Columna sobre columna. — Amor es quinto elemento. — El Blason de los Guzmanes y defensa de Tarifa. — Con bellezas no hay venganzas. — La Destruccion de Tebas. — Con música, y por amor. — Desprecios vengan desprecios. — La Fé se firma con sangre. — La Honda de David. — Don Bruno de Calahorra. — El Indiano perseguido. — El Lucero de Madrid, San Isidro Labrador. — Duendes son los alcahuetes, y el espíritu Foleto, 1.ª y 2.ª parte. — Matarse por no morirse. — El Templo vivo de Dios. — La Mística monarquía. — Preso, muerto y vencedor, todos cumplen con su honor, y defensa de Cremona. — No muere quien vive en Dios. — Ser fino y no parecerlo. — No hay mal que por bien no venga. — Don Domingo de don Blas. — El primer inquisidor, San Pedro martir. — Quitar de España con honra el feudo de las doncellas. — El triunfo vivo de Dios. — Viento es la dicha de amor. Z. — Victoria por el amor.

Don N. conde de Clavijo. Júpiter y Io. Z. — Zelos vencidos de amor. Z.

A. A. La Elisa. Z.—El Rapto de Ganimedes. Z.—La Traicion necesitada y fortuna de Tequeli.—Antes difunta que agena. Z.—No todo indicio es verdad, Pelope y Laodamia. Z.—Triunfo y error de los zelos y el amor. Z.

Don Tomás de Añorbe y Corregel. La Virtud vence al destino.—La Tutora de la Iglesia y Doctora de la ley, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte.—Los Amantes de Salerno.—El Caballero del cielo.—El Duende de Zaragoza.—Cómo luce la lealtad á vista de la traicion, ó la hija del senescal.—El Daniel de la ley de Gracia y Nabuco de la Armenia.—La Encantada Melisendra y Piscator de Toledo.—Júpiter y Danae. Z.—Nulidades del amor.—La Oveja contra el pastor, y tirano Boleslao.—El Paulino. T.—Princesa, ramera y martir, Santa Afra.—El Poder de la razon.

Don Felice Rodríguez de Ledesma. El Monarca mas prudente.—El Cuchillo de sí mismo.

Don Juan Salvo y Vela. El Mágico de Salerno Pedro Vayalarde, 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª y 5.ª parte.—El Laurel de Apolo.—Tambien hay duelo en los Santos.—La Manzana de oro. Z.—San Antonio de Padua.

Don Diego de Aguayo. Querer sabiendo querer, y gran reina Trinacria.

Don Bernardino José de Reinoso y Quiñones. Quitar el cordel del cuello es la mas justa venganza, ó el Pobre fundador del hospital mas famoso el venerable Anton Martin, 1.ª y 2.ª parte.—La Sacra esposa de Cristo y Doctora de su Iglesia, Santa Catalina.—El Sol de la Fé en Marsella y conversion de la Francia, Santa María Magdalena, 1.ª y 2.ª parte.

Don N. conde de Atarés. Apolo y Driope. Z.

Don José de Cañizares. La Boba discreta.—Carlos V sobre Tunez.—Abogar por su ofensor y baron del Pineli.—

Acis y Galatea. Z.— El Asombro de la Francia Marta la Remorantina, 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª parte.— El Valor como ha de ser.— Las Nuevas armas de amor.— El Asturiano en la corte y músico por amor.— La mas ilustre Fregona.— Á un tiempo rey y vasallo.— La viva imagen de Cristo.— Montes afirma el desden. Z.— El Anillo de Giges, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte.— La Ventura por la voz.— La Muerta viva, Santa Cristina.— Las tres Comedias en una.— A cual mejor, confesada y confesor.— Tambien por la voz hay dicha.— La mas amada de Cristo, Santa Gertrudis la Magna, 1.ª y 2.ª parte.— Las Amazonas de España.— El Angel del Apocalipsi.— Lo que va de cetro á cetro y crueldad de Inglaterra.— Telémaco y Calipso. Z.— Amando bien no se ofenderá un desden.— El santo Niño de la Guardia.— Milagro es hallar verdad.— Angélica y Medoro. Z.— Lo que vale ser devoto de San Antonio de Padua.— El Sol de occidente.— La invencible Castellana. El sacrificio de Ifigenia. T. 1.ª y 2.ª parte.— Amor es todo invencion.— Si una vez llega á querer la mas firme es la muger.— Las Cuentas del Gran Capitan.— Castigar favoreciendo.— Yo me entiendo y Dios me entiende.— No hay con la patria venganzas y Temístocles en Persia.— El Picarillo en España.— Un Precipicio con otro.— Clicie y el Sol. Z.— Cumplir á un tiempo quien ama con su Dios y con su dama.— El Príncipe don Carlos.— El Prodigio de la Sagra.— De leve chispa gran fuego.— Por acrisolar su honor competidor hijo y padre.— El Pleito de Hernan Cortés con Pánfilo de Narvaez.— De Comedia no se trate, allá va ese disparate.— Ponerse hábito sin pruebas y guapo Julian Romero.— Don Juan de Espina en Madrid.— Don Juan de Espina en Milan.— El Rey Henrique el Enfermo.— Cuál ene-

migo es mayor, el destino ó el amor. — La Hazaña mayor de Alcides. — El Dómine Lucas. — De los encantos de amor la música es el mayor, y el Montañes en la corte. — Hasta lo insensible adora. — Apolo y Climene. Z. — El Imposible mayor en amor le vence amor. — El Cantero de Constantinopla. — El Honor da entendimiento, y el mas bobo sabe mas. — Santa Francisca Romana. — La heróica Antonia García. — Fieras afemina amor. — El Estrago en la fineza. — Sin Caridad no hay fortuna. — El Monstruo napolitano, ó el error y el escarmiento. — Santa Brígida. — Fortuna te dé Dios, hijo. — San Vicente Ferrer, 1.ª y 2.ª parte. — El Dichoso bandolero. — Santa Juana de la Cruz. — La Vida del gran tacaño. — La señora Mariperez. — La Banda de Castilla y privado perseguido. — Pedro Urdemalas.

Don Francisco Scoti de Agoiz. Las Hazañas de Juan de Arévalo. — El Valor nunca vencido. — El Triunfo mayor de Alcides.

Don N. conde de las Torres. Decio y Araclea. Z.

Juan Hidalgo. El Monstruo de Barcelona. — Muzárabes de Toledo. — El Niño Dios en Egipto y mas dichoso ladron.

Don Luis de Oviedo. Los Sucesos de tres horas.

Don Juan de Benavides. Apolo y Dafne. Z. — El Marte español. — Nuestra Señora del Mar.

Fr. Juan de la Concepcion. Guerra y paz de las estrellas.

Don Eugenio Gerardo Lobo. El mas justo Rey de Grecia. — Los Mártires de Toledo y Tejedor Palomeque.

Vicente Guerrero. El Valiente negro en Flandes, 2.ª parte.

Marcos de Castro. Disparates concertados dicen bien en todo tiempo.

A. A. Armida aplacada. O. — Angélica y Medoro. O. — El Vellon de oro. O. — Polifemo y Galatea. — Artagerges.

O. — Demofoonte. O. — Demetrio. O. — Dido abandonada. O. — Siroe. O. — Niteti. O. — El Rey pastor. O. — Adriano en Siria. O. — Semíramis reconocida. O. — El Héroe de la China. O., &c.

Don Ignacio de Luzan. La Razon contra la moda. — La Clemencia de Tito. O.

Don Juan de Trigueros. Británico. T.

Don Agustin de Montiano y Luyando. Virginia. T. — Ataulfo. T.

Don Eugenio de Llaguno y Amírola. Atalia. T.

Don Antonio Merano y Guzman. En vano el poder persigue á quien la deidad protege, y mágico Apolonio.

Don Manuel Daniel Delgado. Cómo se engañan los zelos.

Don Antonio Camacho y Martinez. Vida y muerte de Thamas Kaulikan.

Don José de Lobera y Mendieta. La Muger mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la V. O. T. de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo. — Sin el oro pierde amor su imperio, lustre y valor.

Don Nicolás Gonzalez Martinez. La Tragedia anunciada es menor sucedida que esperada. — Dar honor el hijo al padre, y al hijo una ilustre madre. — Santo, Esclavo y Rey á un tiempo.

Don Manuel de Iparraguirre. El Enfermo imaginario. — El Avariento.

Don Antonio Frumento. Sastre, Rey y Reo á un tiempo, ó el Sastre de Astracan. — En vano es querer venganzas cuando amor pasiones vence. — Lances de amor, desden y zelos.

Don José Fernandez Bustamante. Al andar fortuna ayuda. — Al poder la ciencia vence. — No siempre el destino vence, si en su imperio amor domina, y Príncipes encubiertos. —

El Sol de la Fé en su oriente, y conversion de Irlanda.— En la mayor perfeccion se encuentra el mejor estado, Santa Catalina de Bolonia.— Azote de la heregía y espejo de la virtud, San Jácome de la Marca.— Zelos, aun imaginados, conducen al precipicio y Mágico Diego de Triana.—El Asombro de Argel y Mágico Mahomad.

Don Antonio Pablo Fernandez. El Angel lego y pastor, San Pascual Bailon.— Los dos amantes mas finos Píramo y Tisbe.— La Prudencia en la niñez.

Don Ramon de Arellano y Cruz. Antorcha del querer bien y venturas de Himeneo.

Don Francisco Sierra. Convertirse un gran pesar en la mayor alegría.

Don José Benegasi y Luzan. Llámenla como la llamen.

Don Eusebio Ruiz Ruiz. No hay artes contra el amor y antes que todo es mi sangre.

Don Fernando Jugazzis Pilotos. Combates de amor y ley. T.

Don Lucas Merino y Solares. El Muerto resucitado.

Don Manuel Vela. Casarse por golosina.

Don Manuel Lassala. José descubierto á sus hermanos. T.— Don Sancho Abarca. T.

Don Antonio Gonzalez de Leon. El Hijo de Ulises.

Don Nicolás Fernandez de Moratin. La Petimetra.— Lucrecia. T.—Hormesinda. T.— Guzman el Bueno. T.

Don José Cadahalso. Don Sancho García. T.

Don José Clavijo y Fajardo. La Feria de Valdemoro. Z.— Andrómaca. T.— El Heredero universal.— El Vanaglorioso.— Beltran en el serrallo.

Don Pablo Olavide. Celmira. T.— Hipermenestra. T.— El desertor francés.

Don Gaspar de Jovellanos. El Delincuente honrado.— Munuza. T.

Don Ignacio Lopez de Ayala. Numancia destruida. T.

Don Juan Lopez Sedano. Jahel. T. — El Misantropo.

Don Antonio Baza. La Criada mas leal. — Los tres mayores prodigios en tres distintas edades y origen Carmelitano. — El Hijo de sus obras y empeño de una Banda. — El Pródigo. — Merope y Polifonte. — El Caballero y la Dama. — El Zeloso avaro. — La Verdad en el engaño. — Sacrificar el afecto en las aras del honor es el mas heróico amor, Cleonice y Demetrio. — La piedad de un hijo vence la impiedad de un padre y real jura de Artagerges. — Paz de Artagerges con Grecia.

Don Tomás Sebastian y Latre. Británico. T. — El Parecido. — Progne y Filomena. T.

A. A. Filoctetes. T. — Los dos mas finos Amantes desgraciados por amor, ó víctimas de la infidelidad. — Hallazgo, paz y privanza. — Nobleza de un fiel amigo y premio de la traicion. — Riesgo, esclavitud, disfraz, ventura, acaso y deidad. — La Magestad en la aldea. Z. — Por socorrer á una madre venderse un hijo al suplicio. — Entre el honor y el amor, el honor es lo primero. — Amor destrona Monarcas y Rey muerto por amor. — Dar ser á su propio ser, ó el Osman. — El Padre de familia. — Gianguir. T. — Mal genio y buen corazon. — No hay mudanza ni ambicion donde hay verdadero amor, ó el Rey pastor.

Don Francisco Mariano Nifo. El Juicio de una muger hace al marido discreto. — La Casa de moda. — Ipsipile y Jason. — Dios protege la inocencia, Elvira, Reina de Navarra. — No hay en amor fineza mas constante, que dejar por amor su mismo amante, ó la Nineti.

Don Joaquin de San Pedro. El Enfermo imaginario.

D. F. T. R. Siempre triunfa la inocencia.

Don Vicente García de la Huerta. Lisi desdeñosa, ó el bos-

que del prado.—Raquel. T.— Agamenon vengado. T.— La Fé triunfante del amor y cetro, ó la Jaira. T.

José Vallés. Propio es de hombres sin honor pensar mal y hablar peor. — El mas temido andaluz. — La Margarita. — No hay fiera mas irritada que una muger indignada.

Don Henrique Ramos. El Guzman. T.

Don Narciso Solano y Lobo. La Amazona de Mongat, y Aventuras de Tequeli. — Merecer por sí la suerte quien por sí la desmerece. — El Job de la ley de Gracia. — Premios son venganzas de amor.

A. A. El Tambor nocturno.—Clelia triunfante en Roma.— La buena nueva. — Zafira. T. — La Criada mas sagaz.— Meroe. T. — La Esposa persiana. — El Jugador. — Agamenon. T.—Siroe. T. —La Escuela de las madres. —La Enferma por amor. —Pamela, 1.ª y 2.ª parte.—El Mágico Federico. —Witing. T. —Hamlet, Rey de Dinamarca. T.—Ester. T. — Á un tiempo esclavo y señor, y Mágico Africano.—Fedra. T. —No hay traidores sin castigo, ni lealtad sin lograr premio, Mecencio y Flaminio en Roma. T.

Don N. Mello. Entre los riesgos de amor sostenerse con honor, ó la Laureta.

Don N. Martinez. Gustavo Adolfo, Rey de Suecia.

Don Antonio Rezano. Acrisolar el dolor con el mas filial amor.

Don N. Moron. Buen Amante y buen Amigo.

Don N. Maldonado. Triunfos de lealtad y amor, ó la Cleonice.

Don N. Ripoll. Cegar al rigor del hierro. — Antídoto de la Grecia. — Ingenio y representante, San Ginés y San Claudio. — Marta aparente.

Don Bruno Solo y Zaldivar. Triunfo de amor y lealtad, y

traidor en la apariencia. — Por cumplir una palabra derramar su propia sangre. — La Bella Pastora y ciudadana en el monte. — Los Impacientes chasqueados y Burladora burlada. — El Parecido en el trono, y Traicion por la venganza. — El hombre busca su estrago, anuncia el castigo el cielo, y pierde vida é imperio, Focas y Mauricio.

Don José Cumplido. Al amor de madre no hay afecto que le iguale, ó la Andrómaca.

Don N. Carrillo. Tambien lidia una muger con otra muger por zelos.

Don Manuel Fermin de Laviano. La afrenta del Cid vengada. — El godo rey Leovigildo, y vencido vencedor. — Morir por la patria es gloria, y Atenas restaurada. — La Defensa de Sevilla por el valor de los godos. — Al deshonor heredado vence el honor adquirido. — Los Pardos de Aragon. — El Sol de España en su oriente, y toledano Moisés. — Triunfos de valor y honor en la corte de Rodrigo. — La Suegra y la Nuera. — El Pretendiente y la muger virtuosa. — La inutil precaucion y Barbero de Sevilla. — El Reo inocente. — Sigerico, primer Rey de los godos. — La Española Comandante. — La Viuda indiferente, y esquileo de Castilla. — El Tirano Gunderico. — La toma de Sepúlveda por el conde Fernan Gonzalez. — La Bella Guayanesa. — La restauracion de Madrid. — Valor y honor de Otoniel. — La Buena Casada. — El verdadero heroismo está en vencerse á sí mismo.

Don Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla. Quien complace á la deidad acierta á sacrificar. — Briseida. Z. — El Prado viejo por la noche. — El Niño y la Niña. — La Pragmática, 1.ª y 2.ª parte. — La Prueba feliz. — Eugenia. — La Escocesa. — Portentosos efectos de la naturaleza. — El Ensayo con empeño. — El Veneno fingido. — Las Mugeres

defendidas. — Los Payos en la corte. — Mas puede el hombre que amor, ó querer á dos y ser firme. — Las Superfluidades. — Las Señorías de moda. — La Tornaboda en ayunas. — El Baile de repente. — El Casero burlado. — La fiesta de pólvora. — Danzantes sin tamboril. — Los Abates vengados. — La Fuerza de la lealtad. — La Presumida burlada. — En casa de nadie no se meta nadie, ó el buen Marido. Z. — El Alcalde contra amor. — El Espejo de las modas. — El Barbero. — La Civilizacion. — Las Botellas del olvido. — El Marido discreto. — La Oposicion á cortejo. — El Fenix de los hijos. — Los Baños inútiles. — La Casa de los linages. — Las Máscaras de la aldea. — La Indiana. — La Embarazada ridícula. — El Fandango de candil. — El Duende. — La Hostería del buen gusto. — Las Labradoras de Murcia. Z. — La Falsa devota. — Talestris, Reina de Egipto. T. — Las Petimetras. — Resultas de los saraos. — Los Convalecientes. — La Mesonerilla. Z. — Doncella, viuda y casada. — Los propósitos de las Mugeres. — La Noche buena en el monte. — El Pretendiente hablador. — El Italiano fingido. — El Chico y la Chica. — El Amigo de todos. — El Baile sin mescolanza. — El Padrino y el Pretendiente. — Los Maridos engañados y desengañados. — El Labrador y el Usía. — La Comedia de Valmojado. — La Giganta en Madrid. — El Divorcio feliz ó la Marquesita. — Juanito y Juanita. — Los Destinos errados. — El Tordo hablador. — Los Hombres con juicio. — El Licenciado Farfulla. Z. — El Deseo de seguidillas. — Inesilla la de Pinto. — El Heredero loco. — La Señorita displicente. — El Cortejo escarmentado. — El Alcalde boca de verdades. — La Olimpiada. — Ramos de huesped. — Las Zagalas del Genil. Z. — Los Pobres con muger rica, ó el Picapedrero. — El Por qué de las tertulias. — El Diablo

autor aburrido. — Los Fastidiosos. — La Amistad ó el buen amigo. — El Refunfuñador. — La Tertulia de la estafa. — La Enferma de mal de boda. — Clementina. Z. — La Comedia casera. — El Almacen de novias. — La Feria de la Fortuna. — El Tio y la Tia. — Las Tres Graciosas. — Los Payos y los Soldados. — La Devocion engañosa. — La Merienda á escote. — La Isla de amor. Z. — La Centinela. — El Sombrerito. — Las Frioleras. — La Espigadera, 1.ª y 2.ª parte. — El Abate diente agudo. — Los gigantones. — El Maestro de la niña. Z. — Los Picos de oro. — El Petimetre. — El Severo dictador y vencedor delincuente, Lucio Papirio y Quinto Fabio. — La Comedia de carpinteros. — El Premio de las doncellas. — Los Segadores festivos. — El tio Tuétano. — Los Payos hechizados. — La Orquesta femenina. — El Marido sofocado. — Los Criados simples. — La Retreta. — Las Segadoras de Vallecas. Z. — El Mercader vendido. — La Maja majada. — La Discreta y la Boba. — El Dia de campo, 1.ª y 2.ª parte. — Manolo. — Las Majas en el ensayo. — La plaza mayor de Madrid por Navidad. — Los Abates y las Majas. — El Hospital de los tontos. — Bayaceto. T. — Los Novios espantados. — Las dos Viuditas. — El Casado por fuerza. — El Extrangero. Z. — El Mal de la niña. — Los Cazadores de lindas. — El Hablador. — Fineza de los ausentes. — Garzon fingido. — Músicos y danzantes. — La Fantasma. — El Careo de los majos. — La Escuela. — Las Damas apuradas. — Zara. — Donde las dan las toman, ó los Zapateros y el Renegado. — Los Vaqueros de Aranjuez. — La Comedia de Maravillas. — La Bella Criada. — La Falsa devocion. — La Chupa bordada. — El Espejo de los padres. — Los Volatines pesados. — La Academia del ocio. — El Caballero don Chisme. — La Isla desierta. — El Enemigo de las mugeres. — El Filósofo

aldeano. Z.—El Pollo.—Las Castañeras picadas.—Chiribitas el Yesero.—El No.—Monsieur Corneta, ó el Cochero Simon.—El Meson por Navidad.—Las Mahonesas.—Don Soplado.—La Sosa.—La Viuda hipócrita.—El Sarao.—El Reverso del sarao.—La Molinera espantada.—Zelinda. T.—Los Cuatro Barrios.—El Cortejo fastidioso.—Las Calceteras.—El Sueño.—El Retrato hablador.—El Nacimiento á lo vivo.—Los Hombres solos.—Las Tertulias de Madrid.—Los Viejos verdes.—Sesostris, Rey de Egipto. T.—El Teatro por dentro.—Ecio triunfante en Roma. T.—Los dos Libritos.—La Crítica.—La Visita de duelo.—El Agente de sus negocios.—Los Escrúpulos de las damas.—La Academia de música.—El Majo de repente.—El Triunfo del interes.—Las Fiestas útiles.—Los Hijos de la paz.—Los Impulsos del placer.—La Petra y la Juana, ó el Casero prudente.—El Alcalde limosnero.—El Ensayo casero, 1.ª y 2.ª parte.—La Viuda burlada.—El Café extrangero.—Las Amazonas modernas.—El Gracioso picado.—El Hijito de vecino.—El Abaniquero.—La Bella Madre.—La Funcion completa.—La Botillería.—El Chasco de las arracadas.—Los Majos vencidos.—Cayo Fabricio.—Tres, y de las tres ninguna.—El Pleito del pastor.—La Música á obscuras.—Las Señoras forasteras.—El Retrato.—Cenobia.—Las Piedras de san Isidro.—Poner la escala para otro.—El Médico y los Cautivos.—Las Máscaras de Madrid.—El Hospital de la moda.—La Capilla de cómicos.—Las Foncarraleras. Z.—El Burlador burlado.—Las Buenas Vecinas.—La Despedida.—El Forastero prudente.—El Entierro de la Compañía de Ribera.—Las Escofieteras.—Los Cómicos en Argel.—El Aderezo bien pagado.—El Caballero de Medina.—El Buñuelo.—La Avaricia castiga-

da, y los Segundones. — La Víspera de San Pedro. — El Rey Pastor. — El Tio Felipe, 1.ª y 2.ª parte. — El Rastro por la mañana. — El Casamiento desigual, ó los Butibambas y Mucibarrenas. — Los Payos en el ensayo. — El Padre indulgente. — El Maestro de rondar. — Las Presumidas burladas. — Oposicion á Sacristan. — Las Pescadoras. Z. — La Pradera de San Isidro. — El Novio rifado. — Las Majas vengativas. — El Peluquero, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte. — La Noche de San Juan. — La Noche de San Pedro. — La Venganza del verdillo. — Los Ociosos, &c.

Don Cándido María Trigueros. Buena Esposa y mejor Hija, la Necepsis. T. — Egilona. T. — El Precipitado. — Duendes hay, señor don Gil. — Los Menestrales.

Don Tomás de Iriarte. Hacer que hacemos. — El Mercader de Smirna — El Amante despechado. — El Malgastador. — El Aprensivo. — La Pupila juiciosa. — El Mal Hombre. — La Escocesa. — El Filósofo casado. — El Huérfano inglés, ó el Ebanista. — El Huérfano de la China. T. — Guzman. — La Librería. — El Señorito mimado. — El Don de Gentes. — La Señorita mal criada.

Don Leandro Fernandez de Moratin. El Viejo y la Niña. — La Comedia Nueva. — Hamlet. T. — El Baron. — La Mogigata. — El Sí de las Niñas. — La Escuela de los Maridos. — El Médico á palos.

Don Juan Melendez Valdés. Las Bodas de Camacho.

Don Cristobal María Cortés. La Casa sobre el buen tono. — Atahualpa. T. — Eponina. T.

Don José Sedano. La Posadera feliz, ó el Enemigo de las mugeres. — La Pasion ciega á los hombres. — Silesia. T.

Don N. Isunza. Lidiar amor y poder hasta llegar á vencer, y Seleuco, Rey de Siria.

Don Juan Clímaco Salazar. Mardoqueo. T.

Don N. Tudó. La Muger honrada.

A. A. La Constancia española y Sitio de Calahorra.—Troya abrasada. T.—Mitridates. T.—La Restauracion de Oran.—Berenice en Tesalónica.—La Viuda gaditana.—Don Rodrigo de Vibar.—Cuál es afecto mayor, ó el Triunfo de Tomiris.—Temístocles. T.—Zaida. T.—Guillermo de Hanau. T.—Gerges. T.—Jonatás. T.—Beverley, ó el Jugador inglés.—Razon, justicia y honor triunfan del mayor valor, ó Alejandro en Scútaro.—Kaulikan, Rey de Persia.

Don Diego Rejon de Silva. Gabriela de Vergi. T.

Don Pedro Perez de Guzman, duque de Medinasidonia. Ifigenia. T.—Hernan Cortés. T.

Don Vicente Camacho. Demetrio en Siria.

Don Lorenzo de Villarroel, marqués de Palacios. Ana Bolena. T.—El duque de Alburquerque. T.—El conde don Garcisanchez. T.—Hernan Cortés. T.—El conde de Soré. T.—Artabano. T.—Abdolonimo. T.—Alejandro el Noble. T.—Ana de Cleves. T.—El Duque de Somerset. T.—Semíramis. T.—Apocouque. T.

Don Juan Pablo Fornér. El Filósofo enamorado, ó la Escuela de la amistad.

Don Álvaro María Guerrero. El Hidalgo tramposo.

Don Juan Pison y Vargas. El Rutzvanscadt, ó el Quijote trágico.

Don Ignacio García Malo. Doña María Pacheco. T.—El Demofoonte.—Coriolano. O.

Don José Joaquin Mazuelo. Sofonisba. T.

Don Lorenzo Daniel y don Alonso Antonio Cuadrado. La Toma de San Felipe por las armas españolas.

Don Alonso Antonio Cuadrado. El Valor de las Murcianas contra Lunas africanas.

Doña N., condesa del Carpio. La Aya francesa.

Fermin del Rey. Defensa de Barcelona por la mas fuerte Amazona.—La Enemistad mas cruel por suerte, amor y venganza.—La Fiel Pastorcita y Tirano del castillo.—La Viuda generosa.—Caprichos de Amor y Zelos.—El Prisionero de guerra, ó un curioso accidente.—La Buena Criada.—La Faustina.—Polixena.—Amfriso y Belarda, ó el Amor sencillo.—Hernan Cortés en Tabasco.—La Modesta Labradora.—Areo, Rey de Armenia, ó la Elicene.

Don N. Villaverde. Zoraida, Reina de Tunez.—Alfonso VIII en Alarcos.—El Bastardo de Suecia.

A. A. El Criado de dos amos.—Ariadna abandonada en Naxos.—La Muger variable.—El Comerciante inglés.—Telémaco.—El Tirano de Lombardía.—Esmaltes del honor, virtud, lealtad y valor, ó la Esposa fiel.—Cosroas y Heraclio.—El Médico supuesto.—Alexis.—Los Juegos olímpicos.—Avelino, ó el Gran Bandido.—Lina. T.—La Virtud en la indigencia.—El Calderero y la Vecindad.—La Madre engañada.—Amalia, ó la Ilustre Camarerita. O.—El Mágico de Candahar.—Union del reino de Aragon con el condado de Barcelona.—A falta de Hechiceros lo quieren ser los Gallegos.—El Faeton.—Los Desgraciados felices, ó Acmet el Magnánimo.—El Optimista.

Don Domingo Botti. El Logrero, &c.

Luis Moncin. De dos enemigos hace el amor dos amigos.—El triunfo de las Roncalesas.—El Viejo impertinente.—La virtud premiada, ó el verdadero Buen Hijo.—De un Acaso nacen muchos.—Quedar triunfante el rendido y vencido el vencedor, Codro el Ateniense.—El Queso de Casilda.—Cómo ha de ser la Amistad.—Herir por los

mismos filos. — Amistad, Lealtad y Amor saben vencer el rigor. — El Feliz encuentro. — La Buena Madrastra. — El Castigo en la traicion. y triunfante el perseguido. — La Restauracion de Astorga. — Crueldad y sinrazon vencen astucia y valor, ó Maxencio y Constantino. — El Embustero engañado. — Olimpia y Nicandro. — Lograr el mayor imperio por un feliz desengaño. — Para averiguar verdades el tiempo el mejor testigo, ó el Hijo de cuatro padres. — Sertorio el Magnánimo. — Los Esposos reunidos. — La dicha viene cuando no se aguarda. — Un Montañés sabe bien donde el zapato le aprieta. — Persecuciones y dichas de Raimundo y Mariana. — Hallar en su misma sangre el castigo y el baldon, y crueldad de Mitridates. — La mas heróica piedad mas noblemente pagada, y el Elector de Sajonia. — El Asturiano en Madrid y Observador instruido. — Hechos heróicos y nobles del valor godo español. — La muger mas vengativa por unos injustos zelos, &c.

Don N. Ramonell. La Conquista de Mallorca.

Don Pedro Estala. El Pluto. — Edipo Tirano. T.

Don Mariano Luis de Urquijo. La Muerte de Cesar. T.

José Concha. La Desgraciada hermosura Doña Inés de Castro. — El Matrimonio por razon de estado. — Narsetes. T. — Antes que todo es el Rey. — El Honor mas combatido y crueldades de Neron. — La Nuera sagaz. — El mas heróico Español. — Mustafá. T. — La pérdida de España. — La restauracion de España. — Mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y natural Vizcaino. — Á España dieron blason las Asturias y Leon, y triunfos de Don Pelayo. — Ciro, Príncipe de Persia. — La Inocencia triunfante. — Premia el cielo con amor de Cataluña el valor, y glorias de Barcelona. — Orestes. T. — El Rencor

mas inhumano de un pecho aleve y tirano, y Condesa Jenovitz.

Don José Ortiz y Sanz. Orestes en Sciro. T.

Antonio Robles. Blanca y Guiscardo. — Manlio Capitolino. T. — Gústavo Wasa. T. — Ifigenia en Tauris. T. — Scipion en Cartagena. — El Mudo.

Don Antonio Valladares y Sotomayor. Á Suegro irritado Nuera prudente.—El Francés generoso.—Á diluvios de desdenes cura tempestad de zelos.—El Encanto por amor.—Faltar á padre y amante por obedecer al Rey, ó la Etrea. — Á gran mal gran resistencia. — El Hombre singular. — La Enriqueta. — La Escuela de las mugeres. — El Desafio feliz. — Este es el mayor placer que el hombre puede tener. — El Amigo verdadero. — La Elmira. — De la mas fiera crueldad sabe triunfar la Virtud. — Curar los males de amor es la física mayor. — Constantino y Fausta. — Buscar el mayor peligro y hallar la mayor fortuna. — Atis y Erinice. — El Católico Recaredo. — El Conde Wervick. — El Dichoso por la suerte y tambien por la eleccion. — El Comerciante de Burdeos. — Rufino y Aniceta. — El Culpado sin delito. — Amarse sin verse. — Adelaida, Reina de Francia. — Beneficios reiterados con ingratitud pagados. — El Capitan y el Alferez, ó la simple discreta.—De la sepultura al Trono.—El Engaño amoroso. — Castigar con la fineza. — De Fieras hace amor hombres. — Samir y Dircea. — El Vasallo Rey. — Los Dos famosos Manchegos, y Máscaras de Madrid. — Las Cuatro Naciones, ó la Viuda sutil. — La Posada feliz. — El Usurero zeloso. — Sidney y Wolsan. — La Maleta. — El Preso por amor, ó el Real Encuentro. — Obsequiar y aborrecer. — Las Vivanderas ilustres. — Nunca el rencor vencer puede adonde milita amor. — El Vinatero de Ma-

drid. — Trápala y Tramoya. — Los Acasos de una noche. — No hay solio como el honor. — Los Maragatos de Astorga. — No hay cosa que no se sepa. — El Trapero de Madrid. — Cuál mas obligacion es, la de Padre ó la de Juez. — La Noche crítica. — El Miliciano. — Lealtad, Traicion é Inocencia, ó Sífiro y Etolia. — Los Tios y los Sobrinos. — El Matrimonio deshecho. — Quien no pretende no alcanza. — El Rey es primero. — Efectos de la Virtud y consecuencias del Vicio. — La Fundacion de Madrid por Manto y Ocno Bianor. — El Grito de la Naturaleza. — Saber premiar la inocencia y castigar la traicion. — Los Huérfanos. — La sangre sin fuego hierve. — La Amistad mas bien pagada. — El Marido de su hija. — El Tutor zeloso. — Despreciar una corona. — La Virtud premiada. — El Baron de Sinflock. — Las Máximas de un buen padre para hacer bueno á un mal hijo. — El Príncipe de Condé. — Hoy don Juan y ayer don Diego. — La Isabela de Plimout. — El Laomedonte. — El Hombre mordaz. — Los Jardineros amantes. — La Magdalena cautiva. — El Fabricante de paños. — Los Hermanos fingidos. — El Mentor. — Los Criados embusteros. — Exceder en heroismo la muger al héroe mismo, ó la Emilia. — Guzman el Bueno, gobernador de Tarifa. — Saber del mayor peligro triunfar sola una muger, ó la Elvira. — El Emperador Alberto, ó la Adelina, 1.ª y 2.ª parte. — El Galeote cautivo. — Defensa de la Coruña por la heróica María Pita. — El Carbonero de Londres. — Á una grande heroicidad pagar con otra mas grande. — La Dicha por un delito. — Eduardo III. — Cautelas contra finezas. — Las Buenas costumbres. — Damon y Roselia. — El Mágico de Astracan. — Eduardo IV. — El Sitio de Landau. — El Mágico del Mogol. — Etolia y Menope. —

Empeños de un Abanico. — Por Esposa y Trono á un tiempo y Mágico de Servan. — Eduardo VIII. — La Amistad es lo primero. — El Mágico por amor. — Egilona, viuda del Rey Don Rodrigo. — El Enfermo por amor. — Conseguir sin pretender. — El Degradado. — Spártaco en Roma. — Eufrosina. — Otro segundo Faeton tambien roto en Valdemoro.

Don N. Rodriguez. El Feliz hallazgo, ó el Abate mas astuto.

Don Bernardo María de Calzada. La subordinacion militar. — Caton en Utica. T. — Montezuma. T. — Alcira. T. — El Hijo natural.

Don Agustin de Silva, conde-duque de Aliaga. Las Troyanas. T. — El Sofá.

Don N. Menchero. Brahen Ben Alí. T.

Don Francisco Messeguer. El Chismoso.

Don Francisco Duran. La industriosa madrileña y Fabricante de Olot.

A. A. Los Amantes engañados ó los falsos rezelos. — El Delirio, ó las consecuencias de un vicio. O. — Matilde de Orleim. — Los Amantes generosos. — El Sacrificio de Isaac. O. — El fruto de un mal consejo contra el mismo que le da. — La Merienda de horterillas. — Los Títeres, ó lo que es el mundo. — Ricardo, corazon de leon. O. — Los Peligros de la corte. — Juanito y Rosita. — El Joven Carlos. — Las dos Hermanas. — Los Viajes del Emperador Sigismundo, ó el Escultor y el Ciego. — El Relox de Madera. O. — Las Minas de Polonia. — Una hora de ausencia. — Los Forasteros en Madrid. — El Molino de Kléber. — El hombre de la Selva negra, ó el Pícaro honrado. — Las Esposas vengadas. — Idomeneo. O. — El Sordo en la Posada. — La Andria. — Las Ruinas de Babilonia. — Los Palos deseados. — Las Cárceles de Lam-

berg. —La Madrastra. — La Escuela de los plebeyos.

Don Nicasio Álvarez de Cienfuegos. Las Hermanas generosas. —Idomeneo. T. —Zoraida. T. —La Condesa de Castilla. T. — Pítaco. T.

Don Luciano Francisco Comella. Catalina II, Emperatriz de Rusia. —Catalina II en Cronstadt. — Federico II, Rey de Prusia. —Federico II en el campo de Torgau. — Federico II en Glatz. —La Jacoba. —La Cecilia, 1.ª y 2.ª parte. —El Pueblo feliz. —Luis XIV el Grande. —La Buena Esposa. —El Abuelo y la Nieta. —El buen Hijo, ó María Teresa de Austria. —Ino y Temisto. T. —El Buen Labrador. —María Teresa de Austria en Landau. —El Error y el Honor. —La Escocesa de Lambrun. —El Tirano Gesler. —El Casado avergonzado. —El Tirano de Ormuz. —Doña Inés de Castro. — Los Esclavos felices. — La Dama desengañada. —La Cifra. O. —El Hijo reconocido. — Ino y Neyfile. —La Isabela. O. —La Moscovita sensible. —La Novia impaciente. — Doña Berenguela. — La Dama sutil. —Los Dos Amigos. —El Hombre agradecido. —El Estatuario griego. —El Dichoso arrepentimiento. —El Engaño desengaño. —El Sitio de Calés. — Los Falsos Hombres de bien. — El Ayo de su hijo. —El Fenix de las mugeres, ó la Alceste. — La Escuela de los zelosos. O. —El Hombre de bien. — Natalia y Carolina. — La Familia indigente. —La Judit castellana. —Asdrubal. T. —Los Amantes de Teruel. —El mayor rival de Roma, Viriato. T. —La Razon todo lo vence. —Siquis y Cupido. —El Ardid militar. —Los Hijos de Nadasti. — El Hombre singular, ó Isabel I de Rusia. —Cadma y Sinoris. — Nina, ó la loca por amor. O. —El Fenix de los criados, ó María Teresa de Austria. — Los Amigos del dia. —El Matrimonio secreto. O. —Cristobal Colon. —

Pedro el Grande, Czar de Moscovia.—Séneca y Paulina.—Andrómaca.—El Avaro.—Alejandro en Oxidraca.—Los amores del Conde de Cominges.—El Indolente.—Las Lágrimas de una Viuda.—La Enferma fingida por amor. O.—El Negro sensible.—Hércules y Deyanira.—Cristina de Suecia, &c.

Don Francisco Copons. Ramona y Roselio. O.

Don Francisco Rodriguez de Ledesma. Mahoma. T.—El Petardista adulador.—El Vicioso celibato.—Lucrecia Pazzi. T.—La Moda.—Virginia romana. T.—Leonido, ó el amor desgraciado.—La Clemencia de Tito.

Don Vicente Rodriguez de Arellano. Jerusalen conquistada por Gofredo de Bullon.—El Zeloso don Lesmes.—El Atolondrado.—La Parmenia.—Marco Antonio y Cleopatra.—Soliman II.—El Esplin.—Dido abandonada.—La Atenea.—La Noche de Troya.—Armida y Reinaldo, 1.ª y 2.ª parte.—La Muger de dos Maridos.—El Pintor fingido.—Augusto y Teodoro, ó los Pages de Federico.—El Sitio de Toro y noble Martin Abarca.—El Duque de Pentiebre.—Á Padre malo buen Hijo.—La Dama labradora.—El Marinerito. O.—El gran Seleuco.—La Reconciliacion, ó los dos Hermanos.—Clementina y Desormes.—La Ópera cómica. O.—La Fulgencia, ó los dos Maniáticos.—Cecilia y Dorsán.

Don Santos Diez Gonzalez. Amfitrion.—El Casamiento por fuerza.

Don Gil Lorena de Arozar. La Lealtad, ó la justa desobediencia.

Doña María Rosa Galvez. Saul.—Blanca de Rossi. T.—Safo.—Florinda. T.—Amnon. T.—Zinda. T.—Ali-Beck.—La Delirante.—Catalina, ó la bella Labradora.—Un loco hace ciento.

Juan Gonzalez del Castillo. Numa. T. — La Madre hipócrita. — El ventorrillo por la mañana. — El Gato. — El Chasco del manton. — El Payo de la carta. — El Soldado fanfarron, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte. — Los Zapatos. — El Maestro Pezuña. — Casa de vecindad de Cadiz, &c.

Don Manuel José Quintana. El Duque de Viseo. T. — Pelayo. T.

Don Gaspar de Zavala y Zamora. La Justina. — El Amor perseguido y la Virtud triunfante. — El Naufragio feliz. — Tener zelos de sí mismo. — El Triunfo del Amor. — Sitio y toma de Breslau. — El Premio de la humanidad. — Cenobia y Radamisto. T. — El Amante generoso. — El perfecto Amigo. — Semíramis. T. — El Dia de Campo. — El Amor constante, ó la Holandesa. — La Tamara, ó el poder del beneficio. — Alejandro en Sogdania. — Llegar á tiempo. — El Bueno y el mal Amigo. — Aragon restaurado por el valor de sus hijos. — Palmis y Oronte. — Carlos V sobre Dura. — La mas heróica Espartana. — El Rey Eduardo III. — El Imperio de las costumbres. — El Confidente casual. — La Destruccion de Sagunto. — La Tienda de joyería. — Faustina y Jenwal. — La mayor piedad de Leopoldo el Grande. — Selico y Belisa. — Por ser leal y ser noble dar puñal contra su sangre, y la toma de Milan. — Los Exteriores engañosos. — Las Víctimas del amor, Ana y Sindham. — Eurídice y Orfeo, ó el Amor constante. — Una Pieza cómica que no es Pieza cómica. — La Hidalguía de una Inglesa. — El Czar Iwan. — El Calderero de San German. — El Amante honrado. — Las Tramas de Garulla. — Adriano en Siria. — La Real Clemencia de Tito. T. — El Amor dichoso. — Carlos XII, Rey de Suecia, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte. — Ser vencido y vencedor Julio Cesar y Caton. — El Soldado exorcista. — Belerofonte en Licia.

Juan Lopez Estremera. Los Expósitos, &c.

A. A. El Matrimonio casual. — Á Pícaro pícaro y medio. — Una Travesura. — El Negro y la Blanca. — Los Valientes en la aldea. — La Prueba caprichosa. — El Divorcio por amor. — Los Toros de Juan Tuerto. — El Carpintero de Livonia. — Ginebra de Escocia. — La Intriga por las ventanas. — El Anciano y los Jóvenes. — La Esposa culpable. — El Sombrero que habla. — Blanca de Borbon. T. — Quien porfia mucho, alcanza. — El Contrato anulado. — La Casa en venta. — Á Perro viejo no hay tus tus. O. — La Novia de Gandul. — Los dos Ayos. — El Hermitaño del Monte Posilipo. — La Intriga epistolar. — Mi Tia Aurora. O. — Mentira contra mentira. — El Tio Legaña. — La Correccion maternal. — El Capítulo segundo. — La Inés. — La Novia colérica. — El Fin del Pavo. — La Griselda. O. — El Bosque de Senart. — Los Vecinos. — El Secreto. O. — La Tertulia extravagante. — El Médico Turco. O. — La prueba de la ausencia. — Ademar y Adelaida. — Guerra abierta. — La Familia árabe. T. — El Cuadro. — La Vestal. O. — Rómulo y Ersilia.

Don Juan Francisco Pastor. Pablo y Virginia.

Don N. Rebolleda. El Amor y la Intriga.

Dionisio Solís. Romeo y Julieta. — El Hijo de Agamenon. T. — Tello de Neira. T. — Misantropía y arrepentimiento. — Juan Calás, ó la Escuela de los jueces.

Don José Vargas Ponce. Abdalasis. T.

Don Simon de Viegas. El Rábula, ó el Abogado hablador.

Don Andrés Miñano. El Gusto del dia.

Don Antonio Sabiñon. Alejandro en la India. — Los Hijos de Edipo. T. — La Muerte de Abel. T. — Cleonice.

Don G. W. y M. El Conde de Korff en Thionville.

Don Julian de Velasco. La Muger zelosa.

Don Tomás García Suelto. El Cid. T. — El Solteron y su Criada.

Don Andrés de Mendoza. La Lugareña orgullosa.

Don Agustin García de Arrieta. El Conde de Olsback. — El Zeloso confundido.

Don Juan Francisco del Plano. La Orgullosa. — Gombela y Suniada. T.

Don Felix Enciso Castrillon. El Distraido. — El Español y la Francesa. — Gerarda y Dorotea. — El Teatro sin actores. — Hijo legítimo y natural. — El Reconciliador, ó el Hombre amable. — La Comedia de repente.

Don N. Isusquiza. El Zeloso y la Tonta.

Don José Marchena. Polixena. T. — El Hipócrita. — La Escuela de las mugeres.

Don Francisco Gonzalez Estéfani. El Padre de familia.

Don Teodoro de la Calle. Otelo, ó el Moro de Venecia. T. — Machbet. T. — Blanca y Moncasin. T.

Don Francisco Sanchez Barbero. Coriolano. T.

Don Manuel Estrada. El Abate Lepée.

Don Antonio Marques. El Aguador de París. — La Recompensa del arrepentimiento.

Don Tomás Alvear. Los Desengaños.

Don Eugenio Tapia. Agamenon. T. — Cosroas y Siroe. — Adolfo y Clara, ó los dos Presos. O. — El Califa de Bagdad. O. — El Preso ó el Parecido. O.

A. A. Las Mocedades de Henrique V. — Oscar. T. — La Criada Ama. O. — La Misantropía desvanecida. — La Posadera chasqueada. — Alina, Reina de Golconda. O. — Una mañana de Henrique IV. — El Error de un buen padre. — Los dos Yernos. — La Urraca ladrona. — Juan de París. O. — El Filinto, ó el Egoista. — El Opresor de su familia. — La Óptica moral. — La Estátua. — El Sobrino

fingido. — Las Cuatro puertas de calle. — Las Visitandinas. O. — El Rey Fernando en Bayona. — El Sermon sin fruto. — El desafio y el bautizo. — La Musa aragonesa, ó los Poetas.

Don Miguel Sarralde. Los Rechazos. — Los Gemelos.

Don José Mor de Fuentes. El Calavera. — La Muger varonil.

Don José Rangel. Los Templarios. T. — Felipe II. T. — Motezuma. T.

Don Manuel Bravo. El Certamen poético. — Los Compromisos. — La Llegada oportuna. — Los Parvulitos.

Don José María Carnerero. Citas debajo del olmo. — Elvira y Perci, ó los efectos de la violencia. T. — El Viajante desconocido. — La Novicia. — La Huerfanita. — La Campanilla ó el Diablo page. O. — La Antesala.

Don Francisco Altés y Gurena. El Conde de Narbona. T. — El Conde de Cominges. — Gonzalo Bustos. T. — El Expósito, ó el Mozo de café.

José Maqueda. Sancho Panza en su gobierno. — El Entierro de don Guillermo.

A. A. La Noche de un Proscripto. — El Desquite. — El Preguntón y el Cadete. — La Comedianta. — La Cabeza de Bronce, ó el Desertor húngaro. — El Panarizo de Federico II, ó la Peticion extravagante. — No se compra amor con oro. O. — El Adivino por casualidad, ó el Diamante perdido. — Omasis, ó José en Egipto. T. — Los Hermanos á la prueba. — El Turco en Italia. O. — Carlos y Carolina, ó los Esposos perseguidos. — La Condesa de Collado Herboso. O. — La Fuerza de la ley, ó la Corona de laurel. — El Héroe Mina en los campos de Arlaban. — El Alcalde de Sardam, ó la Taberna holandesa. — La Familia á la moda. — Marco Antonio. O. — El Hombre Gris. —

La Cenicienta. O. — El Perro de Montargis. — Juanita y Felipe. O. — La Treinta y una. O.

Don Luis de Mendoza. Padilla. T.

Don Angel de Saavedra Ramirez de Baquedano. Aliatar. T. — Lanuza. T.

Don José Joaquin de Mora. Nino II. T.

Don Francisco Martinez de la Rosa. Lo que puede un empleo. — La Viuda de Padilla. T. — La Hija en casa y la Madre en la máscara.

Don Fernando Cagigal, marqués de Casa-Cagigal. El Matrimonio tratado. — Los Perezosos. — La Sociedad sin máscara. — La Educacion. — El Murmurador. — El Engaño feliz. O.

A. A. El Donado fingido. — La Pierna de palo. O. — La Italiana en Argel. O. — Los Huéspedes ó el Barco de vapor. — Los Ladrones de Calabria. — Seguir dos liebres á un tiempo. — La Equivocacion, ó los dos Mendozas. — El Baron de Felsheim. — El Amigo íntimo. — El Monte de San Bernardo. O. — Leon de Norbel, ó el Preso de Stocolmo. — El Fundador de las Casas de Niños expósitos Vicente Paul. — El Leñador escocés. — Vasconia salvada. T. — Cayo Graco. T. — El Remordimiento, ó la Capilla de Glenstor. — Roma libre. T. — Virginia. T. — Federico y Carlota, ó el Hijo asesino del Padre por socorrer á su Madre. — El supuesto Estanislao.

Don Manuel Eduardo de Gorostiza. Indulgencia para todos. — El Jugador. — El Amante jorobado. — Tal para cual, ó los Hombres y las Mugeres. — Don Dieguito. — Las Cuatro Guirnaldas. — Las Costumbres de antaño.

ÍNDICE DEL TOMO II.

COMEDIAS ORIGINALES.

PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

EL VIEJO Y LA NIÑA.

COMEDIA.

Estas resultas esperan
Tales casamientos.

Acto III, escena 12.

ADVERTENCIA.

En el año de 1786 leyó el autor esta comedia á la compañía de Manuel Martinez, y los galanes fueron de opinion de que tal vez no se sufriria en el teatro, por la sencilla disposicion de su fábula, tan poco semejante á las que entonces aplaudia la multitud; pero se determinaron á estudiarla á pesar de este rezelo, persuadidos de que ya era tiempo de justificarse á los ojos del público, presentándole una obra original escrita con inteligencia del arte.

Costó no pequeña dificultad obtener licencia para representarla, y solo pudo conseguirse haciendo en ella supresiones tan considerables, que resultaron truncadas las escenas, inconsecuente el diálogo, y toda la obra estropeada y sin orden. A esta desgracia se añadió otra no menos sensible. La segunda dama de la compañía, que frisaba ya en los cuarenta, no quiso reducirse á hacer el papel de doña Beatriz, á fin de conservar siquiera en el teatro las apariencias de su perdida juventud. La comedia volvió á manos del autor, y desistió por entonces de la idea de hacerla representar.

Dos años despues, creyendo que las circunstancias eran mas favorables, restableció el manuscrito y se le dió á la compañía de Eusebio Ribera, bien ageno de prevenir el grave inconveniente que amenazaba. Una actriz, que por espacio de treinta años habia representado con aceptacion del público en algunas ciudades de Andalucía y en los Sitios Reales, muger de gran talento, sensibilidad y no vulgar inteligencia

en las delicadezas del arte, se hallaba entonces de sobresalienta en aquella compañía. Leyó la comedia, la aplaudió, la quiso para sí, y determinó representarla y hacer en ella el personaje de doña Isabel. Podia muy bien aquella estimable cómica desempeñar los papeles de Semíramis, Athalia, Clitemnestra y Hécuba; pero no era posible que hiciese el de una joven de diez y nueve años, sin que el auditorio se burlase de su temeridad. El conflicto en que se vió el autor fue muy grande, considerando que debia sacrificar su obra por una tímida contemplacion, ó que habia de tomar sobre sí el odioso empeño de sacar de error á una dama, á quien ni la partida de bautismo ni el espejo habian desengañado todavía. Si la compañía de Martinez no hizo esta comedia porque una actriz se negó á fingir los caracteres de la edad madura, tampoco la compañía de Ribera debia representarla, mientras no moderase otra cómica el infausto deseo de parecer niña.

Entretanto, la comedia se iba estudiando, y el autor anunciaba en silencio un éxito infeliz, que se hubiera verificado, si otro incidente no hubiese venido á disipar sus temores. El vicario eclesiástico no quiso dar la licencia que se le pedia para su representacion, y el autor recogió su obra, agradeciendo la desaprobacion del juez, que le libertaba de la del patio.

Pasaron otros dos años y todo se halló favorable. Los censores aplaudieron el objeto moral, la regularidad de la fábula, la imitacion de los caracteres, la gracia cómica, el lenguaje, el estilo, la versificacion: todo les pareció digno de alabanza. Asi varían las opiniones acerca del mérito de una obra de gusto; y tan opuestos son los principios que se adoptan para examinarla, que á pocos meses de haberla juzgado unos perjudicial y defectuosa, otros admiran su utilidad, y la recomiendan como un modelo de perfeccion.

El público, supremo censor en estas materias, oyó la comedia de *El Viejo y la Niña*, representada por la compañía de Eusebio Ribera en el teatro del Príncipe el dia 22 de mayo de 1790. Aplaudió, si no el acierto, la aplicacion y los deseos del autor, que daba principio á su carrera dramática con una fábula, en que tanto lucen la regularidad y el decoro.

Juana García desempeñó el papel de doña Isabel, reuniendo á sus pocos años su agradable presencia y voz, la expresion modesta del semblante, y la regular compostura de sus acciones. Manuel Torres, uno de los mejores cómicos que entonces florecian, agradó sobremanera al público en el papel de don Roque, y Mariano Querol supo fingir el de Muñoz con tal acierto, que pudo quitar al mas atrevido la presuncion de competirle.

Representada esta comedia en los teatros de Italia por la traduccion que hizo de ella Signorelli, fue recibida con aplauso público; pero muchas ilustres damas, acostumbradas tal vez á los desenlaces de *La Misantropía* de Kotzbue, y *La Madre culpable* de Beaumarchais, hallaron el de la comedia de *El Viejo y la Niña* demasiado austero y melancólico, y poco análogo á aquella flexible y cómoda moralidad, que es ya peculiar de ciertas clases en los pueblos mas civilizados de Europa. Cedió el traductor con excesiva docilidad á la poderosa influencia de aquel sexo, que llorando manda y tiraniza: mudó el desenlace (para lo cual hubiera debido alterar toda la fábula), y por consiguiente, faltando á la verisimilitud, incurrió en una contradiccion de principios tan manifiesta, que no tiene disculpa.

PERSONAS.

DON ROQUE.
DON JUAN.
DOÑA ISABEL.
DOÑA BEATRIZ.
MUÑOZ.
BLASA.
GINÉS.

La escena es en Cadiz, en una sala de la casa de don Roque.

El teatro representa una sala con adornos de casa particular: mesa, canapé y sillas. En el foro habrá dos puertas; una del despacho de don Roque y otra que da salida á una callejuela, que se supone detrás de la casa. A los dos lados de la sala habrá otras dos puertas: por la de la derecha se sale á la escalera principal: la de enfrente sirve de comunicacion con las habitaciones interiores.

La accion empieza por la mañana, y concluye antes de medio dia.

EL VIEJO Y LA NIÑA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON ROQUE. MUÑOZ.

D. ROQUE.

Muñoz.

MUÑOZ.

Señor. *(Responde desde adentro.)*

D. ROQUE.

Ven acá.

MUÑOZ.

Ved que queda abandonada *(Sale.)*
La puerta y zaguan.

D. ROQUE.

¿No echaste
Al postigo las aldabas
Y el cerrojillo?

MUÑOZ.

Sí eché.

D. ROQUE.

Pues no hay que rezelar nada
Mientras á la vista estamos:
Y si Bigotillos ladra,
Al instante bajarás.

MUÑOZ.

¿Y á qué fin es la llamada?

D. ROQUE.

A fin de comunicarte
Un asunto de importancia.
Guarda el rosario, y escucha.

MUÑOZ.

Guardo, y escucho.

D. ROQUE.

Excusada
Cosa será repetirte,
Pues no debes olvidarla,
La estimacion y el aprecio
Que has merecido en mi casa.

Diez y seis años y medio,
Tres meses y dos semanas
Hace que comes mi pan.
En servidumbre tan larga.....

MUÑOZ.

Y bien, le he comido, ¿y qué?

D. ROQUE.

Digo que esto solo basta
A que tú reconocido,
Cuando yo de ti me valga.....

MUÑOZ.

Vamos al asunto.

D. ROQUE.

Vamos.
Sabrás, Muñoz, que la causa
De mi mal, lo que me tiene
Sin saber por dónde parta,
Es ese Don Juan..... ¿Qué dices?

MUÑOZ.

¿Yo acaso he dicho palabra?

D. ROQUE.

Jurára.....

MUÑOZ.

(*Aparte.* Lo que no suena
Oye, y lo que suena nada.)
Señor, adelante.

D. ROQUE.

Digo
Que el autor de mi desgracia
Es ese Don Juan, que vino
A Cadiz ayer mañana,
Y aceptándome la oferta
Que le hice yo de mi casa.....

MUÑOZ.

La culpa la teneis vos.
¿Quién os metió?....

D. ROQUE.

No sin causa
Hice el convite, Muñoz,
Porque él en Madrid estaba
Con Don Álvaro de Silva
Su tio, con quien trataba
Yo, por tener á mi cargo
Aquello de la aduana.....
Ya te acuerdas. Murió el tio:

Fuerza fue, pues le dejaba
Por su heredero, tratar
Con el sobrino, y en varias
Cartas que escribí, formando
Unas cuentas que quedaban
Sin concluir, por algunas
Cantidades devengadas,
Le dije que si queria
Venir á hospedarse á casa
Cuando pensára en volver
A Cadiz..... ¿Mas quién juzgára
Que lo hubiese de admitir?
Un hombre de circunstancias
Como es él, que en la ciudad
Conocidos no le faltan
De su edad y de su humor,
¿A qué fin?.... Ni fue mi instancia
Nacida de buen afecto;
Porque mal pudiera usarla
Con un hombre que en mi vida
Pienso no le ví la cara.

MUÑOZ.

Pues ya estais desengañado.

D. ROQUE.

Sí lo estoy; pero aún me falta

Que decir, porque esta noche
Al pasar yo por la sala,
Noté que en el gabinete
Él y mi muger estaban.

MUÑOZ.

¡Bueno!

D. ROQUE.

Acércome; mas no
Pude entenderles palabra.
Solo ví que el tal Don Juan
Como que la regañaba;
Iba á levantarse, y ella
Con acciones y palabras
Le detenia. Yo viendo
Aquello de mala data,
Dí algunos pasos atrás,
Hice ruido con las chanclas,
Entro, y la encuentro cosiendo
Unas cintas á mi bata,
Y á él entretenido en ver
Las pinturas y los mapas.

MUÑOZ.

¡Qué prontitud de demonios!

D. ROQUE.

¿Qué he de hacer en tan extraña

Situacion, Muñoz amigo?
¿Qué debo hacer? De mi hermana
No me he querido fiar,
Porque en secreticos anda
Con Isabel, y sospecho
Que las dos.....

MUÑOZ.

Son buenas maulas.
En fin, lo que yo anuncié
Al pie de la letra pasa.
Viejo el amo y achacoso,
La muger mocita y guapa.....
Lo dije. No puede ser.
Si es preciso.....

D. ROQUE.

Tú me matas,
Muñoz, con eso: pues cuando
Buscan alivio mis ansias
En tu consejo, te pones
A reñirme cara á cara;
Sin decirme.....

MUÑOZ.

Como á mí
No se me dijo palabra

De la boda, no pensé
Que saliendo calabaza
La tal boda, fuese yo
De provecho para nada.

D. ROQUE.

Aquello ya se pasó.

MUÑOZ.

Un mes ha no se acordaba
Nadie de Muñoz, y ahora.....
Bien dicen: toda es mudanzas
Esta vida..... ¡Qué consultas
Tan secretas y tan largas
Se celebraron aqui!
¡Qué prodigios, qué alabanzas
De la novia! Y entre tanto
Vejete que se juntaba,
Ninguno hubo que dijese:
Don Roque, ved que no es sana
Determinacion casaros.
Si ya teneis enterradas
Tres mugeres, no llameis
A que os entierre la cuarta.
Ya no es bien visto.

D. ROQUE.

Muñoz,
Olvida cosas pasadas:
Dime lo que debo hacer.

MUÑOZ.

¡Parece cosa de chanza!
Un setenton enfermizo
Casarse, y ¿con quién se casa?
Con una niña que apenas
En los diez y nueve raya.
Y despues (sin advertir
El riesgo que le amenaza)
Recibe en su casa á un hombre
Que la conoció tamaña,
Y ella y él desde chiquitos
Se han tratado, y aun se tratan,
Con harta satisfaccion.

D. ROQUE.

¿Con que esa amistad es larga?

MUÑOZ.

¡Toma! ¿Con que no sabeis
Quién es ella?

D. ROQUE.

Sé que estaba
En poder de su tutor
Don Pedro Antonio de Lara,
Que la educó.

MUÑOZ.

Bien está.
Tambien sabreis que pasaba
Muchas veces la tal niña,
Por vivir tan inmediata,
A casa de vuestro amigo
Don Álvaro: alli trataba
Con el sobrino dichoso.
Él no es mucho que pagára
Las visitas. ¡Ya se vé!
Es atento. Se formaba
La tertulia, y entretanto
Que los abuelos jugaban,
Ellos jugaban tambien,
Y todo era bulla y zambra.
En fin, la amistad nació
En la niñez: si ella es mala,
Si se debe sospechar
Que del juguete pasára
A otra cosa (que en la edad

Que tienen no será extraña)
Eso discurridlo vos,
Que yo no entiendo palabra.

D. ROQUE.

¡Ay, Muñoz, lo que me cuentas!
Ya se vé, fueron tan raras
Las veces que fui allá,
Que no es mucho lo ignorára.
Trataba de mis negocios
Con Don Álvaro..... ¡Pues vaya,
Que la aficion es de ayer!
Como quien no dice nada,
Sus diez años, por lo menos,
Llevan de amor.

MUÑOZ.

Cosa es clara. *(Hace que se va.)*

D. ROQUE.

¿Te vas?

MUÑOZ.

Me voy.

D. ROQUE.

No, Muñoz:
Dime lo que se te alcanza

En este asunto, y qué puedo
Hacer.

MUÑOZ.

Dale, ya me cansa
Tanto pedir parecer.
¿Qué dudais? Que sin tardanza
El huesped y su criado
Salten de aqui: que la hermana
Pegota vaya tambien
A mantenerse á su casa.
Guardad á vuestra muger,
Señor Don Roque, guardadla:
Que no sois nada galan,
Y ella es bonita y muchacha.
Jamas la consentireis
Festines ni serenatas,
Ni amiguillas, ni paseos,
Ni cosa que la distraiga
De la aguja y del fogon.
Y no penseis que esto alcanza.
Por el pronto..... pero al cabo,
Siempre..... En fin, no digo nada.
Ello..... Haced lo que os parezca.
Basta de consulta.

(Quiere irse y Don Roque le detiene.)

D. ROQUE.

Aguarda,
Muñoz. ¡Que ha de ser preciso
Tal cuidado y vigilancia
Para conservar mi honor!

MUÑOZ.

Y si mientras que se trata
Aqui su conservacion
Está el huesped en la sala
Arrullando á la señora,
No adelantaremos nada.

D. ROQUE.

No temas, que le dejé
Encerrado en esa estancia
De mi despacho. Fingiendo
Que iba á escaparse la gata,
Torcí la llave, y no puede
Salir hasta que yo vaya.

MUÑOZ.

¡Raro arbitrio! ¿Con que hareis
Esa expulsion?

D. ROQUE.

Sin tardanza;

*

Y tanto, que determino
Que ninguno duerma en casa
Esta noche.

MUÑOZ.

¿No es mejor
Que antes de comer se vayan?

D. ROQUE.

Ello ha de ser, es preciso.

MUÑOZ.

Allí viene vuestra hermana,
La viudita, consejera
Y compinche de mi ama.
¡Eh! ya podeis empezar:
La ocasion la pintan calva.

ESCENA II.

DON ROQUE. DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

Roque, saca chocolate,
Que las pastillas del arca
Se acabaron.

D. ROQUE.

¿Se acabaron?

DOÑA BEATRIZ.

Sí, como quedaron tantas.

D. ROQUE.

Pues señor, ¿quién se ha sorbido
Tanto chocolate? Vaya
Que esto va malo, Beatriz.
Jamas he visto en mi casa
Tal desorden. Ya se ve,
Si parece una posada.
Mas he gastado en un mes,
Que en un año cuando estaba
Solo con Muñoz. Yo quiero
Poner remedio. Tú, hermana,
Es menester que recojas
Tus trasticos y te vayas;
Déjame con mi muger,
Que no quiero tantas faldas
Junto á mí. Cuando la boda,
Viniste con tu criada
A recibir á la novia,
Asistirla, agasajarla.....
En fin, á mangonear
Unicamente: excusada
Venida. Pero aun supuesto
Que ella te necesitára

En los primeros dos dias,
Las cuatro ó cinco semanas
Que ha que nos casamos pienso,
Beatriz, que son muy sobradas,
Y que ya te puedes ir.
Tu marido, que Dios haya,
Te dejó por heredera,
Y entre créditos, alhajas
Y hacienda, quedó bastante
Para que no le lloráras.
A mí no me necesitas
Para nada, para nada.
Si fuera decir.....

DOÑA BEATRIZ.

Y dime,
Toda esa arenga, en substancia,
¿Es porque me vaya?

D. ROQUE.

Sí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Sí? pues no me da la gana.

D. ROQUE.

¿Y por qué?

DOÑA BEATRIZ.

Porque conozco,
Mejor que tú, las marañas
Que estás urdiendo. Tú quieres
Echar á todos de casa,
Lo primero porque sientes
Cada ochavo que se gasta
A par del alma, y despues,
Para empezar con extrañas
Ridiculeces á dar
Que sentir á esa muchacha:
Y no lo merece, á fe.
Duélete de su desgracia,
No la aumentes. Una niña
Sin padres, abandonada
A su tutor, á un bribon,
Que en lugar de procurarla
Un casamiento feliz,
Con un cadaver la casa,
Solo porque viendo en tí
El cariño que mostrabas
A Isabel, ni le pediste
Cuentas, ni él pudiera darlas:
Mas estimacion merece.
Pero tú quieres negarla
El alivio que halla en mí

Como en su amiga y su hermana:
Querrás, en fin, que no sea
Compañera, sino esclava....
Roque, ten juicio, por Dios.

D. ROQUE.

¿Pero quién te ha dicho nada
De eso, muger? ¿Quién la oprime,
Quién la riñe, quién la casca?
¿No la mimo, no procuro?...

DOÑA BEATRIZ.

Sí, procuras apurarla
El sufrimiento, y no sé,
De veras, cómo te aguanta.

D. ROQUE.

¡Hola! ¿quieres que las cosas
Que debe hacer, no las haga?
¿Quieres que vaya á buscar,
Teniendo muger en casa,
Quien me ponga el peluquin
Y me limpie la casaca?
¿Quisieras....

DOÑA BEATRIZ.

No quiero tal.

D. ROQUE.

Que ya cubierto de canas,
Fuera un petimetre lindo,
Digecito de las damas,
Vivarachito, monuelo,
Director de contradanzas,
Entre duende y arlequin?

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién te dice que tal hagas?

D. ROQUE.

Vosotras: que todas sois
Ligeras y casquivanas.

DOÑA BEATRIZ.

Anda, que eres fastidioso,
Si los hay.

D. ROQUE.

Y tú preciada
De sabidilla y doctora.

DOÑA BEATRIZ.

Sí, porque todas tus maulas
Te las entiendo.

D. ROQUE.

Beatriz....

DOÑA BEATRIZ.

¡Eh! déjate de eso, y saca
Chocolate, corre.

D. ROQUE.

Al fin,
Todo es quimeras, y en nada
Hemos quedado. ¡Ay señor!

(Abre con la llave la puerta de su despacho y se vá por la del lado izquierdo.)

(*Aparte.* Si no he de poder echarla.)

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ. GINÉS.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién buscas?

GINÉS.

A mi amo.

DOÑA BEATRIZ.

Ahí en el despacho estaba.
Ya sale.

ESCENA IV.

DON JUAN. GINÉS.

(Sale Don Juan del despacho de Don Roque con una carta en la mano, y se la da á Ginés.)

D. JUAN.

Corre, Ginés:
Ve al puerto, lleva esta carta,
Y allí pregunta á cualquiera
Por Don Diego de Arizabal,
Que es capitan de navío:
Alto, moreno, que hablaba
Conmigo ayer por la noche.

GINÉS.

Ya estoy.

D. JUAN.

Y dile, que á causa
De tener que prevenir
Ciertas cosas que me faltan,
No puedo pasar á verle.
Dale este papel, y aguarda
La respuesta, que es precisa,
Por escrito ó de palabra,
Y vuelve al instante.

GINÉS.

Voy.

Pero solo deseára
Saber si en estos encargos,
De la partida se trata
Que pensais hacer de Cadiz.

D. JUAN.

Ya es cosa determinada,
Y hoy mismo quiero salir:
O cuando mucho, mañana.

GINÉS.

¿Y á donde iremos?

D. JUAN.

Adonde
Lejos esté de mi patria.
Mi primo Don Agustin
Es oidor en Guatemala,
Deudo y amistad nos une.
Allí nada me hará falta.

GINÉS.

¿Y aquí, señor?

D. JUAN.

Aquí solo
Tengo sustos y desgracias.

Déjame, por Dios, que estoy
Fuera de mí.

GINÉS.

Muy extraña
Resolucion me parece.

D. JUAN.

Tú, Ginés, no ignoras nada:
Bien sabes que desde niños
Nos quisimos, que la amaba
Mas que á mi vida.... Mi tio,
Viendo que se retardaban
Sus asuntos, resolvió
Ir á Madrid: yo, que estaba
Sujeto á su voluntad,
Fui con él.... ¿Y quién juzgára
Que esta ausencia causaria
A mi amor fatigas tantas?
Despedíme de ella, y nunca
La ví mas apasionada:
Lloró, suspiró, rogó
Que no la dejase. ¡Ah! ¡falsa,
Engañadora! Llegamos
A Madrid, y en tan amarga
Ausencia solo con ver
Su letra me consolaba.

Escribióme mil finezas,
Yo la repetí otras tantas;
Y al cabo de pocos meses
Ya no recibí mas cartas.
A esta sazon, un amigo
Me escribió que se casaba
Isabel; mas sin decirme
Con quién, ni cómo la ingrata
Pudo olvidar en un dia
Tantos años de esperanzas.
Muerto mi tio, dejé
A Don Antonio Miranda
Mis poderes, para que
Dirigiese y arreglára
Mis intereses. Dispongo
A toda prisa la marcha,
Resuelto á ocultarme en Cadiz
Hasta saber si era falsa
O cierta la ingratitud
De esa muger. Dí mil trazas
Para lograr este fin,
Y eligiendo la mas mala,
Resuelvo parar aquí,
Porque sabiendo la rara
Condicion de este Don Roque,
El cual con nadie se trata,

Y es su casa una prision
Eternamente cerrada,
Juzgué ser fácil estar
En ella, sin que notára
Nadie mi venida. Llego
En fin, y encuentro casada
A la pérfida Isabel.
¡Qué lance! cuando acababa
Ayer de llegar, y dice
Don Roque que está de gala
Porque es novio: llama luego,
Para que yo celebrára
La eleccion, á su muger.
Viene al fin, acompañada
De Doña Beatriz. Si vieras....
Yo no la dige palabra.
Ella, la cruel, queria
Disimular; fueron vanas
Diligencias. Yo la ví,
Llorosa y acongojada,
Mirar á una y otra parte
Fuera de sí; no acertaba
A hablar siquiera. ¡Ay de mí!
Él es un necio, y en nada
Reparó.

GINÉS.

¿Y habeis hablado
Con ella á solas?

D. JUAN.

Estaba
Anoche en un cuarto de esos.
¡Con qué halago en sus palabras,
Qué hermosa, qué fementida,
Quiso moderar mi saña,
Quiso de nuevo engañarme!
Pero apenas empezaba,
Vino su marido. Ahora
Ni puedo, ni quiero hablarla.
¿Qué ha de decir? ¿Cómo puede
Decir que tuvo constancia,
Ni que amó de veras? ¿Cómo?

GINÉS.

Quizá, señor, obligada
Por su tutor.... Ella es niña
Todavía, y como estaba
Tan oprimida.

D. JUAN.

¡Ay Ginés!
No hay disculpa, no has de hallarla:

Soy infeliz.... Pero yo,
Con fuga precipitada
Mi patria abandono, y ella
Libre se queda y ufana
De su triunfo: ¿y no podré
Culpar su aleve inconstancia?
¿Su trato engañoso?... Mira,
Ginés, vuélveme esa carta.

GINÉS.

¿Qué pensais hacer? *(Le da la carta á D. Juan.)*

D. JUAN.

No sé:
Porque tengo tan turbada
La imaginacion, que dudo,
Resuelvo, temo, contrarias
Ideas á un tiempo mismo
Me martirizan el alma.
Vé adentro, recoge todos
Mis papeles en la caja,
Que ya tengo en el baúl
Arreglado lo que falta.
¿Me seguirás?

GINÉS.

Yo, señor,
Gustoso os acompañára

Al cabo del mundo; solo
Me aflige vuestra desgracia.

D. JUAN.

Sí, Ginés, no me abandones.

GINÉS.

En mí no hallareis mudanza:
Siempre os he querido bien.

D. JUAN.

Pues haz lo que he dicho, y calla.

ESCENA V.

DON JUAN. DON ROQUE.

D. JUAN.

Señor Don Roque, supuesto
Que estan ya verificadas
Nuestras cuentas, entrareis
Para firmar la cobranza:
Vereis los vales.

D. ROQUE.

¿Qué es todo
En papel?

D. JUAN.

Si no se halla
Dinero. Ademas que ¿cómo
Quereis que yo me arriesgára
A venir por un camino
Con él?

D. ROQUE.

(*Aparte.* Como tú te vayas
Todo va bueno.) Decia,
Que os daré sobre la marcha
El recibito, y quedais
Solventado. ¡Buena paga
Era el tio! Le traté
Muchos años, y estimaba
A sus amigos. Buen hombre,
Y alegre: siempre de chanza.
¡Pobre Don Álvaro! ¿Y cuánto,
Limpio ya de polvo y paja,
Os ha venido á quedar?

D. JUAN.

Las haciendas en Chiclana
Y el vínculo.

D. ROQUE.

¿Sí? No es mal
Bocado. Amigo, hoy se gasta

Mucho, y en no habiendo mucho,
Lo poco presto se acaba.
Vos habeis quedado bien.
Ahora tomareis casa,
La pondreis á la moderna,
Buenos trastos, y mañana
Os casais; y la muger,
Que tampoco irá descalza....
Vivireis como un señor.
¿Y cuándo, cuándo se trata
De buscar casa?

D. JUAN.

(*Aparte.* ¡Qué tonto
Es el hombre!) No pensaba
En eso: porque si acaso
No se me proporcionára
Lo que intento, en Cadiz nunca
Faltan muy buenas posadas
Para quien tiene dinero.
Allí viene.

(Mirando á la puerta del lado izquierdo.)

(*Aparte.* No he de hablarla.)

D. ROQUE.

¿Con que, en fin, determinais?

D. JUAN.

Si quereis dejar firmadas
Aquellas cuentas, entrad.

ESCENA VI.

DON ROQUE. DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

Me dejó con la palabra
En la boca. El hombre tiene
Cosas bien estrafalarias.
Isabel.

DOÑA ISABEL.

Señor.

D. ROQUE.

¿Con que
Nos quiere dejar mi hermana?
¿Te lo ha dicho?

DOÑA ISABEL.

No señor.

D. ROQUE.

Pues sí, parece que trata
De irse á su casa. Está ya

La pobrecilla cascada;
Y aunque es moza, los trabajos
Y pesadumbres acaban
Bastante. Tú ¿qué me dices?
¿Sentirás que se nos vaya?

DOÑA ISABEL.

Sí señor, decidla vos
Que se quede.

D. ROQUE.

¿Sí? (*Aparte.* Aquí hay maula.)
Es verdad que como vive
Tan cerca, que sus ventanas
Dan enfrente de las nuestras,
Desde aquí puedes hablarla
Todos los dias.

DOÑA ISABEL.

Su genio
Es muy amable: me agrada.
Tanto, que nunca quisiera
Que se fuese.

D. ROQUE.

¿Sí? (*Aparte.* Aquí hay maula.)

ESCENA VII.

DON ROQUE. DOÑA ISABEL. MUÑOZ.

MUÑOZ.

Señor, ahí vino el cajero
De Monsieur Guillermo.

D. ROQUE.

¿Cuántas
Veces ha venido ya?
¿No le he dicho que esperaba
Cartas de nuestros amigos
De Hamburgo, y cuando las haya
Recibido....

MUÑOZ.

Bien, y ¿qué?
Si no es esa la embajada
Que ha traido. (*Aparte.* La paciencia
De un santo no me bastára.)
Dice que á las nueve en punto
En su escritorio os aguarda,
Y os entregará el dinero
Del importe de las granas
El inglés Anson, Manson....
¿Qué sé yo cómo se llama?
El inglés....

D. ROQUE.

Sí, ya lo sé.
¿Y precisamente aguarda
Hoy á pagarlo?

MUÑOZ.

Parece
Que al primer viento se marcha.

D. ROQUE.

Pues, y es preciso acudir.
¡Que por una patarata
Le han de incomodar á un hombre,
Y hacerle salir de casa
Cuando quieren! Tú, Muñoz,
Tampoco sirves de nada
Para estas cosas. Se ofrece
Escribir en una llana
Cuatro renglones, no sabes:
Vas á buscar una carta,
No entiendes el sobrescrito,
Y yo....

MUÑOZ.

¿Pues, pese á mi alma,
No lo sabeis años ha?
¡Cuidado que teneis gana

De quimera! Si no sé,
¿Qué le hemos de hacer? ¡No es mala
La aprension, salir ahora,
Sin haber sobre que caiga,
Con esa pata de gallo!

D. ROQUE.

¿Muñoz, por eso te enfadas?
Lo dige porque si fuera
Posible que me aliviáras
En ciertas cosas....

MUÑOZ.

¡El diantre
De la invencion! Vaya, vaya.

D. ROQUE.

Vamos, Muñoz, no te enojes.
Toma un polvo.

MUÑOZ.

¡La zanguanga
Del polvito! Tengo aquí.

D. ROQUE.

Arrójalo, que eso es granzas.

MUÑOZ.

Así me gusta.

D. ROQUE.

Este es
De aquello bueno de marras,
Del Padre de la Merced.

(Le da la caja: Muñoz la abre, y hallándola vacía se la vuelve.)

¿Te acuerdas?

MUÑOZ.

Aquí no hay nada.

D. ROQUE.

Es verdad: se me olvidó
Echar tabaco en la caja.
Ya la llenaré despues.

MUÑOZ.

¡Mala centella te parta!

ESCENA VIII.

DON ROQUE. DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

Este Muñoz es fatal.

DOÑA ISABEL.

Pero lo que mas me pasma
Es las respuestas que tiene.

D. ROQUE.

Es su genio. (*Aparte.* No la agrada
Porque es viejo.) Dame, dame
El peluquin. Esta bata
(Harán lo que denota el diálogo.)
Y el gorro ponlos allí:
Que sepa volviendo á casa
Dónde lo he de hallar. Ayer
Cuasi toda la mañana
Anduve buscando el gorro;
Porque mi señora hermana
Me le guardó, tan guardado,
Que ni aun ella se acordaba
Donde le puso. Las cosas
Siempre en su lugar.

DOÑA ISABEL.

La caja
Del peluquin no la encuentro.

D. ROQUE.

¡Válgate Dios! Ahí estaba

Debajo de ese bufete.
Con cuidado, no se caiga.
Toma el gorro. Donde he dicho.
Así está bien. En el arca
Verás una chupa verde,
Que tiene boton de plata,
Y una casaca blanquizca:
Traelo todo....

(Se va Doña Isabel por la izquierda. D. Roque, en justillo, se pasea por el teatro.)

Esta muchacha....
¡Ay señor! y lo peor
Es que mi Don Juan no salga.
Pues, yo me voy y se quedan
Solos. ¡Buena va la danza!
Unicamente Muñoz....
Y Muñoz está que salta
Conmigo, no sé por qué.
Isabelilla, ¿despachas?

DOÑA ISABEL.

Estaba todo revuelto.

(Sale Doña Isabel con los vestidos.)

D. ROQUE.

Como aun no estás enterada

De las cosas, ni el parage
Donde se ponen y guardan
Mis vestidos. ¡Ah! si vieras....

(Dirá esto mientras se viste, ayudándole Doña Isabel.)

Otro gallo me cantaba
Entonces. Cuando vivia
Mi difunta Nicolasa,
¡Qué puntualidad! ¡qué aseo!
Era una muger muy guapa.
Y siendo moza, que apenas
A los cuarenta llegaba
Cuando murió; nunca, nunca
La pobrecita pensaba....

DOÑA ISABEL.

¿Vais en cuerpo?

D. ROQUE.

No por cierto,
Que hace un ambiente que pasma.
Ella gustar de cortejos,
Ni como otras desolladas....
¡Qué! jamás.

DOÑA ISABEL.

¿Traigo el capote?

D. ROQUE.

¿Cómo?

DOÑA ISABEL.

¿Si quereis que traiga
El capote?

D. ROQUE.

El redingot.

DOÑA ISABEL.

Pues bien: eso preguntaba.

D. ROQUE.

Sí señor, muy hacendosa:
(Dirá esto mientras Doña Isabel le acepilla el vestido.)
Continuamente aplicada
A la labor, eso sí.
Y las otras dos, la Pacha
Y la Manolita, todas
Fueron á cual mas honradas:
A su marido y no mas.
Ya se vé, buenas cristianas.

DOÑA ISABEL.

(*Aparte al irse por la izquierda.*
Dios me dé paciencia. ¡Ay! triste.)

D. ROQUE.

Si esta muger no es negada,
Ha de conocer, preciso,
Que mis indirectas hablan
Con ella; y si las entiende,
Será regular que....

DOÑA ISABEL.

¿Falta
(Sale con el capote y se le pone á D. Roque.)
Alguna cosa?

D. ROQUE.

No mas.
Haz que limpien esta sala:
Que pongan bien esos trastos.
Yo no sé como mi hermana....
Pues ella bien alcanzó
A Manolita. ¡Extremada
Era en la limpieza! Cuando
Quieras puedes preguntarla,
Si todo no lo tenia
Como una taza de plata.
Era muy muger. ¡Oh! aquella.
(Se entra en el despacho.)

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL. BLASA.

DOÑA ISABEL.

¿Qué es esto que por mí pasa?
¡Pobre Isabel!

BLASA.

¿No sabeis,
Señora, como se marcha
Don Juan?

DOÑA ISABEL.

Yo no sé. ¿Pues cómo?

BLASA.

He visto á Ginés que anda
Recogiendo sus trebejos
Y á toda prisa los guarda.
Él, como es tan martagon,
Ni siquiera una palabra
Me ha querido responder;
Pero se van.

DOÑA ISABEL.

Que se vayan:
¿Qué cuidado te da á ti?

BLASA.

Ninguno; solo extrañaba
Que habiendo llegado ayer
A las diez de la mañana,
Hoy á las nueve se vuelvan
A marchar.

DOÑA ISABEL.

Tendrán posada
Mas á su gusto. ¿Quién sabe?
Beatriz parece que llama.

ESCENA X.

DOÑA ISABEL. DON ROQUE.

D. ROQUE. *(Al salir del despacho.)*

No hay remedio, erre que erre:
(Aparte. Aquí hay alguna entruchada.)
Pues, burla burlando, ya
Las nueve no hay que esperarlas.
Vamos allá. Presto vuelvo:
Allí pronto se despacha,
Y el remusguillo que corre,
Para tener delicada
La cabeza, no es muy bueno.
Presto vuelvo. *(Vase.)*

DOÑA ISABEL.

En sus palabras,
En sus acciones, hay siempre
Misterio, siempre me habla
Con ambigüedad: me observa.....
Ya se fué. Soy desgraciada.

(Mirando á la puerta por donde se fue D. Roque.)

¿En qué le pude ofender?

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL. DON JUAN.

D. JUAN.

¿Aun está aquí?

(Al salir D. Juan del despacho ve á Doña Isabel, y hace ademan de volverse á entrar: Doña Isabel le detiene.)

DOÑA ISABEL.

No te vayas,
Solos estamos. ¡Ay Dios!
¿Tú me vuelves las espaldas?
¿A tu Isabel?

D. JUAN.

Tu Isabel:
¡Qué dulce expresion!

DOÑA ISABEL.

Declara
A quien te quiere tu enojo.....
Don Juan, no ignoro la causa;
Pero escúchame, sabrás.....

D. JUAN.

¿Qué he de saber? que eres falsa,
Que me abandonaste, que.....
Ya lo sé.

DOÑA ISABEL.

Don Juan.

D. JUAN.

Ingrata.

DOÑA ISABEL.

Óyeme. ¿Tan poco puedo
Contigo?

D. JUAN.

No, no te valgas
De artificios, que algun dia.....
Pero ya es tarde: se acaba
El sufrimiento tambien
En los amantes.

*

DOÑA ISABEL.

¿No bastan
Estas lágrimas?

D. JUAN.

Fingidas.

DOÑA ISABEL.

No lo son.

D. JUAN.

Déjame, aparta,
Isabel.

DOÑA ISABEL.

Cruel, ¿qué quieres

(Doña Isabel le deja y se va despechada á un extremo del teatro. Don Juan la sigue.)

De una muger humillada?

D. JUAN.

¿Qué he de querer? ¿ni qué puedes
Tú decir que satisfaga
A mi indignacion? Que fuiste
Por el tutor violentada
Hasta el pie de los altares,
Que allí diste una palabra
Que repugnó el corazon,

Que niña, desamparada
Y oprimida al fin cediste,
Y que cuando suspirabas
Por mí, juraste otro amor.
¿Es eso lo que pensabas
Decirme? Pues mira, todo,
Todo es inútil: no alcanza
A disculparte: no es cierto
Que me quisiste. ¡Inhumana!
¿Tú sabes qué golpe es este
Para mí?

DOÑA ISABEL.

Señor, yo amaba
De veras. ¡Ay! mis finezas
Ciertas fueron y no falsas,
Y sé que el poder del mundo
Que entonces se conjurára
Contra mí.... Pero tú ignoras
Que habiendo sufrido tantas
Sinrazones y cautelas,
En mi daño conjuradas,
Los zelos pudieron solo
Conseguir que me olvidára
De tu amor.... No me olvidé,
Sino que desesperada,
Frenética, consentí

En lo que mas repugnaba.
Mi resolucion no fue
Ingratitud, fue venganza.

D. JUAN.

Isabel, ¡zelos! ¿de quién?
¿Con qué motivo? Me engañas.

DOÑA ISABEL.

No te engaño.

D. JUAN.

¿Pues qué fue,
Isabel? ¿Quién envidiaba
Mi fortuna? ¿Quién te pudo
Persuadir? Dímelo.

DOÑA ISABEL.

Estaba
Mi tutor harto instruido
De todo. Juzgó lograda
Su victoria cuando vió
Que á los dos nos separaba
La suerte; entonces me dijo
Que era fuerza me casára
Con Don Roque; repugné,

Él instó. ¡Memoria amarga!
Divulgóse en la ciudad
Que Don Alvaro pensaba
Casarte en Madrid: con esto
Vió su cautela lograda.....
Fingió dos cartas.....

D. JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Sí, Don Juan, donde le daban
Cuenta dos amigos suyos
De que ya casado estabas,
Obedeciendo á tu tio.
Él dispuso que llegáran.....

D. JUAN.

¡Ah, indigno, que me has quitado
Lo que yo mas estimaba!

DOÑA ISABEL.

Hizo que las viera yo:
Logró su astucia villana.
¡Ay! ¡una muger amante
Cómo se ciega y se engaña!
Instó de nuevo, y al fin.....

D. JUAN.

Deja, déjame que vaya
A pasar á ese traidor
El pecho de una estocada.

DOÑA ISABEL.

Señor, ¡ay de mí! ya es tarde.
(Deteniendo á Don Juan.)
¿Qué piensas hacer? No añadas
Nuevos males á mi mal.
Quizá te está preparada
Mejor ventura que á mí:
No quieras, no, malograrla
Por esta infeliz muger,
Que ya no es tuya. Mis ansias,
Mis fatigas, yo sabré
Con paciencia tolerarlas:
Como tú vivas feliz,
Á Isabel eso la basta.

D. JUAN.

¡Ay Dios! ¡ay Dios! ¿Dónde estoy?
Con cada razon me matas.
Por compasion no te muestres
De mí tan enamorada.
¡Mas yo me detengo aqui!

¿Qué hay que esperar? Nada falta
Que saber: harto comprendo
Tu pasion y mi desgracia.

DOÑA ISABEL.

No, Don Juan, si asi te ausentas
Del todo me desamparas:
Aunque te quedes en Cadiz,
Siempre viviré apartada
De tus ojos. ¿Qué te obliga
A que dejes esta casa
Con tanta celeridad?
Mi corazon se dilata
Solo con verte. No niegues
Este consuelo á tu amada
Isabel.

D. JUAN.

¡Qué ceguedad!
¿Eso intentas? Calla, calla,
Infeliz: no solicites
Lo que á ti y á mí nos daña.
¿Cómo quieres que se oculte
El amor que nos inflama?
¿Cómo quieres que yo pueda
Tolerar, viendo logradas
Por otro felicidades

Que solo á mí destinabas,
Que solo yo merecí?
¿No basta, dime, no basta
Que para siempre te pierda,
Sin que á mis penas se añadan
Zelos, que han de producir
Desesperacion, venganzas?
¡Ay Dios! Déjame.

DOÑA ISABEL.

¿Te vas?
¿Asi te vas? ¡Qué villana
Accion! ¡Me dejas!

D. JUAN.

No sé.
Fuerza será que me vaya.....
El único medio es este
De impedir una desgracia,
Próxima, terrible..... A entrambos
Nos está bien evitarla.

(Don Juan se va por la puerta de la derecha; Doña Isabel por la izquierda.)

DOÑA ISABEL.

¡Señor! dadme resistencia,
Que á tanto dolor ya falta.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON ROQUE. MUÑOZ.

D. ROQUE.

Solos parece que estamos.

(Don Roque, dejando el capote y sombrero sobre el canapé, observa si aquello está solo; se acerca despues á la puerta de la derecha y llama á Muñoz.)

Entra, Muñoz.

MUÑOZ.

¿Y qué es ello?

D. ROQUE.

Nada mas que preguntarte
Del encargo que te he hecho.....

MUÑOZ.

¿Qué encargo?

D. ROQUE.

¿No te advertí
Que los dos quedaban dentro?

MUÑOZ.

¿Qué dos?

D. ROQUE.

Don Juan é Isabel,
Y que vieras.....

MUÑOZ.

Ya me acuerdo.
Yo no he visto nada.

D. ROQUE.

¿No?
¿Con que Don Juan se fue presto?

MUÑOZ.

Un buen ratillo tardó.

D. ROQUE.

Ya, ¿pero en ese intermedio
No se hablaron?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

D. ROQUE.

¿Pues no te encargué que luego

Que yo me fuese estuvieras
Escuchando muy atento
Si los dos.....

MUÑOZ.

En el portal
Me he estado cuasi durmiendo.

D. ROQUE.

¿Con que nada has hecho?

MUÑOZ.

Nada.

D. ROQUE.

Hombre, ¿nada? Pues es cierto
Que se puede descuidar.....
¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

Yo me entiendo.

D. ROQUE.

¿Qué entendiduras, Muñoz,
Son esas, ni qué misterio
Puede haber?

MUÑOZ.

Yo lo diré:
Yo lo diré claro y presto.

Que no quiero andar fisgando,
Que no quiero llevar cuentos
Entre marido y muger:
Yo sé muy bien lo que es eso.
Está un marido rabiando,
Hecho un diablo del infierno
Contra su muger, encarga
Para apurar sus recelos
A un criado que la observe
Palabras y pensamientos.
Bien: observa, escucha, cuenta
Lo que vió, y arma un enredo
De mil demonios. Hay riñas,
Lloros, furias, juramentos,
Gritos..... La muger conoce,
Y es facil de conocerlo,
Que toda aquella tronada
Vino por el soplonzuelo.
Trama un embuste, de suerte
Que el marido hecho un veneno
Se irrita contra el fisgon,
Le atesta de vituperios
Y le echa de casa. Agur:
Perdió de una vez su empleo.
Pues cierto que las mugeres
No tienen modo de hacerlo

Con primor. Está el marido
Rechinando, ¿y qué tenemos?
Nada..... Viene la señora:
Él se encrespa, bien, y luego
Anda el mimito, el desmayo,
La lagrimilla, el requiebro,
Y ¿qué se yo? De manera
Que destruye en un momento
Cuanto el amo y el criado
Proyectaron. Y yo creo
Que cuando un marido tiene
Medio trabucado el seso
Con las caricias malditas,
Irá en mal estado el pleito
Del chismoso del criado:
Porque ellas no pierden tiempo.
Entonces entra el decir
Que es un bribon, embustero
El pobre correveydile,
Respondon, pelmazo, puerco,
Con un poco de borracho
Y otro poco de ratero.
El maridazo es entonces
Voto de amen, no hay remedio:
Ella logra cuanto quiere
De este modo, y..... Yo me entiendo.

D. ROQUE.

Hombre, por amor de Dios.....

MUÑOZ.

Si digo que yo no puedo,
No puedo: no hay que moler,
Ya está dicho. A perro viejo
No hay tús tús.

D. ROQUE.

Mira, Muñoz,
Coge un cordel.....

MUÑOZ.

¿A qué efecto?

D. ROQUE.

Y ahórcame.

MUÑOZ.

No necesita
Ni cordeles ni venenos
Quien se casa á los setenta
Con muchacha de ojos negros.

D. ROQUE.

¡Dale bola con la edad!

MUÑOZ.

¡Dale con pedir consejo!

D. ROQUE.

Tú mismo me aconsejaste,
No ha mucho, sobre el suceso
De ayer noche, y me dijiste.....

MUÑOZ.

De lo dicho me arrepiento.

D. ROQUE.

Mira, Muñoz, como soy
Cristiano, que ya no puedo
Aguantarte. ¡Qué maldita
Condicion!

MUÑOZ.

Pues yo ¿qué he hecho
De malo? ¿Hice yo la boda?
¿Dí yo mi consentimiento
Para que viniera el huesped,
La hermana, ni el tacañuelo
De Ginés, ni la criada
Que me sisa los almuerzos?
¿Yo he de pagarlo sin ser
Arte ni parte? ¿Qué es esto?

D. ROQUE.

Hombre, ven acá. ¿Quién dice
Que tengas la culpa de ello?
Solo digo que he sentido
Que hayas andado tan lerdo
En hacer lo que te dije:
Esto es regular, sabiendo
Que se quedaban en casa,
Y juzgando..... ¿Ladró el perro?

MUÑOZ.

No ha ladrado, ni se acuerda
De ladrar.

D. ROQUE.

Pensé que el medio
Mas prudente era observar.....

MUÑOZ.

Muy en la memoria tengo
Que no ha diez meses decíais:
Muñoz, ya este es otro tiempo:
Ya enviudé, ¡qué bien estoy
Sin desazones ni enredos!
Diez meses ha, no hará mas:
No se me olvidan tan presto
Las cosas. Ya estais casado,

Lleno de desasosiegos:
Lo pasado se olvidó;
Y atarugado y suspenso
Con lo presente: Muñoz,
¿Qué dices? Dame un consejo,
Un arbitrio..... ¿Para qué?
¿Para deshacer lo hecho?
No hay escape. ¿No os casásteis?
El que os ha metido en ello
Que os saque.

D. ROQUE.

Yo no te digo,
Muñoz, que busquemos medios
De descasarme, no tal.

MUÑOZ.

¿Con que no tal? ¿Eh? me alegro.
Con que el arbitrio mejor
De lograr algun sosiego,
Que era separarse de ella.....

D. ROQUE.

¡Ay hombre! déjate de eso.
¡Separarnos! No señor.
Vaya. Por ningun pretexto.

El mal era para mí
Entonces..... Lo que pretendo
Es echar de casa á todos
Esos huéspedes molestos.
Para conseguirlo es fuerza
Que me ayudes, esto quiero:
Pues aunque he dicho á mi hermana
Que se vaya, y siempre observo
Las palabras de Don Juan,
Para ver qué pensamiento
Es el suyo, ella me aturde,
Me saca mil argumentos
Y tengo á bien de callar.
Él, afectando misterios,
Nunca responde á derechas,
De suerte.....

MUÑOZ.

¡Para mi genio!

D. ROQUE.

De suerte que yo no sé
Cómo salir de este empeño.
Ellos al cabo se irán;
Pero entretanto no es bueno
Que Don Juan con Isabel,
Dándole nosotros tiempo,

Tenga muchas conferencias.
Y hoy, para darme tormento,
Ese diablo de ese inglés
Quiere entregarme el dinero
De las granas: fui allá,
Ya no estaba; con que tengo
Que volver precisamente.
Tres mil duros, nada menos,
Importa: es fuerza volver.

MUÑOZ.

¿Y qué quiere decir eso?

D. ROQUE.

Que es menester que me ayudes,
Muñoz, por Dios te lo ruego.
Una especie (por la calle
Lo he venido discurriendo)
Una especie me ha ocurrido,
Muy bella para el intento.

MUÑOZ.

¿Qué es la especie?

D. ROQUE.

Una bicoca,
Que ha de surtir buen efecto.

MUÑOZ.

Y bien, decid la bicoca.

D. ROQUE.

¿Cómo?

MUÑOZ.

Que lo digais presto.

D. ROQUE.

No es mas sino aparentar
Que los dos nos vamos luego.
Tú recogerás la capa
Y dentro de tu aposento
Te has de esconder. Yo me voy:
Y observando si hay silencio
En esta pieza, te subes
Pasito á pasito, y viendo
Que no hay nadie en ella, entonces
Te ocultas con mucho tiento
Que nadie te llegue á ver.
Satisfechas allá dentro
De que tú tambien te has ido,
Vendrán aqui sin recelo
A patullar. Isabel
Descubrirá sus secretos
Con Beatriz, las dos..... En suma
De esta manera sabremos
Cuanto hay que saber..... ¿Te ries?

MUÑOZ.

¡Y qué mala gana tengo
De risitas! Pero á veces
No está en un hombre el ser serio.

D. ROQUE.

Pero, ¿y á qué viene? Dale
Con la risa.

MUÑOZ.

Viene á cuento,
Sí señor.

D. ROQUE.

¿Por qué?

MUÑOZ.

¿Por qué?
Está muy lindo el proyecto
Del escondite; una cosa
Solamente echo de menos.
Ya se ve, no es esencial.

D. ROQUE.

¿Y qué cosa?

MUÑOZ.

El agugero,

El rincon, la gazapera
Donde ha de estar encubierto
El centinela.

D. ROQUE.

Es verdad.
Se me fue del pensamiento.
Debajo del canapé,
Que es muy facil.

MUÑOZ.

Ya lo veo.

(Se vá y vuelve despues.)

D. ROQUE.

Muñoz, Muñoz, hombre, mira.
Muñoz..... Pues estamos buenos.
Si no me cuesta la vida
Este embrollo, soy eterno.
Muñoz, amigo Muñoz,
Por Dios, mira.

MUÑOZ.

¿Qué hay de nuevo?
¿Otro proyecto mejor?

D. ROQUE.

Que es preciso.....

MUÑOZ.

Ya lo entiendo:
Es preciso, bien está.

D. ROQUE.

Mira.

MUÑOZ.

Si todo el infierno
Viniera á casa, no juzgo
Que hubiese mas embelecos.
¡Caramba! ¿Es cosa de chanza?
¡Yo agazaparme! Primero.....
Digo, á la vejez viruelas.
Yo debo de ser un leño,
Un zarandillo, un.....

D. ROQUE.

Muñoz.
Mira, Muñoz: ya no quiero
Nada de ti: ya conozco
Lo bien que pagas mi afecto.
¡Qué ley! ¡qué ley! Yo creí
Que tu aspereza y tu gesto
De vinagre, era apariencia

Nada mas..... ¡Y yo, camueso
De mí, sin quererle echar,
Por mas que me lo digeron
Sus amas! ¡Pero, señor,
Que haya de olvidar tan presto!....
¡Qué ingratitud! Cuantas veces
Se le ha ofrecido dinero,
Sabe que se le he prestado:
Sabe que yo he sido empeño
Para todos sus parientes:
Sabe que en mi testamento
Le dejo cuanto en conciencia
Puedo darle.

MUÑOZ.

¿Y yo sé eso?

D. ROQUE.

¿Pues qué? ¿no sabes las mandas
Que dejo alli?

MUÑOZ.

No por cierto.

D. ROQUE.

¡Toma! un año de salario
Contado desde el momento

En que yo fallezca: mando
Que si alguna cuenta tengo
Contra tí, se dé por nula:
Mando tambien.....

MUÑOZ.

Yo no debo
Nada á nadie.

D. ROQUE.

Hombre, pudiera
Suceder que en aquel tiempo
Me lo debieras.

MUÑOZ.

Ya estoy.

D. ROQUE.

Te mando un vestido nuevo,
Como le quieras, y todos
Los mios: tambien te dejo
La caja de plata. En suma
Ya lo he dicho, cuanto puedo
Dejarte. ¿Y por una cosa
Tan facil como te ruego,
Te enfureces como un tigre?

En fin, se acabó; yo espero
Que te ha de pesar bien pronto.
Vete, que yo no te fuerzo.
¿No quieres hacerlo? Vete.

MUÑOZ.

Yo no he dicho que no quiero.

D. ROQUE.

¿Pues qué has dicho?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

D. ROQUE.

No, no gusto de rodeos:

(Suena la campanilla al lado derecho. Muñoz quiere irse y Don Roque le va deteniendo.)

Di lo que quieres hacer.

MUÑOZ.

Han llamado. Que..... veremos.

D. ROQUE.

No hay veremos. Habla claro.

MUÑOZ.

Si voy á abrir.

D. ROQUE.

No, primero
Has de resolverte.

MUÑOZ.

Digo
Que sí lo haré.

D. ROQUE.

¿Cierto?

MUÑOZ.

Cierto.

ESCENA II.

DON ROQUE. DON JUAN.

D. ROQUE.

¡Ay qué Muñoz! ¡Qué caracter
Tan temoso y tan soberbio!
En fin, dijo que lo hará. *(Sale D. Juan.)*
Y bien, Don Juan, ¿qué hay de bueno?

D. JUAN.

Nada ocurre.

D. ROQUE.

Cansadillo
Vendreis de correr el pueblo

Buscando casa. Es un diantre,
Es un diantre. Esta que tengo
Ya veis qué estrecha, qué antigua,
Llena toda de agugeros,
Sin comodidad ninguna;
Me cuesta un horror. Y siento
Infinito no hallar otra;
Porque, pongo por ejemplo,
Viene un huesped, es preciso
Todos los trastos ponerlos
Hacinados, arrastrar
Colchones..... Y removiendo
Las cosas de su lugar,
Se destruyen sin consuelo.
Y todo por no tener
De sobra un par de aposentos
Donde poner unas camas.
Es trabajo.

D. JUAN.

Ya lo veo.

D. ROQUE.

¿Qué decíais?

D. JUAN.

Solo digo
Que teneis razon en eso.

D. ROQUE.

¡Ah! ¿pues no la he de tener?
Como que mi hermana, viendo
La mucha incomodidad
Que hay en la casa, ha resuelto
Irse á la suya. Si aqui.....
Vaya, es necesario verlo.
Es mucho engorro. Yo á vos
No os trato con cumplimiento,
Ni puede ser de otra suerte.
Ya lo veis; para poneros
(Por una noche no mas)
Esa cama, se ha revuelto
La casa, y cierto, me pesa
En el alma no poderos
Dar posada.....

(*Aparte, al entrarse en el despacho.*

Nada: como
Si se lo dijera á un muerto.)

ESCENA III.

DON JUAN. DOÑA BEATRIZ.

D. JUAN.

¡Qué indirectas! En mi vida
He sufrido tanto á un necio.

DOÑA BEATRIZ.

Ginés ha guardado ya
Todos los trastos, y creo,
Segun las señas, que os vais.
Si en algo á servirte acierto,
Manda con satisfaccion:
Te he conocido y te quiero
Desde tu primera edad,
Y solo tu bien deseo.
No me digas el motivo
De tu partida: sospecho
La causa, no la pregunto;
Pero no mudes de intento.
Vete. Si no tienes casa
Donde vivir, yo la tengo;
Mas si te quieres quedar
En Cadiz (que no lo apruebo)
En fin, si te quedas, trata
De mudar los pensamientos

(D. Juan se sienta en una silla.)

A otra parte. Tus amigos,
Que tienes muchos y buenos,
Te divertirán. No des
Que decir. Es muy mal hecho
Turbar la paz de una casa,
Y en vez de amor y sosiego

Introducir disensiones.
Si la quisiste, ya es tiempo
De olvidarla: ya es casada:
Ya no es tuya.

D. JUAN.

Si un perverso
No usára de astucias viles,
No la viera yo en ageno
Poder, ella fuera mia.
Si para amarse nacieron
Nuestras almas y debian
Unirse con nudo estrecho,
¡Ay! ¿quién pudo desatarle?
¿Quién le rompe? ¡Qué tormento!

DOÑA BEATRIZ.

Está muy reciente el mal,
No extraño que digas eso;
Pero al fin.....

D. JUAN.

¿Y hay en la tierra
Justicia, virtud, respeto
A la religion? ¡Valerse
De la autoridad que dieron

Las leyes, y esclavizar
Un corazon puro y tierno
Donde ya reside amor!
¡Qué atrocidad, qué violento
Sacrificio! Ella turbada
Entre el pudor y el respeto,
Tímida, engañada y sola.....
Ya se ve, no pudo menos.
¡Tantos contra mi querida
Isabel! Yo sin saberlo
Ausente de ella cien leguas,
De tristes sospechas lleno.
Ella zelosa de mí
Sin motivo, resistiendo
Mil astucias. ¡Desgraciada!
¡Qué afliccion, qué desconsuelo
El tuyo! ¿Y hay en la tierra
Piedad, virtud? No lo creo.

(Levántase agitado, y llama acercándose á la puerta de la izquierda.)

DOÑA BEATRIZ.

¡Válgame Dios! yo estoy muerta.
Juanito, qué descompuesto,
Qué perdido estás.

D. JUAN.

Ginés.

DOÑA BEATRIZ.

Un hombre de entendimiento
Debe conocer.....

D. JUAN.

Ginés.

DOÑA BEATRIZ.

¿No me escuchas?

ESCENA IV.

DON JUAN. DOÑA BEATRIZ. GINÉS.

D. JUAN.

Vuelve presto.
Mira.....

GINÉS.

Señor.

D. JUAN.

Ve á la plaza,
Y en casa de Don Anselmo
Pregunta, porque él me ha dicho
Que verá de componerlo
Con un capitan su amigo,
En cuyo buque podremos
Salir hoy mismo.

*

GINÉS.

No acabo
De entender.....

D. JUAN.

Mira, Don Diego
De Arizabal no nos puede
Llevar, pero podrá hacerlo
Un amigo suyo en otra
Embarcacion. A este efecto
Quedó en hablarle y llevar
La razon á Don Anselmo,
Y alli se ha de preguntar.
Yo voy entretanto al puerto,
Y aqui me hallarás.

(Ginés se va. D. Juan, despues de una breve suspension, haciendo una cortesía á Doña Beatriz, se va tambien.)

ESCENA V.

DOÑA BEATRIZ. DON ROQUE.

D. ROQUE.

Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ocurre?

D. ROQUE.

Saber deseo
Cuándo me dejas en paz,
Cuándo mudas de aposento:
Mas claro, cuándo te vas
A tu casa.

DOÑA BEATRIZ.

Estoy en ello:
Lo pensaré.

D. ROQUE.

No me empieces
Con tranquillas ni rodeos.
Ya te he dicho que te vayas,
Que te vayas. Pues es cierto
Que estan las cosas baratas;
Y sobre todo no quiero
Mas huéspedes. ¿Hay tal tema?
Yo no digo que pretendo
Que te vayas y no vuelvas
En toda la vida á vernos;
No señor, una vez ú otra
Cuando quieras, santo y bueno;
Pero eso de estarse aqui
Regalando, ni por pienso.

Mi muger no necesita
A su lado consejeros:
Con que asi, fuera.

DOÑA BEATRIZ.

Está bien:
No te has de enfadar por eso.

D. ROQUE.

Pero vete.

DOÑA BEATRIZ.

Ya me iré,
Déjalo estar.

D. ROQUE.

Es que quiero
Que te vayas al instante.

DOÑA BEATRIZ.

Pues, al instante. ¡Qué empeño!
No faltaba mas. Cuidado,
Hombre, que te vas haciendo
El ente mas fastidioso,
Mas ridículo y mas fiero,
Que se puede imaginar.
Tú quieres que en el momento

Que mandas te sirvan: quieres
Que hasta el mismo pensamiento
Te adivinen, porque todo
Lo sueles pedir á gestos.
Si encuentras alguna cosa
Puesta tres ó cuatro dedos
Mas allá de donde tú
La dejaste, armas un pleito.
Si estás alegre, por fuerza
Han de estar todos contentos;
Y si te da la morriña
(Que dura meses enteros)
Ninguno se ha de reir.
Si ves hablar en secreto,
Al instante te malicias,
Como eres tan majadero,
Que te burlan ó disponen
Asaltarte los talegos.
Si echan en la lamparilla
Un poco de aceite menos,
Son ladrones, porque todo
Lo sisan para venderlo.
Si echan aceite de mas,
Que no tienen miramiento
Ni conciencia, y se conoce
Bien que no lo pagan ellos.

Genio como el tuyo, vaya
No se ha visto; y lo que siento
Es que siempre va á peor.
Por esto, hermano, por esto
No me voy. Isabelita
Antes de su casamiento
Apenas te conocia:
Yo la digo, yo la advierto
Mil cosas. Es menester
Que te vaya comprendiendo,
Que sepa tus extrañezas,
En fin, que te trate; y luego
Verás como, sin que nadie
Me lo avise, dejo el puesto:
Que por no verte se puede
Dar muchísimo dinero.
A Dios.

ESCENA VI.

DON ROQUE. MUÑOZ.

D. ROQUE.

Beatriz. A otra puerta.
Pero no perdamos tiempo.
Esta es la ocasion. Muñoz.

(Acercándose á la puerta de la derecha.)

Lo primero es lo primero.
Muñoz.

MUÑOZ.

Vaya.

D. ROQUE.

Mira, ahora
Es ocasion. Mientras veo
Si alguno viene, te escondes,
Como tenemos dispuesto.
Vamos, hombre, ¡qué pesado
Eres!

MUÑOZ.

No soy mas ligero.

D. ROQUE.

Despacha. Por este lado
(Se encamina hácia el canapé. Muñoz se está quieto.)
Puedes entrar.

MUÑOZ.

¡El proyecto!

D. ROQUE.

Hombre.....

MUÑOZ.

Dale: si es inútil

Todo. ¿Qué pensais que haremos
Con el escondite? Nada,
Nada: si lo estoy ya viendo.
¿A qué es cansarse? Y supongo
Que hoy se van; lo doy por hecho
Que los tres quedamos solos:
Las inquietudes, los zelos
No se acabarán jamas.

D. ROQUE.

¿Por qué?

MUÑOZ.

¿Pues no dais en ello?
Porque no puede hacer migas
Una niña con un viejo:
No señor. Si ha de vivir
Siempre metida en encierro,
Condenada de por vida
A vestiros y coseros,
A ver ese gesto, á oir
El continuo cencerreo
De la tos, á calentar
Bayetas en el invierno
Para el vientre, á cocer yerbas,
Preparar polvos y ungüentos,
Parches, cataplasmas; digo:
¿Cómo la ha de gustar esto?

Vaya, si no puede ser.
Todo será fingimiento. . . . .

D. ROQUE.

Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Quiero hablar,
Que no soy ningun podenco.
Sí señor, á cada paso
Habrá silvidos, acechos,
Billeticos, tercerías.

D. ROQUE.

En parte, Muñoz, comprendo
Tu razon: su genio es ese.

MUÑOZ.

¡Dale bola! No es el genio;
La edad, la edad: ahí está,
En la edad está el misterio.
Los hombres y las mugeres,
Todos, poco mas ó menos,
Son de una misma calaña.
Los chicos gustan de juegos,
De correr y alborotar,

Y poner mazas á perros:
Las muchachas, transformando
En mantellina el moquero,
Van á misa y á visita,
Se dicen mil cumplimientos,
Y en cachivaches de plomo
Hacen comida y refresco.
Luego que son grandecillas
Olvidan tales enredos;
Ni piensan en otra cosa
Que en uno ú otro mozuelo
Que al salir de casa un dia
Las hizo al descuido un gesto.
Señora madre las guarda,
Las refiere mil ejemplos,
Y las hace por la noche
Repasar un libro viejo
En que dice, no sé qué
De pudor y encogimiento.
El padre piensa que tiene
En la doncella un portento
De virtud, y ella entretanto
Piensa en su lindo Don Diego.
Pues no digo nada, el cuyo,
Que anda, que bebe los vientos,
Y pasa noches enteras

Hecho un arrimon eterno,
Aguardando la ocasion
De ver un postigo abierto
Por donde Doña Rosita
Le diga: ce, caballero.
Ella y él por señas piden
Matrimonio presto, presto,
Y en eso nada hay de mal;
¿Mas por qué no lo pidieron
Cuando el uno en la plazuela
Con otros chicos traviesos
Jugaba á la coscojilla,
Y ella en el recibimiento
Con las muchachas de enfrente
Se estaba haciendo muñecos
De trapajos, y les daba
Sopitas de cisco y yeso?
¿Por qué? Porque con los años
Es preciso que mudemos
De inclinaciones, señor:
Y cuando se acerca el tiempo
De que la sangre nos bulle
Y nos pide galanteo,
Los mocitos se aficionan
A las mozas, no hay remedio:
Porque cada cual se arrima

A su cada cual. ¿No es esto?
Y pensar que el genio causa
Esta inclinacion, es cuento:
O es menester confesar
Que todos tienen un genio
Cuando tienen cierta edad.
Yo, señor, en mí lo veo:
Fui muchacho y mozalbete,
Y tuve por aquel tiempo
Las travesurillas propias
De un chiquito y de un mozuelo;
Pero despues se acabó.
¡Ojalá no fuera cierto!
Y no espero, ¿qué esperar?
Ni por asomo lo pienso,
Que ninguna picarilla
Que la rebose en el cuerpo
La robustez y el calor,
Se aficione de mi gesto.
Vamos, eso es disparate;
Y aunque es doloroso el verlo,
Señor Don Roque de Urrutia,
Es preciso conocernos.

D. ROQUE.

Muñoz, calla, calla, calla

Por Dios, y no hablemos de eso,
Que cada palabra tuya
Me parte de medio á medio.

MUÑOZ.

Asi pudiera explicarme
Del modo que lo comprendo.

D. ROQUE.

¿Pues qué mas has de decir?
Mal haya amen.....

MUÑOZ.

El camueso
Que.....

D. ROQUE.

Calla.

MUÑOZ.

Callo y me escurro.

(Hace que se va, y vuelve.)

D. ROQUE.

Vuelve, mira.

MUÑOZ.

Miro y vuelvo.

D. ROQUE.

Hombre, si te he dicho ya
Que tienes razon, que es cierto
Cuanto dices y dirás;
Pero, Muñoz, *¿quid faciendum?*
¿Quieres que me tire á un pozo?
¿Quieres.....

MUÑOZ.

Yo, señor, no quiero
Mas que decir mi sentir
Sin disfraces ni rodeos.

D. ROQUE.

Ya me lo has dicho mil veces,
Y cada vez que te veo
Predicar sobre el asunto
Me degüellas. Lo que quiero
Es que te escondas.

MUÑOZ.

¿En dónde?

D. ROQUE.

Aqui. Vamos, entra presto.
Nadie viene. Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Por el alma de mi abuelo
Que disparate mayor.....

D. ROQUE.

Muñoz, lo dicho: acabemos,
Ó te escondes, ó te vas.

MUÑOZ.

Si.....

D. ROQUE.

Vete, que no te quiero
Volver á ver en mi vida.
Vaya, marcha.

MUÑOZ.

Ya me meto.

D. ROQUE.

Por aqui.

MUÑOZ.

Vamos allá.

(Empieza Muñoz á meterse debajo del canapé.)

D. ROQUE.

Luego que te metas dentro,
Te tiendes de largo á largo,
Y descansas.

MUÑOZ.

Ya lo entiendo.

D. ROQUE.

¿Qué, no cabes?

MUÑOZ.

No lo sé.

D. ROQUE.

¿Cómo?

MUÑOZ.

Que allá lo veremos.

D. ROQUE.

Parece que viene gente.

MUÑOZ.

Esta es otra.

D. ROQUE.

Vaya, lerdo.

MUÑOZ.

Aqui te quiero, escopeta.

(No siéndole posible acabarse de ocultar, trata de salir, y Don Roque le ayuda tirándole de las piernas.)

D. ROQUE.

Que vienen ya.

MUÑOZ.

Si no puedo
Ir adelante ni atrás,
Mas que venga un regimiento.

D. ROQUE.

Pues haz por salir, á ver.

MUÑOZ.

No hay que tirar tan de recio.

D. ROQUE.

Es porque salgas aprisa.

MUÑOZ.

Ya salí.

D. ROQUE.

¡Terrible aprieto!

MUÑOZ.

Mas aprieto ha sido el mio,
Que por poco no reviento.

ESCENA VIII.

DON ROQUE. DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

Si habrá visto; pero no.

DOÑA ISABEL.

¿Me llamábais?

D. ROQUE.

No por cierto.
(*Aparte.* Esta es escusa.) Parece
Que los huéspedes se fueron.

DOÑA ISABEL.

Pienso que sí.

D. ROQUE.

¿Qué me dices
De ese Don Juan? Ves qué atento,
Qué entendido, qué buen mozo.
Quien le conoció chicuelo,
Y ahora le ve. Sin sentir
Nos vamos haciendo viejos.
(*Aparte.* Cómo calla la bribona.)

Y aun me parece que tengo
Especie de haberte visto
Alguna vez, allá en tiempo
De Don Álvaro, en su casa.

DOÑA ISABEL.

Es verdad.

D. ROQUE.

Sí, bien me acuerdo.
¡Qué traviesos érais todos!
¡Qué chillidos y qué estruendo
Andaba en la sala obscura
Por las noches del invierno,
Cuando íbamos á jugar
Al revesino Don Pedro,
Don Andrés y Don Martin
De Urquijo! ¡Qué hombres aquellos!
Aquellos sí que eran hombres.
¿Lloras?

DOÑA ISABEL.

No señor.

D. ROQUE.

Yo veo

Que lloras. Dí la verdad.
¿Qué tienes? Algun misterio
Hay aqui. ¿Dí, por qué lloras?

DOÑA ISABEL.

No lo extrañeis, pues me acuerdo,
Con eso que me decís,
De aquel venturoso tiempo.....

D. ROQUE.

De aquel tiempo cuando os íbais
A retozar.....

DOÑA ISABEL.

No por cierto.

D. ROQUE.

Tú, Don Juan y otras muchachas,
Y el hijo de Don.....

DOÑA ISABEL.

No es eso.

D. ROQUE.

De Don Blas, y en la cocina
No dejábais en su puesto

Ni vasija ni cacharro.
Isabel, aquellos juegos,
Aquellos juegos.....

DOÑA ISABEL.

(*Aparte.* ¡Ay triste!)

ESCENA VIII.

DON ROQUE. DOÑA ISABEL. GINÉS.

D. ROQUE.

¡Hola! (*Aparte.* Recado tenemos,
Y billetico tambien.
Yo he de verle.) ¿Adónde bueno,

(Ginés sacará una esquela en la mano: durante la escena se la da á Don Roque, la lee y se la vuelve á Ginés.)

Señor Ginés?

GINÉS.

A buscar
A mi amo.

D. ROQUE.

(*Aparte.* Ya te entiendo.)
¿Con que al amo?

GINÉS.

Sí señor.

D. ROQUE.

¿Y ese papelillo abierto
Es para el amo tambien?
Dádmele acá.

GINÉS.

Bueno es eso.
Sino es para vos.

D. ROQUE.

No importa.

GINÉS.

Advertid.

D. ROQUE.

Yo nada advierto.
Es empeño el verle ya.

GINÉS.

Ahí le teneis, si es empeño.

DOÑA ISABEL.

(*Aparte.* ¡Qué dirá el papel!)

GINÉS.

(*Aparte.* El hombre
Gasta mucho cumplimiento.)

DOÑA ISABEL.

(*Aparte.* Llena de temor estoy.)

D. ROQUE.

Pues toma: llévale presto,
Que importa.

GINÉS.

Si no está en casa,
Aqui á la puerta le espero.

D. ROQUE.

Harás bien.

GINÉS.

Agur, señores.

D. ROQUE.

A Dios, amigo.

ESCENA IX.

DON ROQUE. DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

En efecto
Se va Don Juan.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo? ¿Adónde?

D. ROQUE.

(*Aparte.* ¿Si será el lloro por esto?)
Hoy mismo se ha de embarcar.
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Yo nada.

D. ROQUE.

El viento
Es propio para salir.
Y me parece muy bueno
Que vaya á América. Alli
Si se da por el comercio,
Hay muy buena proporcion;
Pero, en fin, cuando lo ha hecho,
Él sabrá por qué se va
Y á lo que va; que no es lerdo.
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Nada, señor.

D. ROQUE.

Es un mozo muy atento
Y de bella inclinacion.
Yo he celebrado en extremo

Haberle tenido en casa;
Y aunque ha estado poco tiempo,
He conocido que tiene
Prendas de muy caballero.
¿Qué te parece? ¿Es verdad?

DOÑA ISABEL.

No hay duda, señor; es cierto.

D. ROQUE.

¿Estás triste?

DOÑA ISABEL.

No señor.

D. ROQUE.

¿Qué no te gusta que hablemos
De nuestro huesped?

DOÑA ISABEL.

A mí,
¿Qué se me puede dar de eso?

D. ROQUE.

Dices bien. ¡Hola! ya es tarde.
(Sacando el relox.)

DOÑA ISABEL.

¿Salís otra vez?

D. ROQUE.

Sí, tengo

(Se pone el capote y el sombrero.)

Que hacer mil cosas. Muñoz
Tambien ha de salir luego.
Cuando se vaya, tened
Cuidado si ladra el perro,
Ó si alguien llama. A Dios, chica.

(Aparte al tiempo de irse por la derecha.

Tú caerás en el anzuelo.)

ESCENA X.

DOÑA ISABEL. DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

¿Vienes adentro, Isabel,
Ó te agrada que saquemos
A esta pieza la labor?

DOÑA ISABEL.

¡Ay, Beatriz!

DOÑA BEATRIZ.

Dejemos eso,
Isabelita.

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

Vamos, hermana. ¿Qué es esto?
¿No ha de haber prudencia en ti?
¿Es ese el ofrecimiento
Que me has hecho de olvidarle,
Y siguiendo mi consejo
Despedirle para siempre,
Antes que llegue el extremo
De que lo sepa mi hermano?

DOÑA ISABEL.

Ya lo sabe; ya no es tiempo
De disimular con él.
Mis ojos se lo dijeron,
Mis suspiros.

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues qué ha dicho?

DOÑA ISABEL.

Nada; pero yo, que advierto
En sus palabras y acciones
Mucho artificio y misterio,

He llegado á conocer
Que está resentido, inquieto,
Y zeloso de Don Juan.

DOÑA BEATRIZ.

No lo extraño; y aun por eso
Conviene que se apresure
Su marcha.

DOÑA ISABEL.

Ya la ha resuelto
Él mismo, y ha de embarcarse
Muy pronto, segun entiendo.

DOÑA BEATRIZ.

Eso es lo que debe hacer,
Y á ti te importa en extremo
No verle mas. Los combates
De amor se vencen huyendo.
No le admitas, no le escuches.
Si es noble, si es caballero,
Ha de conocer á cuánto
Le obliga el honor; ni creo
Que permita que mi hermano
Viva de ti descontento:
No querrá verte infeliz.

Si te quiere bien, si es cuerdo,
Si teme á Dios, con dejarte
Dará á tanto mal remedio.

DOÑA ISABEL.

¡Qué bien dices! Tú me das
Valor, tú me das consuelo.
Yo misma, sí, yo sabré,
Dando fin á tanto yerro,
Decirle que me abandone,
Que se vaya, que no quiero
Volver á ver en mi vida
A un hombre que ya aborrezco.

DOÑA BEATRIZ.

¿Le aborreces? ¿Y has de ser
Tú la que le digas eso?
No, Isabel, no te conviene.
Vente conmigo allá adentro,
Y fingiendo que estás mala
A tu retiro daremos
Disculpa, ven.

DOÑA ISABEL.

Ya te sigo.

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL. DON JUAN.

DOÑA ISABEL.

Gente viene; ¿mas qué veo?
Él es: me voy. ¿Qué he de hacer?
¡Triste de mí! No, no quiero
Verle.

D. JUAN.

Isabel.

DOÑA ISABEL.

Si venís
Ó enamorado ó atento
A despediros de mí,
Guarde vuestra vida el cielo,
Y os lleve con bien.

D. JUAN.

Venia.....
A solo decirte vengo.....

DOÑA ISABEL.

Sí, que te vas. Ya lo sé:
Vete, yo te lo aconsejo.

D. JUAN.

¡Ah! que no sabes la pena.....

DOÑA ISABEL.

Sí, ya sé lo que te debo:
Vete, y déjame morir.

D. JUAN.

¡Ay Isabel! ¡para esto
Volví á Cadiz! para ver
Rotos los nudos estrechos,
La union mas apetecida
Que formó el trato y el tiempo.
¡Ay! ¡qué tiempo aquel! ¿Te acuerdas?
¿Te acuerdas?....

DOÑA ISABEL.

Yo desfallezco.

D. JUAN.

Cuando de nuestra fortuna
Tú contenta y yo contento,
Esperábamos de amor
Galardones lisonjeros,
El trato, la inclinacion,
La edad, los alegres juegos,
Los mal fingidos desvíos.....

DOÑA ISABEL.

Don Juan, ¡ay de mí! yo muero.

D. JUAN.

Un suspiro, una palabra
De tu boca, un halagüeño
Mirar, toda mi ambicion
Era, todos mis deseos.
Ya se acabó. Si te quise,
Si en nuestros años primeros
Éramos los dos felices,
Pasó como sombra y sueño.
Ya solo la muerte aguardo.

DOÑA ISABEL.

¡Oh! ¡no lo permita el cielo!
Yo sí, moriré de angustia:
Que no hay valor en el pecho
Para tanto padecer.

D. JUAN.

A Dios: ya no nos veremos
Otra vez. De ti apartado
Buscaré climas diversos.
Isabel, querida mia,
No te olvides del afecto

Que nos tuvimos los dos.
Ya nada de ti pretendo,
Sino que mi fé, mi amor
Viva en tu memoria eterno.
Quiéreme bien, piensa en mí.
Tal vez hallará consuelo
Mi dolor, cuando imagine
Que de la hermosa que pierdo
Alguna lágrima, algun
Tierno suspiro merezco.
¡Mas qué digo! No, Isabel,
Olvida el cariño nuestro,
Ama á tu esposo y no mas:
Ámale, yo te lo ruego,
Y déjame ya partir.

DOÑA ISABEL.

Señor.

D. JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Ni puedo
Hablar, ni sé qué decirte.
¡Ah! ¡si vieras cómo tengo
El corazon!

*

D. JUAN.

¡Ah! si vieras.....
Pero, á Dios, y este postrero
Abrazo confirme.....

(Quiere abrazarla y Doña Isabel se retira.)

DOÑA ISABEL.

Aparta.

D. JUAN.

¿Huyes?

DOÑA ISABEL.

Sí, de ti me alejo:
Que me ofreces mil peligros
En cada vez que te veo.

D. JUAN.

¡Cruel!

DOÑA ISABEL.

¡Ah! Don Juan, ¿qué quieres?
¿Qué quieres de mí? si el cielo
Lo ordena así: ya lo ves.
Nuestro honor lo está pidiendo.....
Mas no te vayas de Cadiz,
Ni me des mayor tormento;
No porque te pierda ausente
Quieras que te llore muerto;
Que á un infeliz mas le sirve

De afliccion que de consuelo,
Buscar provincias remotas
Con tantos mares en medio.
Esta ciudad, patria tuya,
Ofrece muchos objetos,
Y tus penas cederán
A la reflexion y al tiempo.
Baste á infundirte valor
Ver que yo te doy ejemplo,
Que me separo de ti,
Entregada al mas acerbo
Dolor. Sí, que si no fuese
Este amor tan verdadero,
No fuera virtud en mí
Dejarte como te dejo.
Pero es preciso, Don Juan:
Muera yo de sentimiento,
Ausente, desamparada
De mi bien; que alegre muero,
Si á costa de tanta pena
Pura mi opinion conservo.

D. JUAN.

¡Ay querida de mis ojos!
¿Quién te ha dado tal esfuerzo?

DOÑA ISABEL.

¡Oh virtud! ¡oh dolorosa
Virtud!

(Se va por la izquierda, Don Juan por la derecha. Queda sola la escena por un breve espacio.)

ESCENA XII.

MUÑOZ.

Es preciso hacerlo:
Llegó el caso. No hay que darle

(Encaminándose al canapé. Cuando está medio escondido, suena la campanilla á la derecha, y acaba de esconderse.)

Vueltas, no tiene remedio.
¡Ay qué boda! ¡Ay qué Don Juan!
Muñoz, ánimo y á ello.
No, pues ya no he de salir,
Aunque echen la puerta al suelo.

ESCENA XIII.

BLASA. GINÉS.

BLASA.

Ya van, ya van. ¡Hay tal prisa!

(Atravesando el teatro, y vuelve á salir con Ginés.)

GINÉS.

Juzgué que estaba durmiendo.

BLASA.

No, sino que se ha marchado
Sin decir nada allá adentro.
Vaya, que es muy fastidioso
El tal Muñoz.

GINÉS.

Yo no entiendo
Cómo Don Roque le aguanta.

BLASA.

¿Cómo? bien facil es eso.
Porque hace doscientos años
Que está en la casa sirviendo:
Porque es viejo, que los dos
No se llevan mes y medio:
Porque es ruin como su amo:
Porque le ha cogido miedo:
Porque para cualquier cosa
Se vale de su consejo,
Y si Muñoz no lo dice,
No puede haber nada bueno.
Porque le sirve de espía:

Le va con todos los cuentos,
Y cuando sale su amo
Se está en el portal fingiendo
Que duerme ó reza, y no hay cosa
Que él no sepa; viene luego
Don Roque, y el estantigua
Maldito de su escudero
Cé por bé todo lo sopla.

GINÉS.

¡Haya pícaro de viejo!

BLASA.

Rogando estoy á mi ama
Que me saque de este encierro,
Que volvamos otra vez
A nuestra casa, y dejemos
A esos hombres, que parecen
Dos espantajos de un huerto.
Vaya, que los dos.....

GINÉS.

Pues yo,
Blasilla, pronto los dejo.

BLASA.

¿Sí? ¿cómo?

GINÉS.

Como nos vamos
Allá.... ¿Qué sé yo? muy lejos.

BLASA.

¿Y cuándo?

GINÉS.

Hoy mismo, si el aire
No nos pone impedimento.

BLASA.

Dichoso tú: que de hoy mas
No verás á ese estafermo
De Muñoz, ni á mi Don Roque,
Tan regañon y tan terco.

ESCENA XIV.

BLASA. GINÉS. DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

Blasa.

BLASA.

Señora.

DOÑA ISABEL.

Prepara
Mi bastidor.

BLASA.

Voy corriendo. *(Vase.)*

DOÑA ISABEL.

¿En dónde estará tu amo?

GINÉS.

En la playa, mientras vuelvo
Con la caja que quedó
Sobre la mesa allá adentro.

DOÑA ISABEL.

Ve por ella. ¡Ay desdichada!
(Vase Ginés por la izquierda.)
No hay que hacer, se va en efecto.
¿Qué precision puede haber
De cruzar un golfo inmenso,
Que nos ha de separar,
No solo para no vernos,
Sino para no saber
Si mi bien es vivo ó muerto?
(Sale Ginés con una caja cubierta de encerado.)
Esto importa. Ginés, dile
A tu señor que le espero,
Sin falta, al instante, ahora:
Pues no ha nada que salieron

Don Roque y Muñoz. En fin,
Dirásle que á todo riesgo
Venga, que le quiero hablar.

GINÉS.

Voy, señora; pero temo.....

DOÑA ISABEL.

¿Qué?

GINÉS.

Que es ya mala ocasion:
Porque está todo dispuesto,
Y al primer tiro de leva
Saldrán las naves del puerto.

DOÑA ISABEL.

¡Mísera! corre..... ¡ay de mí!

ESCENA XV.

MUÑOZ.

Gracias á Dios que se fueron.

(Saca la cabeza, y sale despues sacudiéndose.)

¡Canallas! si tardo un poco
En salir, pierdo el pellejo.
¡La Blasita! ¡Pues el otro
Bribon! Y cómo me he puesto

De basura..... ¿Si será
Verdad lo del testamento?
¡Qué buena gente hay en casa!
Los demonios del infierno
No son de raza peor:
Don Roque, malo va esto.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA ISABEL. DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

En fin, parece que Dios
Todas las cosas ordena
A favor nuestro. Don Juan,
Conociendo lo que arriesga
En quedarse, va á partir:
La escuadra se hará á la vela
En esta mañana misma.
Ya, Isabel, estoy contenta.
Y no presumas, hermana,
Que tu marido sospecha
De ti: nada ha visto, nada
Puede pensar en tu ofensa.
Con todo su mal humor
Él te quiere; y si te esmeras
En complacerle, verás
Disminuidas tus penas.

DOÑA ISABEL.

Sí, Beatriz, asi lo haré:
Tú mi timidez ahuyentas.
Conozco mi error, conozco
Los peligros que me cercan
Mientras dure una pasion
Que ya reprimir es fuerza.
¡Oh! ¡qué mal hice en llamarle!

DOÑA BEATRIZ.

Todo con el tiempo cesa;
Si bien no es mucho que ahora
Turbada y débil te sientas.
Eres niña, y este golpe
Mucho sentimiento cuesta.

DOÑA ISABEL.

Dígalo quien como yo
Hubiese amado de veras.
(*Aparte en ademan de irse.*
Alguien viene; él es sin duda.)
¿Adónde iré?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te inquieta?
¿Por qué te vas, si es mi hermano?

ESCENA II.

DON ROQUE. DOÑA ISABEL. DOÑA BEATRIZ.

D. ROQUE.

(*Aparte.* ¿Qué entruchadas serán estas
De volver y de tornar?)
¿Dónde está la bata vieja?
¿Cuánto va que no se han puesto
Los pedazos de bayeta
En la espalda?

DOÑA BEATRIZ.

Si dijiste
Ayer que te los pusieran;
No ha habido tiempo de hacerlo.

D. ROQUE.

Idos de aqui.

DOÑA BEATRIZ.

(*Aparte.* Ya nos echa.)
¿Te quedas sin desnudar?

D. ROQUE.

¿Que Don Juan?

DOÑA BEATRIZ.

¿Que si te quedas
Con ese vestido, ó quieres
La bata?

D. ROQUE.

Cuando la quiera
Yo sabré llamar.

DOÑA BEATRIZ.

¿Te ha vuelto
El flato? ¿Quieres que cuezan
Manzanilla?

D. ROQUE.

No señora.

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues, hombre, qué te molesta?

D. ROQUE.

Nada. ¿Qué la importará
Que yo tenga lo que tenga?
¿No he dicho que me dejeis?

(Se quita el sombrero y el capote, los deja sobre el canapé, y acercándose á la puerta de la derecha llama á Muñoz.)

DOÑA BEATRIZ.

Ven, Isabel.

ESCENA III.

DON ROQUE. MUÑOZ.

D. ROQUE.

Muñoz, entra.
¿Con que el recado no es mas.....

MUÑOZ.

¿Ahora salimos con esa?
Sí, señor, no es nada mas
Que lo que dije ahí afuera.

D. ROQUE.

¿Que vaya y diga á su amo
Que venga al punto?

MUÑOZ.

Que venga.

D. ROQUE.

¿Que los dos hemos salido?

MUÑOZ.

Eso mismo.

D. ROQUE.

¿Que le espera
Sin falta, sin falta?

MUÑOZ.

Cierto.

D. ROQUE.

¿Y dices que estaba inquieta,
Y lloraba?

MUÑOZ.

No que no.

D. ROQUE.

¿Y qué otra cosa era aquella
Que me empezaste á decir?

MUÑOZ.

Eran alabanzas vuestras.

D. ROQUE.

¿Con que, en efecto, estantigua
Me llamaron?

MUÑOZ.

Y postema.

D. ROQUE.

¿Y cenacho?

MUÑOZ.

Y viejarron.

D. ROQUE.

¡Habrá mayor insolencia!
¿Con que todas esas flores
Dijo de mí?

MUÑOZ.

Y otras treinta.

D. ROQUE.

¿Y luego le dió el recado?

MUÑOZ.

La del recado no es esa.

D. ROQUE.

Pues Isabel.....

MUÑOZ.

Isabel
No trató de la materia.
Blasilla fue la que dijo

Que Don Roque es un babieca,
Que parece un espantajo,
Que es sordo como una piedra,
Que le corrompe el aliento,
Que tiene hinchadas las piernas,
Que no puede ser casado,
Que.....

D. ROQUE.

Calla, por Dios, no quieras
Que vaya allá, y de un porrazo
La mate. ¡Haya picaruela,
Habladora, embusterona!

MUÑOZ.

Yo no sé si es embustera;
Pero que lo dijo es cierto.

D. ROQUE.

De suerte que ya no queda
En esta casa ninguno
Que mi tormento no sea,
Mi repudricion..... ¡Infame!....
Si estoy por ir y cogerla

(Paseándose inquieto por la escena.)

De los cabellos, y darla
A la pícara tal felpa.....

¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?
Señor, si este mozo intenta
Salir hoy mismo de Cadiz;
Si al fin se marcha y nos deja;
Si yo le he visto en la playa
Aguardando á que viniera
El bote; si se despide
De mí; si el tiempo se acerca
De salir, que de un instante
A otro la señal esperan;
¡San Antonio! ¿para qué
Le habrá mandado que venga?

MUÑOZ.

Con el hijo de mi madre
Pudieran venirse á fiestas.

D. ROQUE.

¿Pues en tal caso qué harias?

MUÑOZ.

Yo sé muy bien lo que hiciera.

D. ROQUE.

Hombre, por San Juan bendito
Te suplico.....

MUÑOZ.

Ya comienza
Otra vez el pordioseo.

D. ROQUE.

Que me digas lo que hicieras
Si fueras Don Roque ahora.

MUÑOZ.

Si fuera Don Roque en esta
Ocasion, no dejaria
Vivir á Muñoz; le diera
Mil quejas á cada instante

(Don Roque se distrae sin atender á lo que Muñoz le dice.)

Porque no huele y acecha:
Le pidiera parecer
Una, cuatro, veinte, treinta
Veces, y..... ¿Qué no me oís?

D. ROQUE.

Mira, Muñoz, la cabeza
La tengo como un tambor:
Vaya, no hay que darle vueltas;
Lo que te he dicho has de hacer.

MUÑOZ.

¿Qué he de hacer?

D. ROQUE.

¿Ya no te acuerdas?

MUÑOZ.

¿De qué, señor?

D. ROQUE.

Es verdad.
Si estoy loco.

MUÑOZ.

¿Quién lo niega?

D. ROQUE.

Ya se ve, si no lo he dicho.
Es el caso que si espera
A Don Juan, quizá él no viene
Porque sabe ó se rezela
Que estoy en casa. Ginés
(Vaya, como si lo viera)
Me habrá atisvado al entrar;
Pero en nuestra diligencia
Consiste. Mira: ya sabes
Dónde las llaves se cuelgan.
¿Conoces la del porton?

MUÑOZ.

¿Cuál, señor?

D. ROQUE.

Aquella vieja.

MUÑOZ.

Sí, ya estoy; la del postigo
Que cae á la callejuela.

D. ROQUE.

Esa misma.

MUÑOZ.

Si ha mil años
Que por alli nadie entra
Ni sale.

D. ROQUE.

No importa nada:
Traeme la llave.

MUÑOZ.

¿Y qué nueva
Invencion?

D. ROQUE.

Ya la sabrás.
Ten cuidado no te sientan.

ESCENA IV.

D. ROQUE.

¡Ay señor! esto va malo,

(Durante la escena se pasea, se sienta, se levanta, manifestando en sus acciones su agitacion.)

Malo, malo. ¡Picaruela!....
¿Si parecerá la llave?
Muñoz dice bien: no es ella
Quien tiene la culpa; yo,
Yo la he tenido..... Si fuera
Decir..... pero sí, enmendarse:
Cuando cumpla los ochenta.
Bien dice Muñoz; mal año
Si dice bien. Él me inquieta
Con sus cosas; pero encaja
Unas verdades tan secas.....
Si yo hubiese consultado
Con él, no me sucediera
Este chasco: no por cierto.
¡Pobre Don Roque, qué buena
La hiciste! ¡Pobre Don Roque!
Pero quizá, si nos deja
Este Don Juan, puede ser
Que lográra..... Dios lo quiera.

ESCENA V.

DON ROQUE. MUÑOZ.

D. ROQUE.

¿Pareció?

MUÑOZ.

Pareció.

D. ROQUE.

¿Y qué?
¿Ninguno te vió cogerla?

MUÑOZ.

Nadie ha visto nada.

D. ROQUE.

¿No?
Pues anda y dila que venga.

MUÑOZ.

¿A quién?

D. ROQUE.

A Blasa.

MUÑOZ.

¿A la niña

Deslenguada y bachillera
Que os trató de podrigorio?
¿Pues qué pretendeis con ella?

D. ROQUE.

Entablar este proyecto,
(Poniéndose el capote.)
Con el cual, si no se yerra,
A los dos he de pillar:
Pondré en claro mis sospechas,
Y entonces me han de pagar,
Juro á tal, la desvergüenza.
Llama á Blasilla.

MUÑOZ.

Ahí parece
Que viene.

D. ROQUE.

Pues salte afuera.

MUÑOZ.

Con tanto preparativo,
Tanto vaya, torne y vuelva,
Se pasa el tiempo; ¿y qué hará?
Lo que hizo Cascaciruelas.

ESCENA VI.

DON ROQUE. BLASA.

D. ROQUE.

Oyes, Blasita.

BLASA.

Señor.

D. ROQUE.

(*Aparte.* Vamos á hacer la deshecha.)
Mira, yo voy á salir:
Si á eso de las doce y media
No he vuelto á casa, es señal
Que me quedo á comer fuera.

BLASA.

¿Fuera, señor?

D. ROQUE.

Sí, porque
Un conocido me espera
Para un asunto, y tal vez
No querrá que á casa vuelva,
Y habré de comer con él.

BLASA.

Vaya, señor, que no os dejan
Parar un punto.

D. ROQUE.

Es preciso
Hacer yo mis diligencias.

BLASA.

Y nosotras encerradas
En esta carcel estrecha;
Si no es á misa, jamas
Damos por ahí una vuelta.

D. ROQUE.

Las mugeres recogidas
Que tienen juicio y vergüenza,
Se estan en casa, y no son
Busconas, ni callejeras.
En casa, en casa.
(*Aparte.* Me voy,
Que ya el enojo me ciega.)

(Se va, olvidándose del sombrero.)

BLASA.

Digo, señor, ¿y el sombrero?
Señor. Sí..... ¡Qué paso lleva!

Señor. ¿Cuánto va que pierde
Este viejo la chaveta?
Ya vuelve. Gracias á Dios.

(Vuelve Don Roque. Blasa le da el sombrero, y él se va.)

Tomad el sombrero.

D. ROQUE.

Venga.

ESCENA VII.

BLASA. MUÑOZ.

BLASA.

¡Qué singular es el hombre!
¿Y que haya muger que quiera,

(Blasa se pasea por el teatro. Cuando sale Muñoz y la ve, quiere retirarse.)

En lo mejor de su edad,
Con una cara de perla,
Dos ojos como luceros,
Y un chiste que á todos prenda,
Enlodazarse en un viejo
Tan carcamal y tan bestia?
¡Guarda Pablo! mejor es
Morir de puro doncella
Que sufrir á un mamarracho

De un maridazo, alma en pena,
Con mas tachas y alifafes
Que el caballo de Gonela.
¿Qué es eso, señor Muñoz?
¿Os meten miedo las hembras?
Si os estorbo.....

MUÑOZ.

Sí me estorbas.

BLASA.

Con que os estorbo. ¿De veras?

MUÑOZ.

No tengo gana de hablar.

BLASA.

¿Con que me iré?

MUÑOZ.

Cuando quieras.

BLASA.

¡Qué ceño! Desde que estoy
En esta casa perversa,
Nunca os he visto reir,
Siempre con mal gesto.

MUÑOZ.

Y ella,
Siempre hablar que te hablarás.

BLASA.

Hago bien, que tengo lengua.

MUÑOZ.

Hace mal.

BLASA.

No, sino bien.

MUÑOZ.

Vaya, no tengamos fiesta.

BLASA.

Quiero hablar.

MUÑOZ.

Calla. (*Amenazándola.*)

BLASA.

Sí quiero
Hablar. ¡Dale! ¡Hay tal cansera!
Fastidiosazo de viejo.

MUÑOZ.

Mira.....

BLASA.

Cara de laceria.

MUÑOZ.

Sí.....

BLASA.

Rodrigon, pitarroso,
Judas: rabia, rabia.

MUÑOZ.

Espera.

ESCENA VIII.

MUÑOZ. DON ROQUE.

MUÑOZ.

¡Picarona! Bien se ve
Que no hay en casa quien tenga
Calzones. ¡Picaronaza,
Atrevida, desenvuelta!
¡A mí! Vaya yo no entiendo
Como he tenido paciencia.
El diablo sabe por qué.

D. ROQUE.

Muñoz, ya estamos de vuelta.

(Sale Don Roque por la puerta del foro, que da salida á la callejuela indicada. Deja el capote y sombrero en el canapé.)

Buena prevencion ha sido
Que pasáras á esta pieza
Para espantarlas de aqui.
Cuando cerrabas la puerta
Ví al canalla de Ginés,
Que estaba de centinela
En esa casa de al lado:
Yo torcí la callejuela,
Fingiendo no haberle visto;
Y él, que me observaba, apenas
Me aparté un poco, marchó,
Sin duda á llevar las nuevas
A Don Juan, ó Don Demonio.

MUÑOZ.

Pero bien, ¿qué se grangea
Con ese embrollo maldito
De vueltas y de revueltas?
Cuidado, que mas parecen
Cosas de chicos que juegan,
Que no de señor mayor.

D. ROQUE.

Mira, Muñoz, esta treta
Es para que si Don Juan,
Como le han dicho que venga,

Por temor de hallarme aqui
Se ha detenido, y espera
Para asegurar el lance
Billete, recado ó seña;
Saliendo yo, desde luego
Su duda se desvanezca,
Y entonces.....

MUÑOZ.

¿Y entonces, qué?

D. ROQUE.

La cosa está ya dispuesta.....
Pero no nos detengamos
En balde, que el tiempo aprieta.
Vete, por Dios, á tu cuarto,

MUÑOZ.

(*Aparte.* Mucha diversion me espera.)

D. ROQUE.

En tanto que yo la traigo
Hácia acá. ¿Pero no es ella?

MUÑOZ.

La misma.

*

ESCENA IX.

DON ROQUE. DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

¿De qué te asustas?

(Al salir Doña Isabel se sorprende de ver allí á D. Roque.)

DOÑA ISABEL.

Presumí que estábais fuera,
Porque Blasa.....

D. ROQUE.

Sí, he salido
A dar por ahí una vuelta,
Y..... ¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Nada.

D. ROQUE.

¿Qué?

DOÑA ISABEL.

Nada, señor.

D. ROQUE.

No se pierda
El tiempo.

(Cierra con llave la puerta de la izquierda.)

DOÑA ISABEL.

Señor, ¿qué haceis?
¡Ay de mí! La llave.....

D. ROQUE.

Deja
La llave: nada te importa
La llave.

DOÑA ISABEL.

¿Pero á qué es esta
Prevencion?

D. ROQUE.

Mira, Isabel,
Yo sé que á Don Juan esperas:
Él va á venir.

DOÑA ISABEL.

Señor.

D. ROQUE.

Calla:
No me grites, que lo echas
A perder. Él va á venir:
Yo me escondo en esa pieza:
Tú, sentada en esta silla,
De modo que yo te vea,

Le has de recibir. Diráslе
Que ni un punto se detenga
En mi casa: que á qué vienen
Todas esas morisquetas
De hacer que se va, y quedarse:
Que en su vida á verte vuelva;
Y que aunque yo no sé nada,
Es muy facil que lo sepa.
Pero á la puerta han llamado.

(Suena la campanilla hácia el lado derecho. D. Roque coloca la silla á la distancia que le conviene. Doña Isabel no quiere sentarse. D. Roque, asiéndola de ambos brazos, la obliga á hacerlo.)

Siéntate, la silla vuelta
Hácia este lado.

DOÑA ISABEL.

Advertid.

D. ROQUE.

Excusadas advertencias.

DOÑA ISABEL.

Mirad, señor, lo que haceis.

D. ROQUE.

Isabelita, ten cuenta

Con lo que te he dicho. Mira
Que si noto alguna seña
O palabra, no podré
Reportarme, aunque mas quiera,
Y tendremos que sentir.

DOÑA ISABEL.

¡Ay infeliz! ¡qué funesta
Situacion! Pero, es posible.....

D. ROQUE.

Presto: vamos, que ya llega.

DOÑA ISABEL.

Escuchadme.

D. ROQUE.

Lo que he dicho
Harás. Cuidado con ella.

(Amenazándola. Recoge el capote y el sombrero y se vá á su despacho; dejando un poco entreabierta la puerta para observar desde adentro lo que suceda.)

ESCENA X.

DOÑA ISABEL. DON JUAN.

DOÑA ISABEL.

¡Ay! ¡desgraciada de mí!
¡Ay qué angustia! ¡Quién pudiera
Avisarle! No hay remedio.

D. JUAN.

¿En fin, Isabel, ordenas
Que volviendo á verte ahora
Nuevo tormento padezca?
¿A qué fin, Isabel mia,
Me detienes, si no espera
Alivio nuestro dolor?
¿Pero qué pesar te aqueja?
¿Qué tienes? Enjuga, hermosa,
Esas lágrimas: en ellas
Harto me dices, no ignoro
De tus ojos la elocuencia.
Ya sé, mi bien, ya sé cuanto
Esta partida te cuesta;
Pero.....

DOÑA ISABEL.

¿Don Juan, qué decís?

¿Qué decís? Idos, no sea
Que mi esposo.....

D. JUAN.

No rezeles,
Que no está en casa. No temas.
Y Ginés quedó advertido
De avisarme cuando venga.

DOÑA ISABEL.

En cualquiera ocasion debo
Serle fiel. Ved que si llega
A saber vuestra porfia.....

D. JUAN.

¡Cielos! ¿qué mudanza es esta?
¿Qué lenguage, que no entiendo?
Isabel, haz que yo sepa
Estos enigmas, que el alma
Tengo de tu voz suspensa.
Tú me llamaste, y ahora.....

DOÑA ISABEL.

¿Yo os llamé?

D. JUAN.

¿Qué, me lo niegas?

¿Me lo niegas? ¡Ah cruel!
Pues.....

DOÑA ISABEL.

Callad.

D. JUAN.

Tú harás que pierda
El sentido, ingrata. ¿Cómo
Cupo en ti tanta fiereza?

DOÑA ISABEL.

Ignoro lo que decís.

D. JUAN.

¿Lo ignoras? Pero no quieras
Apurar mi sufrimiento,
Isabel, de esa manera.

DOÑA ISABEL.

Ya he dicho que os vais. Hacedlo:
No por vos, señor, padezca
Mi decoro.

D. JUAN.

¡Ah fementida
Muger! ¡Que asi mi firmeza
Pagas! ¿Para esto quisiste

Que viniese? Para esa
Nueva traicion, que tenias
Contra mi vida dispuesta?
Si ya me aparté de ti,
Si ya mi fuga resuelta
Pensaba no verte mas,
¿A qué me dices que vuelva?
¡Pérfida!

DOÑA ISABEL.

Mirad, señor,
Lo que decís: pues si llega
Vuestra ceguedad á tanto
Que alguno de casa os sienta.....
Mi esposo.....

D. JUAN.

Sí, ya lo sé.
¿Le has dicho ya que no tema:
Que el amor que me juraste
Fue mentirosa apariencia?
Pero, aleve, ¿qué disculpa
Me das? ¿Ninguna te queda?
Callas, infiel, porque sabes
Que callando me atormentas.
¿Y yo me detengo? A Dios.
Voy á morir: nada anhela

Tu amante, sino acabar
La vida que ya detesta;
Ni seré tan infeliz
Que cuando aspiro á perderla,
No lo consiga al impulso
De tempestades deshechas.
Así pudiera olvidar
Mi error pasado y mi pena,
Tus alevosos cariños.....
¡Ah! ¿qué digo? No. Perezcan,
Perezcan..... Yo las creí
Alivio de mis tristezas.....

(Saca unas cartas y las rasga. Doña Isabel se levanta queriendo, en vano, contenerle.)

Tuyas son. ¡Traidoras cartas!
Míralas: tuya es la letra.....
No quede memoria alguna.....

DOÑA ISABEL.

¿Qué haceis? ¡Ay de mí!

D. JUAN.

No, deja,
Déjame.

DOÑA ISABEL.

¡Cielos! Señor.....



J. Ribelles lo inv. — *A. Blanco lo lit.*

D. JUAN.

No las quiero, no. Me acuerdan
Tus engaños.

DOÑA ISABEL.

¡Infeliz!
¿Qué nueva desdicha es esta?
Idos, señor.

D. JUAN.

Sí, cruel.

DOÑA ISABEL.

¡Pobre de mí! Yo voy muerta.

(Tuerce la llave de la puerta del lado izquierdo, y se va.)

ESCENA XI.

DON ROQUE.

Mejor será. Sí, es mejor.

(Sale apresuradamente de su despacho con capote y sombrero.)

Hasta que embarcar le vea.....
Vamos allá, no se escurra
Y tengamos otra fiesta.
¡La Isabelita y su alma!
Esta es echadiza.

ESCENA XII.

DON ROQUE. DOÑA BEATRIZ. DOÑA ISABEL.

DOÑA BEATRIZ.

Espera.

D. ROQUE.

Voy de prisa.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ha ocurrido,
Hermano? que en esa pieza
He visto á Isabel llorosa,
Angustiada, descompuesta.....
La pregunto y no responde;
Solo suspirando alienta.....
¿Qué ha habido aqui?

D. ROQUE.

Lo mejor
Es preguntárselo á ella,
Que yo no estoy para echar
Relaciones de comedia.

(Vase al tiempo que Doña Isabel sale por la parte opuesta. El diálogo indica la accion y movimiento de los personages.

DOÑA ISABEL.

Beatriz, hermana. ¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto, Isabel, que llena
De dudas me tienes?

DOÑA ISABEL.

Esto
Es sufrir penas acerbas;
Esto es nacer desdichada.
¿Qué haremos? Llama. No, deja,
Es mejor que..... Yo no sé.
No estoy en mí.

DOÑA BEATRIZ.

Escucha, espera.
¿Adónde vas?

DOÑA ISABEL.

A evitar
Que le mate.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién? Sosiega
El temor.

DOÑA ISABEL.

¿Pues no ha salido

Detras de él? No me detengas:
Déjame que vaya.....

DOÑA BEATRIZ.

¿A qué?

DOÑA ISABEL.

A morir, pues ya no queda
Otro remedio, Beatriz;
Ni hay muger á quien suceda
Igual desgracia. Don Juan
Vino.....

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Sí. En esa
Pieza se ocultó tu hermano.
Todo lo ha visto. Él se aleja
Culpando mi ingratitud.
¡Ay Beatriz! ni se me acuerda
Lo que le dige, ni supe,
Ni era facil que advirtiera.....
¡Mísera! ¿qué pude hacer?

DOÑA BEATRIZ.

¿En fin, Isabel, te deja?
Pues si en él se va el peligro,
No así desmayes, ni cedas
Tan pronto á la desventura
Que acaso tú propia aumentas
Con tu temor.

DOÑA ISABEL.

Es verdad.
¿Pero ¡ay de mí! cuando vuelva
Qué le diré? ¿Quién podrá
Reducirle á que me crea?
Si está airado contra mí
Y confirmó su sospecha
Este acaso, no es posible
Que á mis razones atienda.
¡Infeliz! ¿Y vivo, y vivo?
¿Cómo hay en mí resistencia?

DOÑA BEATRIZ.

No á la desesperacion
Te entregues de esa manera;
Y piérdase todo, como
La esperanza no se pierda.
Ven adentro: que no es bien

Exponerse á que te vea
Mi hermano al volver.

DOÑA ISABEL.

Bien dices.
Vamos..... El tiro de leva.

(Al encaminarse las dos hácia el lado izquierdo se oye á lo lejos un cañonazo. Doña Isabel cae desmayada en una silla.)

Ya se va, Beatriz. ¡Dios mio!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te da, hermana? No alienta.
Isabel..... ¡Válgame Dios!
No vuelve. Si llamo, es fuerza
Que esto se publique..... Blasa.
Estas resultas esperan
Tales casamientos. Blasa.
Será preciso que venga.
Pero ya vuelve. Isabel.

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué sientes? Prueba
Si te puedes sostener,
Iré por agua.

DOÑA ISABEL.

No, espera,
No te vayas.

DOÑA BEATRIZ.

No me iré.
Apóyate en mí.

DOÑA ISABEL.

¡Qué pena!

DOÑA BEATRIZ.

Llora, suspira: que ahora
Nadie nos ve.

DOÑA ISABEL.

¡Qué funesta
Venida!

DOÑA BEATRIZ.

Isabel, por Dios.....
¿Otra vez de eso te acuerdas?

DOÑA ISABEL.

Ya se fue, ya se acabó
El afan.

DOÑA BEATRIZ.

¡Que asi te quieras

*

Atormentar!

DOÑA ISABEL.

Ya se fue.
¡Triste de la que se queda!
No volveremos á vernos
Jamas. ¿Quién me lo digera?
Mucho le quise, Beatriz,
Mucho le quise.

DOÑA BEATRIZ.

Si empiezas
De nuevo con esas cosas,
Te abandono.

DOÑA ISABEL.

¡Ay! ¿tú me dejas?

DOÑA BEATRIZ.

No: descansa.

DOÑA ISABEL.

En fin se va,
Creyendo que le desprecia
Su amada, que le aborrece.....
¡Ah! no es verdad, no lo creas.
Te quiero, mi bien, te adoro;

No dudes de mi firmeza:
Primero y último amor
Es el que en mi pecho alberga.
Soy infeliz, no mudable.
Digna fue de tus finezas
Isabel: ¡ay! la vida
La ha de costar esta ausencia.

DOÑA BEATRIZ.

Hermana, ven. Me parece

(Mirando á la puerta de la derecha. Doña Isabel se levanta llena de agitacion.)

Que ha entrado. No te detengas.

DOÑA ISABEL.

¡Desgraciada! ¿Adonde, adonde
Iremos que no me vea?
¿Cómo evitaré su enojo?
Helado temor me cerca.
¡Si viene, mísera yo!

DOÑA BEATRIZ.

Vamos, Isabel.

DOÑA ISABEL.

Si fuera

Posible..... Pero ¿qué digo?
Esta es ya mucha bajeza,
Mucho abatimiento es este:
Aqui le espero resuelta.
A quien todo lo ha perdido,
¿Qué peligro le amedrenta?
Quita: ya no voy contigo:
Aqui le aguardo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué intentas?

ESCENA XIII.

DOÑA ISABEL. DOÑA BEATRIZ. DON ROQUE. MUÑOZ.

MUÑOZ.

Pero yo ¿qué le he de hacer?

D. ROQUE.

Es que quiero que las veas,
A ver por donde la toman.

MUÑOZ.

Si la cosa está ya hecha,
¿Qué diablos han de decir?
¿Ni qué importa.....

D. ROQUE.

Buena pieza.
Ya se fue Don Juan: cumplió
Por último su promesa.
Vaya bendito de Dios.
Ello es regular que tengas,
Ayudada de mi hermana,
Tu amiga y tu consejera,
Buena porcion de mentiras
Y de embolismos dispuesta
Para el caso; pero ya
Conozco todas sus tretas,
Y las tuyas. Sí por cierto,
Me ha enseñado la experiencia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué quieres decir con eso?

D. ROQUE.

¡Eh! ¿no lo dije? Ya empieza.
Pero hablemos de una vez.
Ya has visto que no te queda
Disculpa alguna: ya has visto
Que lo sé todo, y que es fuerza,
No siendo yo ningun tonto,
Que esto me enfade y me duela.
Es regular.

DOÑA ISABEL.

Sí, señor:
Bien decís. Vuestra sospecha
Es justa, no he de negarlo;
Pero sabed.....

D. ROQUE.

¡Bueno fuera
Que lo negáras!

MUÑOZ.

Pues digo,
Que se morderá la lengua.

DOÑA ISABEL.

Sabed que yo desgraciada,
Oprimida, con violencia
Os dí la mano de esposa.
No hay remedio, ya soy vuestra.
Pero Don Juan..... Sí, señor,
Le quise, fue verdadera
Nuestra pasion.

DOÑA BEATRIZ.

¿Isabel,
Qué es lo que dices?

DOÑA ISABEL.

No fuera
Justo engañaros: le amé.
Así lo quiso mi estrella.
Él igualmente..... Dejad,
Dejadme, señor, que vierta
Estas lágrimas: que todo
Lo que callo dicen ellas.
En fin, engañado vos,
Yo sin tener quien volviera
Por mí, fui víctima triste
De la avaricia perversa
De mi tutor.

D. ROQUE.

¿Digo, y cómo
Entonces que conviniera
Hablarnos á todos claro,
Callaste como una muerta?

DOÑA ISABEL.

¡Ah, señor! con tantos años
¿Aun no teneis experiencia
De lo que es una muchacha?
¿No sabeis que nos enseñan
A obedecer ciegamente,

Y á que el semblante desmienta
Lo que sufre el corazon?
Cuidadosamente observan
Nuestros pasos, y llamando
Al disimulo modestia,
Padece el alma, y..... No importa:
Con tal que calle, padezca.
El respeto, la amenaza,
La edad inocente y tierna,
La timidez natural,
Las siempre falsas ó inciertas
Noticias del mundo..... ¡Ay triste!
No soy yo sola: no es esta
La primera vez que supo
La autoridad indiscreta
Oprimir la voluntad.

D. ROQUE.

Muy bien. ¿Y toda esa arenga
Qué quiere decir?

DOÑA BEATRIZ.

¿Tan necio
Serás, que no lo comprendas?
Quiere decir: que si acaso
Estás airado con ella

Por lo que viste, ya han hecho
Cuanto apetecer pudieras
Separándose los dos.
¿Qué mas disculpa deseas?
Ya no hay motivos de enojo.

D. ROQUE.

Cierto: es una friolera:
No ha habido nada: no importa
Nada: no vale la pena.
¿Es verdad? Lo que yo he visto
No ha sido nada: ¡eh! ¡Parlera
De Satanás!

DOÑA ISABEL.

Ya os he dicho
Que le he querido, y que fuera
Mentir negároslo; pero
El cielo ve mi inocencia.
Él sabe que en tal peligro
Logré con débiles fuerzas,
Si no vencer mi pasion,
Evitar efectos de ella.
Le llamé para decirle
Que en su patria se estuviera,
Donde parientes y amigos

Aliviáran sus tristezas;
Rezelando que si ahora
Desesperado se ausenta,
Su mismo pesar le mate.
¡Cuántos peligros le cercan!
Pero no, no se malogren
Los instantes. Ya deshecha
Esta amistad, acabada
La causa de vuestra queja,
Vos satisfecho quedais;
Yo triste, asombrada, llena
De dolor. ¡Ah! Ya se fue:
Ya se logró vuestra idea,
Se logró..... Pero ¡qué golpe
Tan terrible! ¡qué violenta
Separacion! Mucho vale
La virtud, pues tanto cuesta.
En fin, señor, por vos solo,
Por una pasion tan necia
Y una aborrecida union,
De vuestra edad tan agena,
Yo perdí mi libertad,
Y él á la muerte se acerca.
Pero este esfuerzo cruel
Algun galardon espera:
Sí, que tanto sacrificio

Bien merece recompensa.
Ya está resuelto. Apartada
De vos, en la mas estrecha
Clausura vivir intento;
Si es vida la que me resta.
Allí.....

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué has dicho, Isabel?

D. ROQUE.

¿Muger, qué clausura es esa?
¿Qué? No señor, en mi casa
La tendrás. ¡Pues era buena
La invencion!

DOÑA BEATRIZ.

Hermana.

DOÑA ISABEL.

No.
Ya lo he pensado, y no queda
Otro arbitrio. ¿Cómo quieres
Que mi trato no le ofenda?
Lleno de desconfianzas
Vivirá: por mas que quiera
Tranquilizarle, jamas

Faltarán zelos y quejas.
Cada accion será un delito,
Cada palabra una prueba
Contra mí: su edad, su genio.....
No es posible que convengan,
Para vivir en quietud,
Circunstancias tan opuestas.
Es preciso separarnos.
En tu casa, mientras llega
A efecto, estaré contigo.
Vos, señor, haced que sea,
Si fuere posible, hoy mismo.
Yo os lo suplico: si queda
Alguna reliquia en vos
De aquella aficion funesta
Que me habeis tenido.

D. ROQUE.

Vamos:
No hablemos de esa materia.
Yo me olvidaré de todo,
Y.....

DOÑA ISABEL.

No, no señor, es fuerza
Que esta merced me otorgueis.

D. ROQUE.

Tú, Beatriz, tendrás con ella

Mas autoridad; por Dios
Persuádela.

DOÑA BEATRIZ.

Ya no es esta
Ocasion, ni hallarse pueden
Razones que la contengan.
Basta que no te ofendió,
Basta que elegir pretenda
El medio de no ofenderte
Jamas; y pues limpio queda
Tu honor, déjala vivir
En donde no te aborrezca.

D. ROQUE.

¿Con que yo me he de quedar
Sin muger por una tema?
¿Con que yo tengo la culpa?
Isabel.

DOÑA ISABEL.

Estoy resuelta.
Hacedlo. A vuestra opinion
Importa que no se extienda
El caso por la ciudad:
El sigilo y la presteza
Convienen.

D. ROQUE.

Teneis razon:
Matadme, ya nada resta
Sino morirme de rabia.

DOÑA ISABEL.

No, vivid, señor; y sea
Con mucha felicidad,
Que yo habitaré contenta
En la soledad que abrazo,
Porque asegurada en ella
Tengamos quietud los dos.
Vamos, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

No difieras
Un instante lo que pide.

D. ROQUE.

¡Muñoz!

MUÑOZ.

Otra moledera.

D. ROQUE.

Pero bien, Muñoz, ¿qué dices?
Hombre, por Dios.

MUÑOZ.

Si entendiera
Que pudiese haber quietud
Sin encierro, torno y verjas,
No os aconsejára tal;
Pero si es tan manifiesta
La dificultad, que nadie
Habrá que no la comprenda;
Si es preciso. Aunque ella fuese
Una Santa Dorotea.
Vamos, eso es tan palpable
Que no merece la pena
De gastar tiempo. ¿Se va?
Muy bien pensado. ¿Se encierra?
Lindamente. A vos os quita
Quebraderos de cabeza,
Y ella en no viendo jamas
Esa cara, está contenta:
Con que, abreviarlo y agur.

D. ROQUE.

¿Con que ello ha de ser por fuerza?
Isabel.

(Don Roque quiere detenerla. Doña Isabel, al acercarse á la puerta, le dirige las últimas palabras con entereza y resolucion.)

DOÑA ISABEL.

No, no os escucho.

D. ROQUE.

¿Pero es posible que quieras?....

DOÑA ISABEL.

No me sigais: apartad,
Que en vos se me representa
Un tirano aborrecido.
Lejos de vuestra presencia
Podré vivir; pero ved,
Que si un error os empeña
En obligarme á ceder,
No bastará la prudencia,
Y es temible una muger
Desesperada y resuelta. *(Vase.)*

DOÑA BEATRIZ.

Ya lo has visto: no la apures.

D. ROQUE.

Haré todo lo que quiera.
Dejadme vivir en paz,
Dejadme..... y Dios la haga buena.

DOÑA BEATRIZ.

Pero.....

D. ROQUE.

Sí, mañana mismo
Haremos la diligencia,
Mañana..... Y que me perdone,
Que yo la perdono á ella.

ESCENA XIV.

DON ROQUE. MUÑOZ.

D. ROQUE.

¡Válgame Dios qué muchacha!
(Se pasea por la escena, con ademanes del mayor sentimiento.)
¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

No creyera.....

D. ROQUE.

Calla, que en cuanto me digas
Tendrás razon; pero deja
Que reniegue de mí mismo:
Pues yo, por mi ligereza,
He sido causa de todo.
Ya lo pago, y aunque sea

Tarde, reconozco ahora
Que no son edades estas
Para pensar en casorios.

MUÑOZ.

Si muchos lo conocieran.....
Pero sí..... Cuanto mas viejos,
Mas niños y mas troneras.

LA COMEDIA NUEVA.

COMEDIA.

Non ego ventosæ plebis suffragia venor.

HORAT. EPIST. 19. LIB. I.

ADVERTENCIA.

"Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro (dice el prólogo de su primera edicion); pero ni en los personages ni en las alusiones se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquiera copia, para que por ella pueda indicarse el original. Procuró el autor, asi en la formacion de la fábula como en la eleccion de los caracteres, imitar la naturaleza en lo universal, formando de muchos un solo individuo."

En el prólogo que precede á la edicion de Parma se dice: "De muchos escritores ignorantes que abastecen nuestra escena de comedias desatinadas, de sainetes groseros, de tonadillas necias y escandalosas, formó un don Eleuterio: de muchas mugeres sabidillas y fastidiosas, una doña Agustina: de muchos pedantes erizados, locuaces, presumidos de saberlo todo, un don Hermógenes: de muchas farsas monstruosas, llenas de disertaciones morales, soliloquios furiosos, hambre calagurritana, revista de egércitos, batallas, tempestades, bombazos y humo, formó *El gran cerco de Viena;* pero ni aquellos personages, ni esta pieza existen."

Don Eleuterio es en efecto el compendio de todos los malos poetas dramáticos que escribian en aquella época, y la comedia de que se le supone autor, un monstruo imaginario, compuesto de todas las extravagancias que se representaban entonces en los teatros de Madrid. Si en esta obra se hubiesen ridiculizado los desaciertos de Cañizares, Añorbe ó Zamora, inútil ocupacion hubiera sido censurar á quien ya no podia enmendarse, ni defenderse.

Las circunstancias de tiempo y lugar, que tanto abundan

en esta pieza, deben ya necesariamente hacerla perder una parte del aprecio público, por haber desaparecido ó alteráose los originales que imitó; pero el transcurso mismo del tiempo la hará mas estimable á los que apetezcan adquirir conocimiento del estado en que se hallaba nuestra dramática en los veinte años últimos del siglo anterior. Llegará sin duda la época en que desaparezca de la escena (que en el género cómico solo sufre la pintura de los vicios y errores vigentes); pero será un monumento de historia literaria, único en su género, y no indigno tal vez de la estimacion de los doctos.

Luego que el autor se la leyó á la compañía de Ribera, que la debia representar, empezaron á conmoverse los apasionados de la compañía de Martinez. Cómicos, músicos, poetas, todos hicieron causa comun; creyendo que de la representacion de ella resultaria su total descrédito y la ruina de sus intereses. Digeron que era un sainete largo, un diálogo insulso, una sátira, un libelo infamatorio; y bajo este concepto se hicieron reclamaciones enérgicas al gobierno para que no permitiera su publicacion. Intervino en su examen la autoridad del Presidente del consejo, la del Corregidor de Madrid y la del Vicario eclesiástico: sufrió cinco censuras, y resultó de todas ellas que no era un libelo, sino una comedia escrita con arte, capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro. Los cómicos la estudiaron con esmero particular, y se acercaba el dia de hacerla. Los que habian dicho antes que era un diálogo insípido, temiendo que tal vez no le pareciese al público tan mal como á ellos, trataron de juntarse en gran número, y acabar con ella en su primera representacion, la cual se verificó en el teatro del Príncipe, el dia 7 de febrero de 1792.

El concurso la oia con atencion, solo interrumpida por sus mismos aplausos: los que habian de silbarla no hallaban

la ocasion de empezar, y su desesperacion llegó al extremo, cuando creyeron ver su retrato en la pintura que hace don Serapio de la ignorante plebe que en aquel tiempo favorecia ó desacreditaba el mérito de las piezas y de los actores, y tiranizando el teatro, concedia su proteccion á quien mas se esmeraba en solicitarla por los medios que alli se indican. El patio recibió la leccion áspera que se le daba con toda la indignacion que era de temer en quien iba tan mal dispuesto á recibirla: lo restante del auditorio logró imponer silencio á aquella irritada muchedumbre, y los cómicos siguieron mas animados desde entonces, y con mas seguridad del éxito. Al exclamar don Eleuterio en la escena VII del acto II: *¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?* supo decirlo el actor que desempeñaba este papel con expresion tan oportunamente equívoca, que la mayor parte del concurso (aplicando aquellas palabras á lo que estaba sucediendo) interrumpió con aplausos la representacion. La turba de los conjurados perdió la esperanza y el ánimo, y el general aprecio que obtuvo en aquel dia esta comedia, no pudo ser mas conforme á los deseos del autor.

Manuel Torres sabresalió en el papel de don Pedro, dándole toda la nobleza y expresion que pide: Juana García, en el de doña Mariquita, mereció general estimacion, nada dejó que desear, y dió á las tareas de los artífices asunto digno: Polonia Rochel representó con acierto la presuncion necia de doña Agustina: el excelente actor Mariano Querol pintó en don Hermógenes un completo pedante, escogido entre los muchos que pudo imitar. Manuel García Parra excitó el entusiasmo del público en su papel de don Eleuterio: la voz, el gesto, los ademanes, el trage, todo fue tan acomodado al caracter que representó, que parecia en él naturaleza lo que era estudio.

PERSONAS.

—

DON ELEUTERIO.
DOÑA AGUSTINA.
DOÑA MARIQUITA.
DON HERMÓGENES.
DON PEDRO.
DON ANTONIO.
DON SERAPIO.
PIPÍ.

La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café: en el foro una puerta con escalera á la habitacion principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

La accion empieza á las cuatro de la tarde, y acaba á las seis.

LA COMEDIA NUEVA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON ANTONIO. PIPÍ.

(Don Antonio sentado junto á una mesa: Pipí paseándose.)

D. ANTONIO.

PARECE que se hunde el techo, Pipí.

PIPÍ.

Señor.

D. ANTONIO.

¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

PIPÍ.

No señor: poetas.

D. ANTONIO.

¿Cómo poetas?

PIPÍ.

Sí señor: ¡asi lo fuera yo! ¡No es cosa! Y

han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino, ¡uh!

D. ANTONIO.

¿Y con qué motivo se hace esa francachela?

PIPÍ.

Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

D. ANTONIO.

¿Con que han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

PIPÍ.

¿Pues qué, no lo sabia usted?

D. ANTONIO.

No por cierto.

PIPÍ.

Pues ahí está el anuncio en el diario.

D. ANTONIO.

En efecto, aqui está. *(Leyendo en el diario, que está sobre la mesa.)* COMEDIA NUEVA INTITULADA: EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. Si son el

diantre. ¡Ay, amigo Pipí, cuánto mas vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPÍ.

Pues mire usted, la verdad, yo me alegrára de saber hacer, así, alguna cosa.....

D. ANTONIO.

¿Cómo?

PIPÍ.

Así, de versos..... ¡Me gustan tanto los versos!

D. ANTONIO.

¡Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy dia son tan pocos los que saben hacerlos: tan pocos, tan pocos.

PIPÍ.

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios, cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mugeres.

D. ANTONIO.

¡Oiga! ¿tambien las señoras decian coplillas?

PIPÍ.

¡Vaya! Alli hay una Doña Agustina, que es

muger del autor de la comedia..... ¡Qué! si usted viera..... Unas décimas componia de repente..... No es asi la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel Don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

D. ANTONIO.

¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedanton!

PIPÍ.

Pues con ese se ha estado jugando, y cuando la decian: Mariquita, una copla, vaya una copla, se hacia la vergonzosa; y por mas que la estuvieron azuzando á ver si rompia, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar porque decia que no encontraba el consonante; pero Doña Agustina, su cuñada..... ¡Oh! aquella sí. Mire usted lo que es..... Ya se ve, en teniendo vena.

D. ANTONIO.

Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ.

¡Oh! ese es Don Serapio.

D. ANTONIO.

¿Pero qué es: qué ocupacion tiene?

PIPÍ.

Él es. . . . . Mire usted, á él le llaman Don Serapio.

D. ANTONIO.

¡Ah! sí. Ese es aquel bulle bulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los dias á saber quién dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente, y las partes de por medio.

PIPÍ.

Ese mismo. ¡Oh! ese es de los apasionados finos. Aqui se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oirle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesus: se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales: Don Serapio los introduce aqui y acullá hasta que da la una, se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

D. ANTONIO.

¿Y ese Don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPÍ.

¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto

el casamiento de Doña Mariquita, la hermana del poeta, con Don Hermógenes.

D. ANTONIO.

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPÍ.

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto, ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresion, les pondrá la casa y pagará las deudas de Don Hermógenes, que parece que son bastantes.

D. ANTONIO.

Sí serán. ¡Cáspita si serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

PIPÍ.

Entonces ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No señor. Si dice Don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

D. ANTONIO.

¡Ah! pues si Don Serapio lo dice no hay que

temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si Don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena, y cuál deja de serlo.

PIPÍ.

Eso digo yo; pero á veces..... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponch, y empezaron á hablar de comedias: ¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que decian. Para ellos no habia nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuánto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral y.... Deje usted: las..... ¿Si me acordaré? Las..... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decian? Las..... las reglas..... ¿Qué son las reglas?

D. ANTONIO.

Hombre: dificil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extrangeros, particularmente los franceses.

PIPÍ.

Pues, ya decia yo: esto no es cosa de mi tierra.

D. ANTONIO.

Sí tal: aqui tambien se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta) las que se han compuesto.

PIPÍ.

Pues ya se ve: mire usted, ¡reglas! No faltaba mas. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

D. ANTONIO.

¡Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPÍ.

Y las demas que van saliendo cada dia tampoco las tendrán: ¿no es verdad usted?

D. ANTONIO.

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastáran reglas. No señor.

PIPÍ.

Bien: me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá usted cuántas escribe el bueno de Don Eleuterio. Porque, lo que él dice,

si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entonces..... ¡ya se ve! mire usted si con un buen situado podia él.....

D. ANTONIO.

Cierto. (*Aparte.* ¡Qué simplicidad!)

PIPÍ.

Entonces escribiria. ¡Qué! todos los meses sacaria dos ó tres comedias..... Como es tan hábil.

D. ANTONIO.

¿Con que es muy hábil, eh?

PIPÍ.

¡Toma! poquito le quiere el segundo Barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros, y ya se ve, como ellos lo pagan. En diciendo: no nos ha gustado, ó asi, andar ¡qué diantres! Y luego como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire usted si ellos..... ¿No es verdad?

D. ANTONIO.

Pues ya.

PIPÍ.

Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

D. ANTONIO.

¿Con que es la primera?

PIPÍ.

La primera. Si es mozo todavía. Yo me acuerdo..... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como despues se hizo page, y el amo se le murió á lo mejor, y él se habia casado de secreto con la doncella, y tenia ya dos criaturas, y despues le han nacido otras dos ó tres; viéndose él asi, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

D. ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPÍ.

Pues ya se ve: lo que él dice, si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y asi ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II.

DON PEDRO. DON ANTONIO. PIPÍ.

D. PEDRO.

Café.

(Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de Don Antonio: Pipí le servirá el café.

PIPÍ.

Al instante.

D. ANTONIO.

No me ha visto.

PIPÍ.

¿Con leche?

D. PEDRO.

No. Basta.

PIPÍ.

¿Quién es este?

(Al retirarse, despues de haber servido el café á Don Pedro.)

D. ANTONIO.

Este es Don Pedro de Aguilar: hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingénuo, tan sério y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPÍ.

Le veo venir aqui algunas veces; pero nunca habla, siempre está de mal humor.

ESCENA III.

DON SERAPIO. DON ELEUTERIO. DON PEDRO. DON ANTONIO. PIPÍ.

D. SERAPIO.

¡Pero, hombre, dejarnos asi!

(Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.)

D. ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á usted ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

D. SERAPIO.

¿Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aun no estan hechas ni letra ni música?

D. ELEUTERIO.

Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Despues unas cuantas coplillas del mer-

cader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal: cuatro equivoquillos, &c., y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas: se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

D. SERAPIO.

¡El diantre es usted, hombre! todo se lo halla hecho.

D. ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo: falta muy poco. Súbase usted.

(Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro: saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.)

D. SERAPIO.

Voy allá; pero.....

D. ELEUTERIO.

Sí, sí, váyase usted; y si quieren mas licor, que lo suba el mozo.

D. SERAPIO.

Sí, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos mas. Pipí.

PIPÍ.

Señor.

D. SERAPIO.

Palabra.

(Don Serapio habla en secreto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro: Pipí toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.)

D. ANTONIO.

¿Cómo va, amigo Don Pedro?

(Don Antonio se sienta cerca de Don Pedro.)

D. PEDRO.

¡Oh, señor Don Antonio! No habia reparado en usted. Va bien.

D. ANTONIO.

¿Usted á estas horas por aqui? Se me hace extraño.

D. PEDRO.

En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer. Dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

D. ANTONIO.

Pues: con ese genio tan raro que usted tie-

ne, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la corte.

D. PEDRO.

No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas: alterno los placeres con el estudio: tengo pocos, pero buenos amigos, y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular, y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

D. ANTONIO.

Sí; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace usted?

D. PEDRO.

Callo.

D. ANTONIO.

¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

D. PEDRO.

Me voy.

D. ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces.....

D. PEDRO.

Entonces digo la verdad.

D. ANTONIO.

Aqui mismo he oido hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instruccion y su probidad; pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

D. PEDRO.

¿Y por qué? Porque no vengo á predicar al café. Porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana. Porque no disputo, ni ostento erudicion ridícula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aqui á perder el dia, y á excitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aqui de que en un café jamas debe hablar en público el que sea prudente.

D. ANTONIO.

¿Pues qué debe hacer?

D. PEDRO.

Tomar café.

D. ANTONIO.

¡Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene usted para esta tarde?

D. PEDRO.

A la comedia.

D. ANTONIO.

¿Supongo que irá usted á ver la pieza nueva?

D. PEDRO.

¿Qué, han mudado? Ya no voy.

D. ANTONIO.

¿Pero, por qué? Vea usted sus rarezas.

(Pipí sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos que dejará sobre el mostrador.)

D. PEDRO.

¿Y usted me pregunta por qué? ¿Hay mas que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

D. ELEUTERIO.

¡Hola! Parece que hablan de mi funcion.

(Escuchando la conversacion de Don Antonio y Don Pedro.)

D. ANTONIO.

De suerte que, ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrario, está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez.....

D. PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento, si hubiera podido. A mí me irrita lo que á usted le divierte. *(Guarda Don Eleuterio papel y tintero: se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse enmedio de los dos.)* Yo no sé: usted tiene talento, y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte; pero amigo.....

D. ANTONIO.

Sí señor que me divierto. Y por otra parte, ¿no sería cosa cruel ir repartiendo por ahí des-

engaños amargos á ciertos hombres, cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles.....

D. ELEUTERIO.

No, pues..... Con permiso de ustedes. La funcion de esta tarde es muy bonita, seguramente: bien puede usted ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

D. ANTONIO.

¿Es este el autor?

(Don Antonio se levanta y despues de la pregunta que hace á Pipí vuelve á hablar con Don Eleuterio.)

PIPÍ.

El mismo.

D. ANTONIO.

¿Y de quién es? ¿Se sabe?

D. ELEUTERIO.

Señor: es de un sugeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

D. PEDRO.

Si es esta la primera pieza que da al tea-

tro, aun no puede quejarse: si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuanto interesan á una nacion los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento, que sobresalga en un género tan dificil.

D. ELEUTERIO.

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sugeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta) y muchas gracias.

D. ANTONIO.

¿Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

D. ELEUTERIO.

No señor: ahora en tiempo de calor no se da mas. Si fuera por el invierno, entonces.....

D. ANTONIO.

¡Calle! ¿Con que en empezando á helar, valen mas las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hácia Don Pedro, que no le contesta, ni le mira. Vuelve á hablar con Don Antonio, parándose ó siguiéndole: lo cual formará juego de teatro.)

D. ELEUTERIO.

Pues mire usted, aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaria de buena gana, para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que..... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos á escribir y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas..... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes..... ¿Qué sé yo cuanta ensalada trae alli? Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra á trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

D. ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra á los autores de la corte.

D. ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve usted cómo estan los comestibles.

D. ANTONIO.

Cierto.

D. ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

D. ANTONIO.

En efecto.

D. ELEUTERIO.

El cuarto.

D. ANTONIO.

¡Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

D. ELEUTERIO.

Y si hay familia.

D. ANTONIO.

No hay duda, si hay familia es cosa terrible.

D. ELEUTERIO.

Vaya usted á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

D. ANTONIO.

¿Y qué remedio? Ahí no hay mas sino arrimar el hombro al trabajo: escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que

aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente, y para mí tengo que.....

D. ELEUTERIO.

¿La ha leido usted?

D. ANTONIO.

No por cierto.

D. PEDRO.

¿La han impreso?

D. ELEUTERIO.

Sí señor. ¿Pues no se habia de imprimir?

D. PEDRO.

Mal hecho. Mientras no sufra el examen del público en el teatro, está muy expuesta, y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novél.

D. ANTONIO.

¡Qué! No señor. Si le digo á usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

D. ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del diario, en la li-

brería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la.....

D. PEDRO.

¿Se acabará esta tarde esa relacion?

D. ELEUTERIO.

Como el señor preguntaba.

D. PEDRO.

Pero no preguntaba tanto. ¡Si no hay paciencia!

D. ANTONIO.

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPÍ.

Si yo tuviera dos reales. ¡Voto va!

D. ELEUTERIO.

Véala usted aquí.

(Saca una comedia impresa, y se la da á Don Antonio.)

D. ANTONIO.

¡Oiga! es esta. A ver. Y ha puesto su nom-

bre. Bien, así me gusta: con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. *(Lee Don Antonio.)* Por DON ELEUTERIO CRISPIN DE ANDORRA..... "Salen el »emperador Leopoldo, el rey de Polonia y Fede»rico senescal, vestidos de gala, con acompaña»miento de damas y magnates, y una brigada »de húsares á caballo." ¡Soberbia entrada! Y dice el emperador:

Ya sabeis, vasallos mios,
Que habrá dos meses y medio
Que el Turco puso á Viena
Con sus tropas el asedio,
Y que para resistirle
Unimos nuestros denuedos,
Dando nuestros nobles brios,
En repetidos encuentros,
Las pruebas mas relevantes
De nuestros invictos pechos.

¡Qué estilo tiene! ¡Cáspita! ¡Qué bien pone la pluma el pícaro!

Bien conozco que la falta
Del necesario alimento
Ha sido tal, que rendidos
De la hambre á los esfuerzos,
Hemos comido ratones,
Sapos y sucios insectos.

*

D. ELEUTERIO.

¿Qué tal? ¿No le parece á usted bien? *(Hablando á Don Pedro.)*

D. PEDRO.

¡Eh! á mí, que.....

D. ELEUTERIO.

Me alegro que le guste á usted. Pero no, donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquele usted..... ahí..... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

D. ANTONIO.

¿Muerta?

D. ELEUTERIO.

Sí señor, muerta.

D. ANTONIO.

¡Qué situacion tan cómica! ¿Y estas exclamaciones que hace aqui, contra quién son?

D. ELEUTERIO.

Contra el visir: que la tuvo seis dias sin comer, porque ella no queria ser su concubina.

D. ANTONIO.

¡Pobrecita! ¡Ya se ve! el visir sería un bruto.

D. ELEUTERIO.

Sí señor.

D. ANTONIO.

Hombre arrebatado. ¿Eh?

D. ELEUTERIO.

Sí señor.

D. ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote de cara, ¿es verdad?

D. ELEUTERIO.

Cierto.

D. ANTONIO.

Alto, moreno, un poco vizco, grandes vigotes.

D. ELEUTERIO.

Sí señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

D. ANTONIO.

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa como le pone! Oiga usted, Don Pedro.

D. PEDRO.

No, por Dios: no lo lea usted.

D. ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos mas terribles de la comedia.

D. PEDRO.

Con todo eso.

D. ELEUTERIO.

Lleno de fuego.

D. PEDRO.

Ya.

D. ELEUTERIO.

Buena versificacion.

D. PEDRO.

No importa.

D. ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro si la dama lo esfuerza.

D. PEDRO.

Hombre, si he dicho ya que.....

D. ANTONIO.

Pero á lo menos, el final del acto segundo es menester oirle.

(Lee D. Antonio, y al acabar, da la comedia á D. Eleuterio.)

EMP. Y en tanto que mis rezelos.....
VISIR. Y mientras mis esperanzas.....

SENESC. Y hasta que mis enemigos.....
EMP. Averiguo.
VISIR. Logre.
SENESC. Caigan.
EMP. Rencores, dadme favor.
VISIR. No me dejes, tolerancia.
SENESC. Denuedo, asiste á mi brazo.
TODOS. Para que admire la patria
El mas generoso ardid
Y la mas tremenda hazaña.

D. PEDRO.

Vamos: no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

(Se levanta impaciente, en ademan de irse.)

D. ELEUTERIO.

¿Disparates los llama usted?

D. PEDRO.

¿Pues no?

(Don Antonio observa á D. Eleuterio y á Don Pedro, y se rie de entrambos.)

D. ELEUTERIO.

¡Vaya que es tambien demasiado! ¡Disparates! Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leido la comedia. Cierto que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los dias, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiar.

D. PEDRO.

¿Y esto se representa en una nacion culta?

D. ELEUTERIO.

¡Cuenta que me ha dejado contento la expresion! ¡Disparates!

D. PEDRO.

¿Y esto se imprime, para que los extrangeros se burlen de nosotros?

D. ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy dia no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. ¡Disparates! ¡Cuidado que!....

PIPÍ.

No haga usted caso.

D. ELEUTERIO.

(Hablando con Pipí hasta el fin de la escena.)

Yo no hago caso; pero me enfada que hablen asi. Figúrate tú, si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en

que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor.....

PIPÍ.

¡Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

D. ELEUTERIO.

Pues como digo: el visir está loco de amores por ella: el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él: de modo que como cada uno de estos tres personages está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa mas natural.

(Lee Don Eleuterio: lo suspende, y se guarda la comedia.)

Y en tanto que mis rezelos.....
Y mientras mis esperanzas.....
Y hasta que mis.....

¡Ah! señor Don Hermógenes: á qué buena ocasion llega usted.

(Sale Don Hermógenes por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

DON HERMÓGENES. DON ELEUTERIO. DON PEDRO. DON ANTONIO. PIPÍ.

D. HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

D. PEDRO.

A la orden de usted.

D. ANTONIO.

Felicísimas, amigo Don Hermógenes.

D. ELEUTERIO.

Digo, me parece que el señor Don Hermógenes será juez muy abonado *(Don Pedro se acerca á la mesa en que está el diario: lee para sí, y á veces presta atencion á lo que hablan los demas.)* para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras agenas. Pues yo quiero que nos diga.....

D. HERMÓGENES.

Usted me confunde con elogios que no merezco, señor Don Eleuterio. Usted solo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el mas ameno de nuestros dias, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su.....

D. ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

D. HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderacion.....

D. ELEUTERIO.

Bien; pero aqui se trata solamente de saber si.....

D. HERMÓGENES.

Estas prendas sí que merecen admiracion y encomio.

D. ELEUTERIO.

Ya, eso sí; pero díganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

D. HERMÓGENES.

¿Disparatada? ¿Y quién ha prorrumpido en un aserto tan.....

D. ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece, y nada mas.

D. HERMÓGENES.

Sí diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæ implexæ.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis.....*

D. ELEUTERIO.

Hombre; pero si.....

D. ANTONIO.

Yo reviento.

(Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.)

D. HERMÓGENES.

Cai gar ai praxeis on mimeseis oi.....

D. ELEUTERIO.

Pero.....

D. HERMÓGENES.

Mithoi eisin iparchousin.

D. ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á usted se le pregunta.

D. HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendria explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnicion, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio.....

D. ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero.....

D. PEDRO.

Este hombre es loco.

D. HERMÓGENES.

Si consideramos el origen del teatro, hallaremos que los megareos, los sículos y los atenienses.....

D. ELEUTERIO.

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no.....

D. HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos, y hallaremos que

Anaxippo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratíno, Crátes, Epicráte, Menecrátes y Pherecrátes.....

D. ELEUTERIO.

Si le he dicho á usted que.....

D. HERMÓGENES.

Y los mas celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es asi que la comedia del Cerco de Viena.....

D. PEDRO.

A Dios, señores.

(Se encamina hácia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.)

D. ANTONIO.

¿Se va usted, Don Pedro?

D. PEDRO.

¿Pues quién, sino usted, tendrá frescura para oir eso?

D. ANTONIO.

Pero si el amigo Don Hermógenes nos va á

probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino.....

D. HERMÓGENES.

Ese es mi intento: probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

D. PEDRO.

Pues yo delante de usted la propalo, y le digo que por lo que el señor ha leido de ella, y por ser usted el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no mas. A Dios, señores. *(Hace que se va, y vuelve.)*

D. ELEUTERIO.

(Señalando á Don Antonio.)

Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

D. PEDRO.

A ese caballero le ha parecido muy mal; pe-

ro es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas, mas que por el ingenio, por la necesidad ó la presuncion. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nacion, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

D. HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su Epístola diez y ocho que.....

D. PEDRO.

Séneca dice en todas sus Epístolas que usted es un pedanton ridículo á quien yo no puedo aguantar. A Dios, señores.

ESCENA V.

DON ANTONIO. D. ELEUTERIO. D. HERMÓGENES. PIPÍ.

D. HERMÓGENES.

¡Yo pedanton! *(Encarándose hácia la puerta por donde se fue Don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.)* ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos mas delicados del derecho!

D. ELEUTERIO.

¡Lo que él entenderá de comedias cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

D. HERMÓGENES.

Él será el pedanton.

D. ELEUTERIO.

¡Hablar asi de una pieza que ha de durar lo menos quince dias! Y si empieza á llover.....

D. HERMÓGENES.

Yo, estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.

D. ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de usted, señor Don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

D. ELEUTERIO.

Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

D. ANTONIO.

Sí señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

D. ELEUTERIO.

Buen pensamiento: sí, vaya usted.

D. ANTONIO.

En mi vida he visto locos mas locos.

ESCENA VI.

DON HERMÓGENES. DON ELEUTERIO.

D. ELEUTERIO.

¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya que

estos hombres gastan un lenguage que da gozo oirle!

D. HERMÓGENES.

Aquila non capit muscas, Don Eleuterio. Quiero decir que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo.....

D. ELEUTERIO.

¡Oh!

D. HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que.....

D. ELEUTERIO.

Ninguno. Vamos, tan completo como usted, ninguno.

D. HERMÓGENES.

Que reunan el ingenio á la erudicion, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos. ¿Eh?

D. ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar: es mas claro que el sol que nos alumbra.

D. HERMÓGENES.

Pues bien. A pesar de eso hay quien me lla-

ma pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir mas lejos, me lo dijeron en la Puerta del Sol delante de cuarenta ó cincuenta personas.

D. ELEUTERIO.

¡Picardía! ¿Y usted qué hizo?

D. HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran filósofo. Callé, tomé un polvo, y me fui á oir una misa á la Soledad.

D. ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

D. HERMÓGENES.

Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que..... Pero, dígame usted, ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á usted á cuenta de los quince doblones de la comedia?

D. ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

D. HERMÓGENES.

¡Oh! ¡corvas almas! Y precisamente en la ocasion mas crítica para mí. Bien dice Tito Livio, que cuando.....

D. ELEUTERIO.

¿Pues qué hay de nuevo?

D. HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero..... El hombre mas ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza.....

D. ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana ó esotro es regular que me den el dinero: pagaremos á ese bribon; y si tiene usted algun pico en la hostería, tambien se.....

D. HERMÓGENES.

Sí, aún hay un piquillo. Cosa corta.

D. ELEUTERIO.

Pues bien. Con la impresion lo menos ganaré cuatro mil reales.

D. HERMÓGENES.

Lo menos. Se vende toda seguramente.

(Vase Pipí por la puerta del foro.)

D. ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldremos de apuros: se adornará el cuarto nuevo: unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacendosilla y muy muger: ustedes estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden: entretanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada, ¿qué sé yo? Ello es que el ministro le estima á usted. ¿No es verdad?

D. HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

D. ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mugeres ya estarán.....

D. HERMÓGENES.

Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dice?

D. HERMÓGENES.

En uno de ellos puse por lema aquel celebérrimo dicho del Poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.*

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

D. HERMÓGENES.

Que bien: que ya está enterado de mi solicitud.

D. ELEUTERIO.

Pues, no le digo á usted. Vamos, eso está conseguido.

D. HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Bacho friget Venus.* Y entonces..... ¡Oh! entonces..... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(Vanse por la puerta del foro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA AGUSTINA. DOÑA MARIQUITA. D. SERAPIO. D. HERMÓGENES. D. ELEUTERIO.

(Salen por la puerta del foro.)

D. SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

D. ELEUTERIO.

¿Y el sueño del emperador?

DOÑA AGUSTINA.

¿Y la oracion que hace el visir á sus ídolos?

DOÑA MARIQUITA.

Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasion mas.....

D. HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro.....

DOÑA AGUSTINA.

¿Pero usted hace caso de ella? ¡Qué tontería! Si no sabe lo que se dice. Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

D. SERAPIO.

Serán. Deje usted. Podrán ser ahora.....

D. HERMÓGENES.

Aqui está mi relox *(Saca su relox.)*, que es puntualísimo. Tres y media cabales.

DOÑA AGUSTINA.

¡Oh! pues aún tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente.

(Siéntanse todos, menos Don Eleuterio.)

D. SERAPIO.

¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier dia..... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

DOÑA AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

D. SERAPIO.

Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. ELEUTERIO.

Ya se vé, comedia nueva, autor nuevo, y.....

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya la habrán leido muchísimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler; aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

D. SERAPIO.

Hoy los Chorizos (*) se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la Graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

D. ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? ¿Eh?

D. SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenia en el

(*) Véase el prólogo de este tomo.

bolsillo mas que dos reales y unos cuartos..... Pero ¡cómo los hice rabiar! y qué.....

D. ELEUTERIO.

Soy con ustedes: voy aqui á la librería, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

¿A qué?

D. ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que.....

DOÑA AGUSTINA.

Sí, es verdad. Vuelve presto.

D. ELEUTERIO.

Al instante. *(Vase.)*

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué inquietud! ¡qué ir y venir! No para este hombre.

DOÑA AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.

¿Pero por qué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres, y qué falta de comprension!

DOÑA MARIQUITA.

Pues: siempre me está usted diciendo eso. *(Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.)* Vaya que algunas veces me..... ¡Ay, Don Hermógenes! no sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

D. HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

¡Suspirado, sí, suspirado! Quién le creyera á usted.

D. HERMÓGENES.

¿Pues quién ama tan de veras como yo? cuando ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos Egipcios, ni todos los Selecúcidas de Asiria sintieron jamas un amor comparable al mio.

DOÑA AGUSTINA.

¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

DOÑA AGUSTINA.

¡Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quien son esas gentes de quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos. Asi que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted como todo se dispone: porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y..... ¿Qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

DOÑA MARIQUITA.

¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin, y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores..... Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué ignorancia! Vaya, Don Hermógenes: lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruirla y descortezarla; porque la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increible lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro

que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya: yo lo he dicho mil veces, para las mugeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo si me caso, bien sabe Dios que.....

DOÑA AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

D. HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas: la enseñaré la prosodia: haré que copie á ratos perdidos el arte magna de Raymundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos ó tres hojas del diccionario de Rubiños. Despues aprenderá los logarithmos y algo de la estática: despues.....

DOÑA MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No señor: si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé

cuidar de una casa: yo cuidaré de la mia, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues señor, ¿no sé bastante? Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas. ¿Para qué? ¿para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y muger sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos estan cabales ó no, si el lance á obscuras ha de ser antes de la batalla ó despues del veneno, y manoseando continuamente gacetas y mercurios para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones..... Y entretanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á usted que comimos el domingo pasado, Don Serapio?

D. SERAPIO.

Yo, señora, ¿cómo quiere usted que.....

DOÑA MARIQUITA.

Pues lléveme Dios, si todo el banquete no

se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su cancion. Siempre quejándose de que no come, y trabaja mucho. Menos como yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. HERMÓGENES.

Sí Mariquita, sí: en eso tiene razon mi señora Doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan, que toda muger que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex, index,* é *infamis*: que

es decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio; cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas dificil hacer un soneto, que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la muger que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve: en comiendo versos no se necesita cocina.

D. HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem* que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tarde la comedia?

D. HERMÓGENES.

No señora, la aplaudirán.

D. SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA.

No, pues no decian eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel mas alto, á fé que no se mordia la lengua.

D. SERAPIO.

¿Alto? ¿uno alto, eh? Ya le conozco *(Se levanta.)* ¡Picaron, vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. ¡Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! que él fue el que tuvo la culpa de que silbáran la comedia de *El Monstruo mas espantable del Ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al.....

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

D. SERAPIO.

Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge.....

*

DOÑA MARIQUITA.

Si no es ese.

D. SERAPIO.

¡Mayor gatallon! ¡Y qué mala vida dió á su muger! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

DOÑA MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente: que no tiene ni capa, ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

D. SERAPIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera..... ¡eh!.... Pero el otro dia, qué cosas le digimos alli en la plazuela de San Juan. Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes *(Vuelve á sentarse.)* por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y alli se estan parlando en el recibimiento con la criada: despues les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó asi; y luego se van á palmotear

como desesperados á las barandillas y al degolladero (*). Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá, y á la primera comedia que echen en el otro corral zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver.....

DOÑA MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

DOÑA AGUSTINA.

Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia,

---

(*) Llamábase asi la division formada con tablas y maderos fuertes entre las lunetas principales y el patio, el cual comprendia, despejado, y sin bancos en medio, todo el terreno que ocupan hoy las lunetas y asientos llamados de patio. Los espectadores estaban de pie, y en grandes entradas ó concurrencias se estrechaban y oprimian tan violenta y descompasadamente por esfuerzos y movimientos generales, dichos *oleadas*, que los mas próximos á la escena solian quedar los últimos, sufriendo siempre vehementes y terribles apretones contra la misma madera, cuya altura venia puntualmente á la gola ó cuello de un hombre de estatura regular, que casi se ahogaba; de lo que provino el nombre de *degolladero*.

y les ha prometido que la primera que componga será para su compañíia. Ademas de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que alli ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario. D. Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero; y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin el que necesita, es preciso que..... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo. ¡Qué silbar!.... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

D. HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaria á imponer taciturnidad y admiracion á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia

heróica como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafio á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos egercicios de fuego y un ajusticiado; figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

D. SERAPIO.

¡Toma si gustará!

D. HERMÓGENES.

Aturdirá.

D. SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias asi debian representarse en la plaza de los toros.

ESCENA II.

D. ELEUTERIO. DOÑA AGUSTINA. DOÑA MARIQUITA. D. SERAPIO. D. HERMÓGENES.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien: ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

D. ELEUTERIO.

Hasta ahora.....

DOÑA AGUSTINA.

Deja: me parece que voy á acertar: habrá vendido..... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

D. ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

D. SERAPIO.

Ah, y cuide usted *(Levántase.)* que les pongan buen engrudo, porque si no.....

D. ELEUTERIO.

Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA.

El diario y la gaceta la han anunciado ya: ¿es verdad?

D. HERMÓGENES.

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA.

Pues irán vendidos..... Quinientos egemplares.

D. SERAPIO.

¡Qué friolera! Y mas de ochocientos tambien.

DOÑA AGUSTINA.

¿He acertado?

D. SERAPIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

D. ELEUTERIO.

No señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres egemplares; y esto me da malísima espina.

D. SERAPIO.

¿Tres no mas? Harto poco es.

DOÑA AGUSTINA.

Por vida mia que es bien poco.

D. HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y asi, si los tres egemplares vendidos constituyen una cantidad tercia, con relacion á

nueve, y bajo este respecto los dichos tres egemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres egemplares relativamente á uno, componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho, por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo: que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

DOÑA AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

D. SERAPIO.

¡Qué! ¡si en poniéndose á hablar este hombre!

DOÑA MARIQUITA.

Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas..... Pero, al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán mas que tres?

D. ELEUTERIO.

Es verdad, y en suma todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, seis reales: cuando esperábamos mon-

tes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. *(Llorando.)* ¡Pobrecita de mí!

D. HERMÓGENES.

No asi, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

DOÑA MARIQUITA.

¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendria mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III.

D. ANTONIO. D. ELEUTERIO. D. HERMÓGENES. DOÑA AGUSTINA. DOÑA MARIQUITA.

D. ANTONIO.

A la orden de ustedes, señores.

D. ELEUTERIO.

¿Pues cómo tan presto? ¿No dijo usted que iria á ver la comedia?

D. ANTONIO.

En efecto, he ido. Alli queda Don Pedro.

D. ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

D. ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado *(Sale Pipí por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador.)* en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulia, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

DOÑA AGUSTINA.

Si lo dije.

D. ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

D. ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, puede usted venir con toda satisfaccion, caballero.

D. ANTONIO.

Señora, doy á usted mil gracias por su aten-

cion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primer tonadilla, con que.....

D. SERAPIO.

¿La tonadilla? *(Se levantan todos.)*

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué dice usted?

D. ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA.

¿Pues cómo han empezado tan presto?

D. ANTONIO.

No, señora, han empezado á la hora regular.

DOÑA AGUSTINA.

No puede ser, si ahora serán.....

D. HERMÓGENES.

Yo lo diré *(Saca el relox.)*: las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA.

¡Hombre! ¿qué tres y media? su relox de usted está siempre en las tres y media.

DOÑA AGUSTINA.

A ver..... *(Toma el relox de Don Hermógenes, le aplica al oido, y se le vuelve.)* Si está parado.

D. HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral.....

DOÑA MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA.

Vamos.

D. ELEUTERIO.

¡Cuidado que es cosa particular! Voto va sanes. La casualidad de.....

DOÑA MARIQUITA.

Vamos pronto. ¿Y mi abanico?

D. SERAPIO.

Aqui está.

D. ANTONIO.

Llegarán ustedes al segundo acto.

DOÑA MARIQUITA.

Vaya, que este Don Hermógenes.....

DOÑA AGUSTINA.

Quede usted con Dios, caballero.

DOÑA MARIQUITA.

Vamos aprisa.

D. ANTONIO.

Vayan ustedes con Dios.

D. SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

D. ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco, estarnos asi fiados en.....

DOÑA MARIQUITA.

Fiados en el maldito relox de Don Hermógenes.

ESCENA IV.

DON ANTONIO. PIPÍ.

D. ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana y la muger del autor de la comedia?

PIPÍ.

Sí señor.

D. ANTONIO.

¡Qué paso llevan! Ya se ve, se fiaron del relox de Don Hermógenes.

PIPÍ.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

D. ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos es un despropósito; pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro.

ESCENA V.

DON PEDRO. DON ANTONIO. PIPÍ.

D. ANTONIO.

¡Calle! ¿Ya está usted por acá? Pues y la comedia, ¿en qué estado queda?

D. PEDRO.

Hombre, no me hable usted de comedia *(Se*

sienta.), que no he tenido rato peor muchos meses ha.

D. ANTONIO.

¿Pues qué ha sido ello? *(Sentándose junto á Don Pedro.)*

D. PEDRO.

¿Qué ha de ser? Que he tenido que sufrir (gracias á la recomendacion de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

D. ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

D. PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen..... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamas á ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario me llenan de, de..... No señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Estan desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero

entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador, en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del dia con los antiguos, y dígame si no valen mas Calderon, Solís, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

D. ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor Don Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedion?

D. PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traía visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oir desatinos, tan garrafales como los de hoy jamas se oyeron.

D. ANTONIO.

¿Qué dice usted?

D. PEDRO.

Es increible. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caractéres mal expresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia, ni de costumbres: no hay objeto moral, no hay lenguage, ni estilo, ni versificacion, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala, y peor, que las otras con que nos regalan todos los dias.

D. ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error, y el almacen de las extravagancias.

D. PEDRO.

¡Pero no es fatalidad que despues de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices! ¿Qué pensarán de nuestra

cultura los extrangeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

D. ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo Don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? reir ó rabiar: no hay otra alternativa..... Pues yo mas quiero reir que impacientarme.

D. PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor Don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios: el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional: el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

D. ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que..... Pero ¿qué novedad es esta?

ESCENA VI.

DON SERAPIO. DON HERMÓGENES. DON PEDRO. DON ANTONIO. PIPÍ.

D. SERAPIO.

Pipí, muchacho. Corriendo, por Dios, un poco de agua.

D. ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?

(Se levantan Don Antonio y Don Pedro.)

D. SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPÍ.

Voy, voy allá.

D. SERAPIO.

Despáchate.

PIPÍ.

¡Por vida del hombre! *(Pipí va detrás de Don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él, y deja caer el vaso y el plato.)* ¿Por qué no mira usted?

D. HERMÓGENES.

¿No hay alguno de ustedes que tenga por

ahí un poco de agua de melisa, elixir, extracto, aroma, álkali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

D. ANTONIO.

Yo no, no traigo.

D. PEDRO.

¿Pero qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII.

DOÑA AGUSTINA. DOÑA MARIQUITA. DON ELEUTERIO. DON HERMÓGENES. DON SERAPIO. DON PEDRO. DON ANTONIO. PIPÍ.

D. ELEUTERIO.

Sí: es mucho mejor hacer lo que dice Don Serapio.

(Doña Agustina muy acongojada, sostenida por Don Eleuterio y Don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.)

D. SERAPIO.

Pues ya se ve. Anda, Pipí, en tu cama podrá descansar esta señora.....

PIPÍ.

¡Qué! si está en un camaranchon que.....

D. ELEUTERIO.

No importa.

PIPÍ.

¡La cama! la cama es un jergon de arpillera y.....

D. SERAPIO.

¿Qué quiere decir eso?

D. ELEUTERIO.

No importa nada. Alli estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPÍ.

Yo bien, si ustedes.....

DOÑA AGUSTINA.

No, no es menester.

DOÑA MARIQUITA.

¿Se siente usted mejor, hermana?

D. ELEUTERIO.

¿Te vas aliviando?

DOÑA AGUSTINA.

Alguna cosa.

D. SERAPIO.

¡Ya se ve! el lance no era para menos.

D. ANTONIO.

¿Pero se podrá saber qué especie de insulto ha sido este?

D. ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada que..... ¡Vaya! No me hable usted de eso, porque..... ¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

D. PEDRO.

No acabo de comprender.

DOÑA MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla: cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Alli habia una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y despues un entierro..... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salia la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre: el muchacho decia: madre, deme usted pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancer-

bero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo..... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! ¡qué toser! ¡qué estornudos! ¡qué bostezar! ¡qué ruido confuso por todas partes!.... Pues, señor, como digo: salió la dama, y apenas hubo dicho que no habia comido en seis dias, y apenas el chico empezó á pedirla pan, y ella á decirle que no le tenia, cuando para servir á ustedes, la gente (que á la cuenta estaba ya ostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta: suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon, de manera que..... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto: en un instante: entrar en el palco, y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡en lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo, que era imposible que.....

(Siéntase junto á Doña Agustina.)

D. ELEUTERIO.

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo Don Hermógenes: usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted á estos señores..... Tome usted *(Saca la comedia, y se la da á Don Hermógenes.)*: léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una muger que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

D. HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo Don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama: *(Deja la comedia sobre una mesa. Pipí la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y complacencia.)* estoy de prisa. Nos veremos otro dia, y.....

D. ELEUTERIO.

¿Se va usted?

DOÑA MARIQUITA.

¿Nos deja usted asi?

D. HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presen-

cia al alivio de ustedes, no me moveria de aqui; pero.....

DOÑA MARIQUITA.

No se vaya usted.

D. HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo: tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexion, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos.....

D. ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

D. HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

D. PEDRO.

Pues no decia usted eso poco tiempo ha.

D. HERMÓGENES.

Fue para animarle.

D. PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si usted conocia que era mala ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del autor, y le persuadia que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

D. HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentára persuadirle que la comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA.

¿Con que es mala?

D. HERMÓGENES.

Malísima.

D. ELEUTERIO.

¿Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

Usted se chancea, Don Hermógenes: no puede ser otra cosa.

D. PEDRO.

No señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero, que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero.....

D. PEDRO.

Si usted es marido de esa *(A Don Eleuterio.)* señora, hágala usted callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

DOÑA AGUSTINA.

¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho á usted que.....

D. ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves *(Se levanta colérica, y Don Eleuterio la hace sentar.)* cómo estás..... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo *(A Don Hermógenes.)*, no sé qué pensar de usted.

D. HERMÓGENES.

Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito in-

fausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque como dice Platon y el Abate Lampillas.....

D. ELEUTERIO.

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazon para exponerme á los silbidos, al palmoteo, y á la zumba de esta tarde?

D. HERMÓGENES.

Usted es pacato y pusilánime en demasía..... ¿Por qué no le anima á usted el egemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir: vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir..... ¡Oh almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos, y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué quiere usted *(Levántase.)* decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez.....

D. HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

DOÑA AGUSTINA.

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No sé como *(Se levanta muy enojada, encaminándose hácia Don Hermógenes, que se va retirando de ella.)* no me tiro á él..... Váyase usted.

D. HERMÓGENES.

¡Gente ignorante!

DOÑA AGUSTINA.

Váyase usted.

D. ELEUTERIO.

¡Picaron!

D. HERMÓGENES.

¡Canalla infeliz!

ESCENA VIII.

D. ELEUTERIO. D. SERAPIO. D. ANTONIO. D. PEDRO. DOÑA AGUSTINA. DOÑA MARIQUITA. PIPÍ.

D. ELEUTERIO.

¡Ingrato! ¡embustero! Despues *(Se sienta con ademanes de abatimiento.)* de lo que hemos hecho por él.

DOÑA MARIQUITA.

Ya ve usted, hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazon..... Mire usted qué hombre: despues de haberme traido en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo menos es hombre de bien, y no sabe latin, ni se mete en citar autores, como ese bribon..... ¡Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar: por el maldito empeño de ustedes de que me habia de casar con un erudito que supiera mucho..... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone): quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

D. ANTONIO.

No se desconsuele usted, señorita, que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que las que ha perdido.

DOÑA AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

D. ELEUTERIO.

La paciencia *(Se levanta con viveza.)* la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

DOÑA AGUSTINA.

Pero, hombre, ¿que no has de reflexionar?....

D. ELEUTERIO.

Calla, muger; calla por Dios, que tú tambien.....

D. SERAPIO.

No señor: el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo..... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camaradas que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le..... La comedia es buena, señor, créame usted á mí: la comedia es

buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido y.....

D. ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me.....

D. PEDRO.

¿Todavía está usted en esa equivocacion?

D. ANTONIO.

(*Aparte, á Don Pedro.* Déjele usted.)

D. PEDRO.

No quiero dejarle: me da compasion..... Y sobre todo, es demasiada necedad despues de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitacion? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar: que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa, y que sin estas circunstancias, unidas al talento,

nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay mas sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? ¿Qué, no hay mas que escribir comedias? Si han de ser como la de usted ó como las demas que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted) se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion continua, sensibilidad, juicio exquisito; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

D. ELEUTERIO.

Bien está, señor, será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone: que he perdido mi tiempo, que la comedia no me vale un cuarto, que he gastado en la impresion lo que no tenia.....

D. ANTONIO.

No, la impresion con el tiempo se venderá.

D. PEDRO.

No se venderá, no señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

D. ELEUTERIO.

Pues, vea usted, no se venderá, y pierdo ese dinero; y por otra parte..... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran: seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picaron de Don Hermógenes me ha estafado cuanto tenia para pagar sus trampas y sus embrollos: me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir, como es regular, con los muchos acreedores que tengo.

D. PEDRO.

Pero ahí no hay mas que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que usted tenga, y arreglándose á una buena economía.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué empleo ni qué facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

D. PEDRO.

¿Ninguna?

D. ELEUTERIO.

No señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba: despues me puse á servir á un caballero indiano; pero se murió: lo dejé todo, y me metí á escribir comedias, porque ese Don Hermógenes me engatusó y.....

DOÑA MARIQUITA.

¡Maldito sea él!

D. ELEUTERIO.

Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas.....

D. ANTONIO.

¿Cuántas tiene usted?

D. ELEUTERIO.

Cuatro, señor: que el mayorcito no pasa de cinco años.

D. PEDRO.

¡Hijos tiene! (*Aparte, con ternura.* ¡Qué lástima!)

D. ELEUTERIO.

Pues si no fuera por eso.....

D. PEDRO.

(*Aparte.* ¡Infeliz!) Yo, amigo, ignoraba que

del éxito de la obra de usted pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazon de un padre. Dígame usted: ¿sabe usted contar? ¿Escribe usted bien?

D. ELEUTERIO.

Sí señor, lo que es asi cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo..... Porque yo, señor, he sido page..... Alli, como digo, no habia mas mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa: como, ya se ve, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso sí, lo que es honradez y..... ¡vaya! Ninguno ha tenido que.....

D. PEDRO.

Lo creo muy bien.

D. ELEUTERIO.

En cuanto á escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía..... Aqui tengo..... Vea usted..... *(Saca un papel y se le da á Don Pedro.)* Ello está escrito algo de prisa, porque esta es una tonadilla que se habia de cantar mañana..... ¡Ay, Dios mio!

D. PEDRO.

Me gusta la letra, me gusta.

D. ELEUTERIO.

Sí señor, tiene su introduccioncita, luego entran las coplillas satíricas con su estribillo, y concluye con las.....

D. PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

D. ELEUTERIO.

Ya.

D. PEDRO.

Es menester que se deje usted de esas tonterías.

(Volviéndole el papel.)

D. ELEUTERIO.

Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo.....

D. PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; esta es una condicion precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acompa-

ño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á usted sus desvaríos necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

D. ELEUTERIO.

¿Señor, qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

¿De veras, señor? ¡Válgame Dios!

DOÑA MARIQUITA.

¿De veras?

D. PEDRO.

Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid: acabo de colocar á un mozo de mérito que entendia en el gobierno de ellas. Usted si quiere podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo, y desde luego puede usted contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á usted le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y ma-

dre, conocerá que sabe cuanto hay que saber, y cuanto conviene á una muger de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de Don Hermógenes, porque segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz, y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda, no hay que dudarlo. Ademas, yo tengo muy buenos amigos en la corte y..... Créanme ustedes, soy algo áspero en mi caracter, pero tengo el corazon muy compasivo.

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué bondad!

(Don Eleuterio, su muger y su hermana quieren arrodillarse á los pies de Don Pedro: él lo estorba, y los abraza cariñosamente.)

D. ELEUTERIO.

¡Qué generoso!

D. PEDRO.

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace mas.

D. ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á usted tantos beneficios.

D. PEDRO.

Si usted me los agradece, ya me los paga.

D. ELEUTERIO.

Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo.....

DOÑA AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

D. PEDRO.

No hablemos de eso.

D. ANTONIO.

¡Ah, Don Pedro! ¡qué leccion me ha dado usted esta tarde!

D. PEDRO.

Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

D. ANTONIO.

Su caracter de usted me confunde.

D. PEDRO.

¡Eh! los genios serán diferentes, pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

D. ANTONIO.

¿Quién no querrá ser amigo de usted?

D. SERAPIO.

Vaya, vaya, yo estoy loco de contento.

D. PEDRO.

Mas lo estoy yo: porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja usted esa comedia *(Al ver la comedia que está leyendo Pipí.)*, no se quede por ahí perdida y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

D. ELEUTERIO.

¡Mal haya la comedia *(Arrebata la comedia de manos de Pipí, y la hace pedazos.)*, amen, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, asi que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.

Yo encenderé la pajuela.

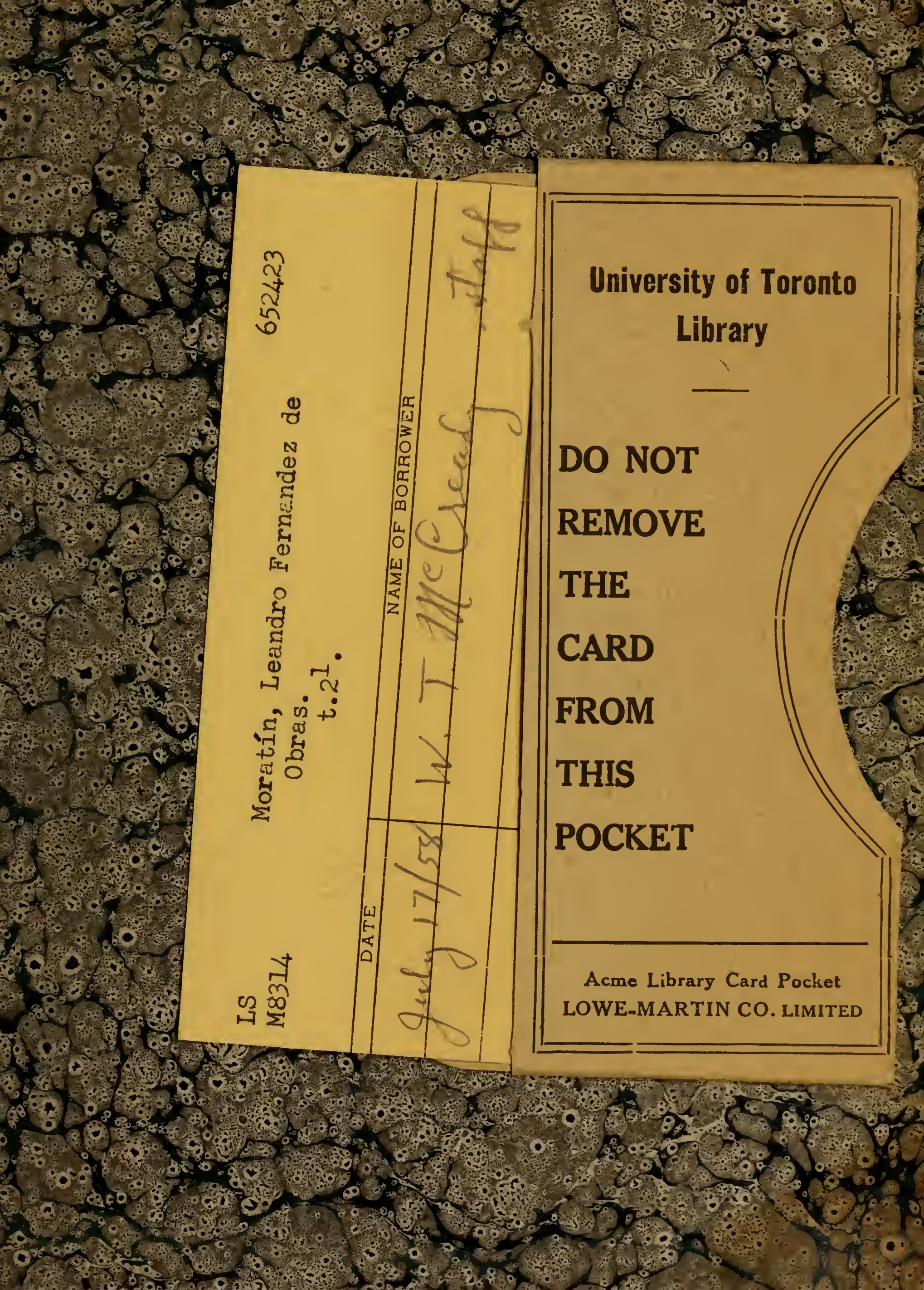
DOÑA AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

D. PEDRO.

Asi debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado: su amor propio, la necesidad, el egemplo y la falta de instruccion, le han hecho escribir disparates. El público le ha dado á usted una leccion muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitáran en desengañarse.




LS
M8314
Moratín, Leandro Fernandez de
Obras.
t.2[1].
652423
DATE
NAME OF BORROWER
July 17/58
W. T. McCready
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

